

Perversiones Eróticas

Toriak Roloez



Ediciones Tinta Negra

Perversiones
Eróticas
Toriiak Roloez

Prólogo

La habitación estaba en penumbras; había un resplandor azafranado que bailaba en las sombras que se reflejaban en las paredes. Esos mismos destellos dotaban al lugar con un aire añejo, de algún siglo pasado. Un pequeño candelabro áureo, que había posado sobre la coqueta, era el causante de aquella iluminación. Sus velas, a medio consumir, concedían a la estancia de una versión más acogedora de esta.

Ella estaba sentada en la banqueta de su tocador antiguo de estilo francés de tonos dorados y cremas. Se contemplaba con deleite y regodeo en la imagen que le mostraba el espejo. Su imagen. Disfrutaba admirando su propia belleza como un observador inexperto una obra de arte. Reincidiendo en un bucle sin fin, los oscuros ojos de la mujer le devolvían el reflejo de la hembra irresistible que era.

Nada más llevaba que un escaso bustier de encaje blanco cubriendo, apenas, los íntimos secretos de su perfecta anatomía: desde los bellos y turgentes pechos hasta las provocadoras e insinuantes caderas. Esa prenda le encantaba; realizaba por completo todas las cualidades de su anatomía y la hacía sentirse ambicionada, aunque en ese momento estuviese sola.

Si el pecado tuviera nombre de mujer, sería el de esa fémina que se recreaba en su aspecto de *femme fatale*.

Conocía a la perfección el juego de la seducción, el punto de no retorno que podía llevar a un hombre a sucumbir a la lujuria y al destino más perverso. Ella era capaz de controlar los hilos de las mentes, logrando hilvanarlos y coserlos a su antojo. Se consideraba una experta cazadora, una maestra de la incitación. No sabían cuán peligrosa podía llegar a ser; y puede que ella tampoco, pero disfrutaba con su modo de vida. ¡Oh, sí! ¡Y cuánto!

No había nada mejor que tener el poder y el control. Y ella lo tenía; absoluto control.

Siempre lograba despertar deseo y envidia allí por donde pasara: envidia en ellas, deseo en ellos. El patrón de conducta pocas veces variaba.

Su caminar era firme y seguro, y sus pasos parecían resonar por los lugares

que transitaba. Fuera como fuese, la presencia de aquella mujer jamás pasaba desapercibida. Era algo innato en ella, algo que imantaba a su alrededor. La suerte era su cruz. Jamás supo el coste del esfuerzo ni la recompensa por ello. Si deseaba algo, lo acabaría obteniendo; así de sencillo. Y no pediría permiso para conseguirlo. La vida consistía en arriesgar por aquello que una quería, no por esperar pacientemente a que, esta, decidiese obsequiártelo.

En ella residía una mujer vanidosa y, por supuesto, celosa; aunque era demasiado soberbia para admitir esa faceta suya que tan poco congeniaba con su carácter. O tal vez sí.

Su maravilloso cabello largo y sedoso, de ondas perfectas y definidas, caía por la espalda como el leve roce de una pluma hasta llegar a una esbelta cintura. La luz desvaída de la pequeña lamparita de noche, que reposaba sobre una de las mesitas junto a la cama, unida con el fulgor de las etéreas llamas de las velas, robaba destellos a la oscura melena de tonos chocolate. Su boca de labios carnosos dejaba escapar una sonrisa insinuante y juguetona, o tal vez perturbada, de quien ya tiene un objetivo en mente. La mirada felina de ojos castaños se difuminó, quedando perdida en algún punto indefinido del infinito: entre su yo actual y el del otro lado del espejo.

Los recuerdos evocaron con presteza a su memoria, llevándola consigo.

No hacía demasiado que había sucedido; apenas dos semanas atrás. Desde entonces no había tenido ni un minuto de descanso en su propio pensar, convirtiéndose las noches en un auténtico calvario. Hasta el momento, nunca se había obsesionado así, y menos por un hombre, con una necesidad tan imperiosa, tan animal, tan antigua. Pero una intuición en ella le advertía de que aquel hombre no era como los demás; él tenía algo elemental, que no sabía cómo describir. Y eso estaba resultando ser un pequeño martirio para ella.

Había sido una semana agotadora, y en su mente solo imperaba la idea de dirigirse a su local preferido, situado en las afueras. Ya era de noche cuando condujo de camino hacia allí sobrepasando el límite de velocidad, como era costumbre en ella.

Selva; ese era su destino y el nombre del lugar que tan a menudo visitaba desde hacía meses. Era un sitio muy moderno y exclusivo, en el cual, y como

no podía ser de otra manera, gozaba de privilegios. Ni esperas en colas tortuosas e interminables como una persona vulgar, ni zonas vetadas, exclusivas de clientes importantes. No. Ella entraba y salía en aquel pub a su antojo.

Lo habían inaugurado aquel mismo verano, promocionándolo a bombo y platillo. La publicidad había sido exagerada, pero todo aquel que buscara un emplazamiento nuevo debía acudir; al menos, así rezaban los panfletos que lo anunciaban. Y ella no podía faltar. En otro momento le hubiera sido indiferente; no obstante, la monotonía la llevaba carcomiendo en la última temporada y ya nada conseguía entretenerla lo suficiente. Siempre las mismas caras, los mismos bares, las mismas luces estridentes, las mismas decoraciones aburridas y sin gracia, tan burdas...

No era algo aislado. Todo acababa por cansarla y terminaba necesitando nuevas ubicaciones, experiencias, emociones... Quizá por eso fue que no se pensó demasiado en conocer el nuevo lugar de moda. No esperaba nada, y puede que fuera por esa circunstancia que cuando entró, supo que aquel recinto le gustaba como no lo había hecho nada hasta entonces.

La iluminación correcta, sin deslumbrar en exceso y con la penumbra ideal para el confort que se espera en el cobijo de la noche; la decoración moderna, sin llegar a los límites de lo estrambótico, consiguiendo la mezcla perfecta entre clase e innovación. Los empleados no desmerecían con el equilibrio del local; eran auténticos profesionales instruidos en las relaciones públicas, sin extralimitarse en lo personal.

En conclusión, era un sitio agradable al que querer regresar.

No tardó mucho en camelar al dueño del negocio y conseguir así los favores que eran dispensados a gente importante. Sin nadie saber cómo, esa mujer salida de la nada era consentida con todos sus caprichos. Cuestionar los motivos era sinónimo de crear tolveneras. Y no era una fémina con la que querer tener problemas. Aunque aquel lugar no le perteneciese, ella lo sentía como propio. Contra todo pronóstico, fue frecuentado el recinto cada vez más a menudo.

Selva se había convertido en su santuario.

La afluencia que acudía nunca era la misma, habiendo siempre espectáculos y actuaciones sobre el escenario de la planta baja. Y allí, entre la muchedumbre, era que planeaba su estrategia cuando no quería que la noche

fuese fría para ella.

Nunca era nada serio ni trascendental, solo se trataba de un intercambio de necesidades entre dos animales de la misma especie. Poco importaban los nombres, la edad, su estado civil, religión, raza o sexo; solo importaba el placer que era desencadenado, hasta estallar en cada una de sus terminaciones nerviosas. No necesitaba más.

Sin embargo, las cosas pronto cambiarían.

Había aparcado su flamante coche rojo en el reservado para ella y se había adentrado en el local gracias a la ayuda del portero, cuyo nombre nunca le importó, a pesar de que siempre era él quien le facilitaba la entrada.

Era viernes y hacía horas que había oscurecido. El frío en el exterior resultaba insoportable, y pronto agradeció el calor que reinaba dentro.

Se había quitado su abrigo negro de lana y se lo había entregado a la encargada del guardarropa. Ni se molestó en darle las gracias, tan altiva como era con todo el mundo.

Aquella noche no había regresado a casa antes de pasar por el *Selva* y por eso llevaba la misma ropa que había lucido durante todo el día en el trabajo. Unos pantalones negros ajustados, rasgados en las rodillas, que remarcaban sus piernas largas y torneadas por el ejercicio; unos botines, con tachuelas por la parte trasera; una camisa color hueso de seda, abierta por la parte superior, insinuando su escote y metida por el interior del bordillo de los vaqueros oscuros; y una cola de caballo baja, que suavizaba sus facciones, remataba su atuendo. Más que suficiente para que alguien como esa mujer postrara a sus pies a cualquiera.

Había pedido una copa de whisky, del caro, con hielo y se había paseado sin demasiado apremio con el vaso en la mano, analizando a cuanta persona veía. Esa noche estaba pensada para una depredadora como ella.

No se le escapaban las miradas interesadas de según qué hombres, los cuales la examinaban minuciosa y lascivamente; algunos en verdad muy apuestos, y con casi absoluta seguridad entregados en las dotes amoratorias. También de alguna que otra mujer, pocas con interés y la gran mayoría con animosidad. Estaba acostumbrada a ese comportamiento por parte de las féminas; siempre tan inseguras... ¡Patéticas!

Siguió paseando por el local sin ninguna premura. Pocas veces se quedaba con lo primero que visualizaba si es que no había nada mejor, pero, como

experta que ya era en esas lindes, sabía que lo adecuado era no precipitarse y tener paciencia. Lo distinto siempre tardaba en llegar. Y así estuvo, deambulando con el vaso de whisky sin un rumbo fijo mientras algunas de las miradas de la sala la acariciaban y otras la apuñalaban. Rio. Disfrutaba con el *sex appeal* que emanaba de sí misma.

Finalmente se había sentado en uno de los cómodos sillones blancos junto a una mesa de café baja y redonda de cristal, bebiendo el líquido ambarino que se deslizaba por su garganta, y que siempre conseguía provocarle un leve escozor que disfrutaba.

Le encantaba el licor fuerte, sin mezclas; nada que ocultase el buen sabor de una bebida añeja.

Se recostó en el asiento, con el vaso erguido en la mano hasta quedar a la altura de sus ojos oscuros; los que contemplaban cómo el hielo de la bebida se fundía poco a poco en el mar de alcohol en que se bañaba. No fue hasta que levantó la vista cuando lo vio.

No hubiera sabido definir el qué, pero había algo elemental en el hombre que bajaba las escaleras hacia donde ella se encontraba y que provocó una reacción en cadena en su interior. Era atractivo, nada que no hubiera visto con anterioridad; no obstante, cuanto más lo estudiaba, más le atraía. Era alto, no sobrepasaría el metro ochenta y cinco; moreno, ojos oscuros, de porte gallardo, piel atezada por el sol... Llevaba un traje de confección y el pelo peinado cuidadosamente sin discordar con el total de su imagen, si no fuera por un pequeño detalle que a ella no le pasó por alto. Un tatuaje.

Ese hombre, que daba la apariencia de un magnate de negocios, tenía un tatuaje que seguramente abarcaba todo su antebrazo, acabando en su muñeca; en la cual se vislumbraba una parte de él.

Estaba segura de no haberlo visto antes, pero no lograba persuadir a su cerebro de la necesidad de querer saber algo a mayores de él. Puede que solo un poco más, un detalle que acabase con esa imperiosa exigencia de misterio que lo rodeaba, o puede que todo aquello que se le permitiese conocer, aparte de lo correcto.

Había dejado la bebida a medio acabar sobre la mesa y se había levantado. Él ni siquiera había reparado en ella, pendiente como estaba en busca de algo... o alguien. No tardó mucho en encontrar al motivo de su rastreo. Una mujer en la barra, de espaldas al lugar en el que ellos se encontraban, de

largos cabellos de un castaño claro, con curvas muy pronunciadas y con un estilo para la moda un tanto soso que la ocultaba más de lo que la realzaba.

Él había sonreído al verla, aunque la mujer de la barra no lo miraba. Se encaminó hacia la zona en donde se encontraba sin percatarse de que, a escasos metros de él, otra lo miraba. Pasó junto a esta dejando la fragancia de su loción, a modo de ataque no intencionado a sus sentidos, e ignorando la presencia de la fémina por completo. Su atención estaba puesta en la joven que no era sabedora de su aparición en el lugar. Situó la mano en el final de la espalda de la joven, por encima de las caderas, y la besó en la mejilla, saludándola. Ella se dio la vuelta, sonriendo al reconocerlo. Tenía unas facciones muy dulces, de pómulos marcados y sonrisa sincera. Sus ojos recordaban a las tonalidades del follaje de los árboles en otoño, abarcando desde el verde al marrón. Era mona pero insuficiente para el hombre que la miraba embelesado. Carecía de la gracia y la sexualidad que se esperaría en una mujer de su edad. Parecía tan cándida...

Los había observado desde la distancia sin moverse, fijándose en cada detalle: en las expresiones de él y las manías de ella, como retorcerse el pelo igual que una quinceañera en su dedo índice. Era tan tontita que le causaba gracia. Él, en cambio, parecía experimentado en ese juego de seducción que se traía para con ella.

A lo largo de la noche, se le habían acercado diversos hombres, envalentonados por el exceso de alcohol, creyendo poder tener alguna oportunidad de entablar conversación, ya que se encontraba sola en un rincón. A todos los despachó con premura y sin consideración hacia sus posibles sentimientos, tan pendiente como estaba de la escena que transcurría a escasos metros de ella.

Eran las tres de la madrugada cuando la pareja decidió irse, tras un tonteo exageradamente prologando que no había culminado ni con un triste beso en los labios. ¡Eran exasperantes!

Él le había tendido el abrigo mientras la ayudaba a ponérselo con galantería. Aquello había provocado que la observadora pusiese los ojos en blanco.

Se dirigieron de nuevo hacia las escaleras que los llevarían al exterior, pasando por el pasillo adyacente a la mujer que los había estado acechando toda la noche. Sin embargo, por suerte o por desgracia, el hombre chocó con ella, haciendo que se tuviera que fijar en esta.

Él se giró con intención de disculparse, mas ambas miradas se encontraron, quedando suspendidas la una en la otra de una manera intensa aunque breve. Ella había sentido una descarga cuando sus cuerpos se rozaron accidentalmente, pero nada que ver a cuando los ojos de ambos conectaron. Había habido reconocimiento, una sensación de unión; algo que desde aquella noche la perseguiría a ella y, puede, que a él también.

La remembranza de aquel encuentro se disipaba lentamente, devolviendo su mirada a la realidad mientras se pintaba los labios de un rojo intenso, del mismo color de las rosas que conservaba en un jarrón encima de la mesa circular de su dormitorio. Eran de un admirador secreto; uno de tantos.

Los ojos habían sido delineados con una gruesa raya negra en el párpado superior, dotándola de cierto aire que recordaba a la moda de los años veinte. Las largas pestañas ocultaban la travesura que su mirar demostraba, y es que, en esa cabeza suya, había estado planeando durante los últimos quince días la manera de separar a aquella pareja. No le fue muy difícil averiguar según qué cosas; las suficientes para organizar su estrategia y que ese hombre acabase en su cama, que la desease, que la poseyese hasta la locura.

Aquella noche ella tuvo que irse del *Selva* sin el calor que su cuerpo reclamaba. Aquella noche fue el principio del fin. Aquella noche, Pandora, decidió que ese hombre sería suyo costara lo que costase.

Y ahora, estaba mostrando sus armas ante el espejo; el único que le guardaría su secreto.

Primera Parte

Capítulo uno

Soñando despierto

Todavía no había abierto los ojos y ya se sentía pletórico, embargado por una felicidad sin precedentes. Dejó escapar una sonrisa exultante de regocijo antes de decidir contemplar con pura fascinación a la mujer que yacía a su lado.

Estaba de espaldas a él, completamente desnuda y con la sábana apenas cubriéndole la cadera. Tenía una piel de alabastro magnífica, sin alguna imperfección que adornase su tersura; al menos para él era perfecta. La espalda expuesta lo incitaba a buscar aquello que ya había poseído y gozado, no hacía más que unas horas; no obstante, su cuerpo ya estaba reclamándolo de nuevo.

Se apoyó en el codo izquierdo sin parar de sonreír, incorporándose. Extendió su otro brazo y deslizó, con toda la delicadeza de la que fue capaz, sus dedos sobre la curvatura del costado femenino, desde su convexa cintura hasta su suave muslo, arrastrando con la caricia la sábana a su paso.

La escuchó reír, casi en un jadeo tímido, a medida que su osada mano avanzaba en busca de ese calor que solo ella desprendía.

Se acercó más, hasta que entre sus cuerpos no quedó espacio para albergar nada que no fuera el propio roce de estos. La espalda de ella encajaba a la perfección en el torso de él, como si siempre se hubiesen pertenecido, pero nunca se hubieran hallado hasta ahora.

Su mano siguió con su lujurioso recorrido, llegando al secreto escondido de su bello y candente cuerpo. La vio esconder el rostro en la almohada con vergüenza, según los dedos se introducían deliberadamente en la carne húmeda; sin embargo, ella no le negó el acceso a su intimidad, sino que se lo facilitó separando las piernas casi con provocación.

Él la contemplaba consternado a la par que fascinado, pero antes de seguir avanzando en su paseo por las profundidades de aquel esbelto cuerpo, la agarró por el brazo y tiró de ella hasta ponerla de espaldas en la cama, obligándola a enfrentar su mirada. Lo observaba apocada, con las mejillas

completamente encendidas por el deseo, e intentaba evitar encontrarse con esa mirada hambrienta. Aquella actitud lo enardecía hasta límites insospechados, hasta sacar a la bestia que llevaba dentro y saciarla en el más absoluto éxtasis que solo esa hembra le podría otorgar. Casi gruñía como un depravado; su erección palpitaba ansiosa anticipando el placer. Se obligó a controlarse, por lo menos el tiempo suficiente para lograr lo que quería de su acompañante. Aún la tenía retenida del brazo impidiendo su movilidad; seguramente le estaría haciendo daño, pero ella o no parecía notarlo, o le daba igual.

La besó con ansia animal, sin esperar el permiso que debería serle otorgado; no obstante, no podía pensar en otra cosa que no fuera la posesión de aquellos bordes carnosos. Mordió, lamió, saboreó y succionó sus labios hasta que la mujer, en un acto reflejo por protestar quizá, entreabrió la boca dando acceso a la impaciente lengua.

Exploró el interior de la húmeda y cálida entrada ávido de su sabor, de su aliento, de su otra profundidad. La joven se rindió a ese beso exigente que la reclamaba por dentro y que exploraba toda su cavidad con el roce de la lengua. Enardecida, se unió con la suya a aquel baile antiguo, generando una lucha por el poder en territorio enemigo. Ella en la boca de él, y él en la exquisitez de la de ella.

En esos besos compartieron calor, aire y sed que saciaban con la degustación del otro.

El hombre no tardó mucho en sentir cómo esa diosa le rodeaba el cuello con los brazos, aproximándolo más al cuerpo femenino y consiguiendo que la razón abandonara a latigazos su ente. Intentó centrar la vista en su compañera, pero apenas lograba enfocar la mirada tan excitado como estaba. Cerró los ojos de nuevo y continuó ese enajenado y enfermizo beso, que no tenía nada de casto.

La mujer separó más las piernas para conseguir que él se acomodase y amoldase mejor a su figura; este gimió en el interior de la boca femenina al notar la humedad manando de ella y esparciéndose contra su duro empalme. Fue casi un imploro, un ruego sin palabras de quien ya había sido castigado y aceptaba su destino.

La mano que había estado a punto de jugar con el sexo de la mujer la acarició por fin en él. Fue un roce casi liviano que la hizo gemir demasiado fuerte en un grito, sofocado por la boca que aún la torturaba. Estaba

terriblemente mojada, el líquido íntimo se desperdigaba por las caras internas de sus muslos hasta dejar la acuosa huella en las sábanas y el colchón. Eso era demasiado para el mínimo autocontrol que aún quedaba en el hombre que se moría por poseerla.

Finalizó el beso tan abruptamente como lo había empezado, dejando a esa hembra desorientada por completo. Sonrió como el animal perverso y hambriento que era, deslizó la mirada hacia abajo, a los suaves pliegues empapados en su más íntima esencia, e introdujo en ella dos de sus dedos, en un viaje tortuoso y lento para ambos amantes.

Las pupilas se desplazaron veloces en busca de la expresión de aquella fémina cuando esos dedos llegaron al final y empezaron a moverse, inquietos, en círculos. La joven cerró los ojos y se arqueó en busca del placer que estos le otorgaban, gimiendo y asiendo con fuerza las sábanas que abrigaban el colchón.

Su abandono y entrega ya era total, pero él quería deleitarse un poco más en los dulces suspiros que tanto lo quemaban por dentro. Su erección palpitaba con vida propia; sin embargo, sabía que cuanto más alargase el momento, más intensa y maravillosa sería la culminación.

Siguió admirando el delicado esplendor del cuerpo femenino, bajando hasta dar con sus generosos pechos y las cimas rosadas de estos, que parecían estar clamando por él. Sin detener el ritmo de sus juguetones dedos, posó los labios con delicadeza en el pezón erecto que había decidido atormentar, depositando un virtuoso beso que pronto tornó en indecente. La punta de su lengua se deslizó por el borde de los labios para lamer con tortuoso frenesí la copa del pecho, haciéndola gritar de gusto.

Adoraba lo agradecida que era en la cama. Todo parecía despertarle un manantial de sensaciones, a cada cual más intensa y profunda, que lo llevaba a un abismo de locura.

Siguió lamiendo su pezón, ya de por sí bastante tenso, hasta aprisionarlo con los dientes y tironear de él en un juego macabro de placer. Ella seguía acudiendo a su encuentro, arqueando la espalda más y más en una posición casi imposible. Lo envolvió entre los brazos, dejando atrás la cubierta del colchón y acunando el rostro de él entre sus pechos. A ello unió el movimiento de las caderas, en un deje total de su cuerpo al placer que el hombre le suministraba con la mano. Los jadeos eran incontrollables, al igual que el balanceo rítmico de su cuerpo por llegar al éxtasis; no obstante, el

individuo no estaba dispuesto a que su ser culminase sin haber enterrado su dura verga en ella. Perdiendo cualquier atisbo de lucidez, se apartó de aquellos cómodos pechos, quedando sentado sobre las rodillas. Sacó los dedos impregnados del jugo interno de su compañera y los lamió probando la privada esencia. La tímida mujer lo observó de hito en hito con la mirada nublada por la pasión, incorporándose antes de atrapar los dedos de él con los labios y chuparlos también.

No cualquier fémina conseguiría que aquel gesto resultase tan erótico, pero ella lo había logrado, llevándolo a respirar erráticamente con el martilleo del corazón atascado en la garganta. Aún notaba la calidez de su boca con la traviesa lengua recorriéndole los dedos de arriba abajo cuando no aguantó más. La agarró por la nuca con la mano que tenía libre, retiró la otra de entre sus labios y la besó con afán. Envuelta en los brazos de aquel hombre insaciable, fue empujada por el cuerpo masculino de nuevo a la mullida cama. El contacto era agresivo, sin ningún tipo de dominio; la fiera que salió estaba hambrienta de ella.

Sin parar de devorarle la boca, le separó las piernas con anhelo y se introdujo con una embestida insidiosa en el interior de su piel. La mujer se aferró con fuerza a los fuertes hombros de él tras el envite, gritando. Ya no mantenían aquel beso maníaco de antes, ahora solo se retorcían jadeando e instigando al otro con su cuerpo. Era una danza carnal desenfrenada y nada galante por el abandono de toda ética, en el encuentro al caos más succulento jamás encontrado.

Sus cuerpos mostraban ya una fina capa de sudor, y aunque empezaban a estar extenuados por el ritmo frenético de sus necesidades, no aminoraban la viveza de ese encuentro. El aire se volvía viciado y el calor ya era sofocante, pero nada podría apartarlos a uno del otro, enajenados como estaban, del eterno placer que se proporcionaban.

Las paredes internas de ella lo oprimían cada vez que se clavaba más en su interior, provocando una mayor fricción y por tanto un mayor deleite en el acto que estaban consagrando. Los gemidos de la mujer lo incitaban más allá de la satisfacción que había esperado obtener. Cada instante dentro de ese cuerpo era magnificar todo recuerdo del propio éxtasis, y este no se hizo demorar por más tiempo.

Seguía moviéndose al ritmo de los jadeos de esa afrodisiaca hembra cuando ya empezaba a notar ese cosquilleo tan conocido, anunciando el clímax

absoluto del sexo.

El calor que envolvía su miembro había tornado como si las llamas del infierno lo consumiesen, provocando que la simiente abandonara su cuerpo y se introdujese en el de ella con cada embestida profunda que le propinaba.

La joven llegó a su vez, acompasando las caderas a aquellas sacudidas y desenfrenando sus, ya de por sí, locos gritos. Clavó las uñas en los hombros de él y fue arañando su espalda a medida que el orgasmo se intensificaba, haciendo temblar cada músculo de su cuerpo hasta abandonarla y dejarla en un estado febril.

El hombre cayó sobre ella consumido, con la respiración afectada, sintiendo el escozor en la espalda después del último rastro de pasión. La mujer lo abrazó en el mismo estado abatido, incapaz, también, de normalizar su resuello.

Todo a su alrededor era un revoltijo de sábanas blancas sin ningún orden ni ninguna lógica allí. No solo habían causado una vorágine en sus cuerpos, sino en todo lo que los rodeaba. Las almohadas habían desaparecido; el reloj, que descansaba en una de las mesillas de noche junto a la cama, se había estrellado contra el suelo al igual que otros objetos que estaban esparcidos o caídos en algún punto de la habitación que no les correspondía. No supo conjurar a su memoria en qué momento había ocurrido todo aquello, ni siquiera si habían sido ellos, pero la muestra quedaba patente ante sus ojos incrédulos.

Se incorporó con la fuerza de voluntad que le quedaba, que era casi nula, para abandonar el sedoso cuerpo de aquella preciosidad y dejarse caer sobre el frío y áspero cobertor, abrigándola después con las sábanas, que taparon su desnudez y evitaron que su cuerpo quedase frío.

La admiró en silencio hasta que su respirar se volvió tranquilo. Tenía todo el pelo enmarañado, las mejillas arreboladas y los labios hinchados por los besos que habían compartido. No quedaba nada de la imagen inocente que ella encarnaba, y no podía sentirse más dichoso de haberla visto en pleno apogeo como la mujer fogosa que se escondía tras las apariencias. Sin embargo, lo que más le complacía era saber que había sido el autor de ese desencadenante. Se había entregado a él una y otra vez, pero ninguna había sido igual; la intensidad había ido en incremento.

Puede que no hubiese disfrutado como era debido del sexo hasta que la

conoció, o puede que no supiera que el amor acrecentaba el placer a tales extremos. Porque la amaba, no tenía la más mínima duda sobre ello.

Ella giró la cabeza y lo miró con dulzura. Se le encogió el estómago al ser el destinatario de esa mirada, sabiendo que haría las mayores insensateces por ser el receptor de aquella siempre.

Acarició su mejilla con el pulgar, deslizándolo hasta sus labios y remarcando la forma de estos. Estaba convencido. ¡Haría auténticas majaderías!

Sus ojos quedaron clavados en aquella boca, la cual depositó un tierno beso en la cara interna de su mano. La arrimó a su cuerpo, envolviéndola en un abrazo posesivo y besándole la frente. Era tan delicada..., y tan fuerte también.

Ella se acurrucó, acoplándose mejor en el cobijo que le ofrecía, sonriendo con timidez y suspirando cuando recostó la cabeza sobre su pecho.

Por primera vez en toda su existencia se sentía pleno: de vida, de felicidad y de amor. Lo tenía todo.

—Rosa Mari, te quiero.

No había planeado decirlo, pero su ser lo había traicionado en busca de algo más real, algo inapelable. Y tampoco importaba mucho porque era la verdad. No obstante, notar cómo Rosa Mari se había tensado entre sus brazos lo había asustado. ¿Y si no sentía lo mismo que él?

No se le había pasado por la cabeza esa idea, solo sabía lo que su ser experimentaba cuando estaba con ella, y jamás habían hablado de nada tan trascendental; sin embargo, y aunque no ser correspondido lo hacía palidecer, no iba a cambiar nada. Ello no impediría que luchara por verla y hacerla feliz.

Los segundos se alargaron en una distorsión del tiempo inestable hasta que ella lo encaró. Irradiaba alegría por cada poro de su piel y los ojos le brillaban de una manera especial. El corazón saltó dentro de su pecho y se distendió.

¡Lo amaba!

No necesitaba sus palabras para confirmar lo que su brincar interno le indicaba. ¡Por Dios, era el bribón con más suerte del planeta!

Interrumpió la tentativa de Rosa Mari por responderle con un fogoso beso. No precisaba su contestación, no la quería; no en ese instante impulsivo

llegado de la nada. No deseaba precipitar también el momento en que ella lo dijese. Prefería que ese instante fuese tan sorprendente para él como había sido esa declaración para ambos.

La distrajo con las caricias de sus labios; sentía cómo volvía a arder entre el protector abrazo, entregándose de nuevo a la lujuria. Abandonó ese delicioso beso cautivado por la visión de deseo que revelaba su hermosa fémina. Sabía que la amaría eternamente. ¡Nada ni nadie se lo podría impedir!

Siguió acariciando con la boca la línea de su mandíbula, el lóbulo de la oreja, la clavícula... Había acompañado su itinerario con la lengua, ganando un cantar melodioso para los oídos como eran los gemidos de ella. Tal era la entrega de Rosa Mari que lo sorprendía como si fuese la primera vez. Aunque no tardó en comprobar que su cuerpo, en especial la parte inferior de su anatomía, también estaba dispuesto a una nueva ofrenda y a un nuevo asalto.

La necesitaba como el propio latir del corazón para vivir. Quería poseerla otra vez y sabía que ella no se opondría; esa certeza lo cegaba.

Los besos se prodigaron por sus hombros hasta la espalda, desencadenando un millar de cosquillas que la hicieron retorcerse.

—Oh, Dante. ¡Para! —dijo juguetona.

Él sonrió contra su piel sin detenerse. De nuevo, ella se contorsionó presa del implacable contacto.

—¿Seguro que eso es lo que quieres? —preguntó con su voz grave, cerca de su oído.

Cubrió con una mano uno de esos hermosos pechos y empezó a jugar con el pezón, pellizcándolo. El suspiro entrecortado de Rosa Mari lo conquistó, induciéndolo a sobrepasar los límites otra vez.

—Entonces será mejor que esté quieto y me porte bien, ¿no? —Ella no se manifestaba—. ¿Paro?

Reprimiéndose de seguir con ese contacto que tanto los deleitaba a ambos, esperó a que la joven expusiese sus deseos.

Creyó que ya no lo haría cuando, en un hilo de voz presa del anhelo más antiguo, le respondió:

—Cohíbeme con palabras y sedúceme con fantasías.

Se quedó paralizado ante su confesión. Le estaba pidiendo mucho más que el simple acto carnal, le estaba dando vía libre para llevarla más allá en todos

los aspectos posibles. ¡Y que Dios se apiadara de él, porque aunque fuese pecado lo haría! Poseería no solo su cuerpo, sino también su alma, su esencia, su todo. Se estaba dando sin reservas; Dante, al menos, así lo había interpretado.

—¿Cuáles son tus fantasías? —Quiso saber.

—Aquellas en las que me acompañes.

—Tendrías que matarme para que no acudiese a ellas.

La abrazó más fuerte que antes. Entrelazaron los dedos de las manos y se amaron en silencio brevemente, para más tarde venerarse con toda la intensidad de sus cuerpos, de sus gritos y de sus desvelos.

Después de todo, ¿qué les iba a impedir quererse?

Capítulo dos

Mirando a través del cristal

Rosa Mari admiraba las siemprevivas que acababan de enviarle. Era un ramo hermoso con todos los colores posibles en esta variedad de flor.

El repartidor se las había entregado después de que ella le confirmara su nombre. Con las flores había una tarjeta que cogió y desplegó:

*Porque he mirado por la mirilla de lo prohibido y no quiero que acabe,
porque no soy bueno, tú lo sabes, y aún así has decidido quedarte.*

Dante

Sonrió aspirando el aroma de cada una de las tonalidades del ramo, pues cada color tenía su propia fragancia. Nunca le habían regalado flores, era la primera vez. Puede que fuera por ello, y por quién había tras ese detalle, que se emocionó echándose a llorar de felicidad. No era un llanto exagerado ni mucho menos prolongado, solo unas pequeñas lágrimas que desbordaron por el ocaso de sus luceros.

Dio varias vueltas sobre sí misma con el ramo contra el pecho, de modo danzarín. No podía creer que un hombre como él se hubiese fijado en ella, que la quisiese.

Todo había sido tan repentino..., y absurdo.

En un ascensor.

Así se habían conocido.

Dante ya estaba en el interior cuando las puertas se abrieron en su planta. La había incomodado que ya hubiese alguien dentro, pues siempre le hastiaron esas conversaciones necesarias e insustanciales que eran requeridas en el ámbito social para no quedar como una maleducada. Había estado a punto de no subirse al elevador y esperar a que se encontrara vacío, pero aquel día tenía prisa; así que se propuso no ser tan absurda.

Las puertas se habían cerrado tras ella automáticamente, una vez dentro, sin haber pulsado ningún botón. Él le había dedicado una sonrisa cordial mientras la miraba sin ningún recato, de arriba a abajo. Enseguida se

arrepintió de no haber decidido bajar por las escaleras, y con la excusa de presionar el pulsador de la planta baja le dio la espalda.

Había mirado con desespero la pantalla en donde se indicaban, con ledes rojos, los números de las plantas. Todavía iban por el piso veintidós, y en ningún momento fue ajena al examen de Dante sobre su figura. Llevaba un vestido floreado de vuelo, un poco por encima de la rodilla, y unos zapatos blancos de tacón. No era un vestido en sí descocado, aunque dejaba parte de la espalda al descubierto. Pero con él detrás, observándola, se había sentido prácticamente desnuda.

Estaban llegando al piso dieciséis cuando un fuerte bote del ascensor hizo que este se detuviera, dejándolos atrapados en él.

Rosa Mari guardaba un miedo terrible a los espacios reducidos, y tampoco ayudaba el tener a un hombre detrás que parecía querer realizar sus más perversas fantasías con ella.

Había intentado parecer despreocupada ante ese contratiempo por estar atrapada, pero, a medida que los segundos pasaban y el cubículo metálico no se movía, su agobio había ido en aumento. El aire se había tornado muy caliente y espeso, el pulso se le había acelerado hasta notar un doloroso martilleo en el pecho, y un sudor frío había empezado a recorrerle, desde la nuca, por toda su columna vertebral.

Angustiada, había dejado caer su espalda contra el panel de botones del ascensor mientras luchaba por respirar con normalidad, o siquiera respirar, cuando ya había notado un asomo de mareo. Le habían empezado a temblar las piernas, sintiendo que en cualquier instante le fallarían y se caería al suelo. No recordaba en qué momento el hombre que estaba encerrado con ella se le había acercado y la había abrazado, susurrándole algo al oído. Tardó unos minutos en entender lo que le decía, absorta como estaba en su ataque de pánico.

—Respira, respira. ¡Vamos, preciosa! —había pronunciado, echando la cabeza hacia atrás para mirarla a los ojos—. Quédate conmigo.

Esas últimas palabras resonaron en su interior varias veces hasta que comprendió su significado, quedando prendada en los ojos oscuros de él. Eran cálidos, penetrantes y sobre todo le habían proporcionado amparo. Un amparo que no creyó poder encontrar jamás en un completo desconocido.

Había dejado de sentirse vulnerable por la situación, concentrándose

únicamente en él; en la mirada que le dedicaba tan dulce y tan segura, en las caricias de sus dedos en la cara interna de sus muñecas, en su presencia tan atrayente.

De repente, había sido muy consciente de lo cerca que estaban sus cuerpos, sus caras, el chocar de sus respiraciones... No obstante, lo que más la había perturbado era lo íntimo de la situación.

Quiso reponerse, disimulando la turbación que sentía por aquella escena tan indebida, pero lo único que había conseguido era el escape de un suspiro ahogado. Él había sonreído cautivador, acercando su rostro al de ella para lo que intuía sería un beso. En contra de la lógica que siempre la acuciaba, en aquel momento se descubrió queriendo ser partícipe de un instante así con un extraño.

¡Cuánto había deseado dejarse llevar!

Una sacudida fue la que la sacó de aquel estupor, provocando que ambos se separaran levemente.

El tintineo que indicaba el avance de las plantas había sonado en cada una de ellas mientras el ascensor volvía a estar en pleno funcionamiento.

Ella, escurriéndose por un lado, se había alejado de él. El momento ya había pasado y había sentido cómo sus mejillas le ardían debido a la vergüenza por lo que casi estuviera a punto de hacer. No lo volvió a mirar, deseosa por salir de allí cuanto antes, a pesar de notar su fija mirada en ella.

Cuando por fin el ascensor llegó a la planta baja y las puertas se abrieron dejando paso al exterior, Rosa Mari había salido disparada en busca del escondite que le ofrecía su fuga. Sus pasos fueron apresurados, casi a la carrera, como si aquella acción la hiciera olvidar esos instantes en el ascensor y esa mirada que, estaba segura, se injertaría en sus mejores sueños.

Ya se había sentido prácticamente a salvo al agarrar la puerta de la salida y empujarla hacia afuera. El sol la había recibido templando su piel expuesta y haciéndola sentir mejor, aunque no duró mucho. Una mano fuerte y grande la cogió sin conmiseración por un brazo, tirando de ella de repente hacia una esquina del edificio. No le dio tiempo a resistirse cuando unas manos la sujetaron por ambos lados de la cara con firmeza y la besaron con furor.

Se había opuesto a ese atrevimiento, a esa ofensa sin su permiso. Había forcejeado con su captor sin éxito, hasta que finalmente las manos habían abandonado su rostro para abrazarla con fuerza por la espalda, estampando

su busto contra un torso fuerte y candente; debilitando así sus defensas y consiguiendo que se abandonara por completo a ese beso del que tanto le permitieron beber.

Los labios eran suaves y le propiciaron un cosquilleo por todo el cuerpo, lo que hizo que cargase el peso de su figura en aquel que la sujetaba sin tambalearse. Se había abrazado al cuello de aquel hombre sin discernir quién era, solo sabía que quería más de aquello que le estaba ofreciendo.

La había incitado a abrir su boca con la lengua. Ella, cediendo y dándole acceso a su interior, se había encontrado con un torbellino de excitación que la había hecho gemir dentro de aquella entrada a un paraíso; más tarde conocería infinidad de ellos. Exploró con su lengua tanto como había permitido que explorase en ella, queriendo más y más. Sintió calor por todo el cuerpo, buscando ser capaz de saciarse en aquel que la había pillado por sorpresa.

Se había olvidado de los prejuicios, del lugar y de sí misma. Solo necesitaba la delicia que le estaban agasajando por más tiempo, más intenso, más adentro.

Las manos habían dejado de abrazarla, dirigiéndose a su trasero y apretándolo con fuerza, elevándola sobre un cuerpo varonil en el que cruzó sus piernas tras la espalda de este sin interrumpir el beso. Supo que necesitaba aire, o debería haberlo necesitado, pero prefería morir ahogada a frenar lo que fuera que se estaba desatando en su interior.

Había notado el frescor en el dorso de su figura al ser apoyada contra la pared de piedra del edificio, siendo recorrida por un escalofrío que fue atajado de inmediato por aquellas indagadoras manos sobre sus muslos, debajo del vestido que llevaba. Creyó que ardería allí mismo como una pira si seguía con aquel recorrido por su cuerpo, mas tampoco habría aceptado que parase.

Sintió el centro de su cuerpo terriblemente húmedo, resbaladizo y palpitante. Supo lo que quería, y él también; solo esperaba que no decidiese demorar mucho más la agonía apiadándose de ella. Pero no iba a tener suerte. Aquellos dedos incisivos la habían acariciado deleitándose en cada curva de su cuerpo, en cada vibración. Como si hubiesen querido aprender hasta el más ínfimo detalle, pudiendo retenerlo en su tacto cada vez que lo evocaran.

Sus labios se habían separado, hinchados por ese frenesí de locos besos, dejando a ambos jadeando de una manera exagerada. Ella logró verle la cara después de todo ese tiempo de anonimato; era Dante, el hombre que había quedado atrapado con ella en el ascensor. El mismo que había deseado durante un segundo muy turbulento. El mismo al que le estaba entregando mucho más que un simple beso, además de un entusiasmo desmedido por todos aquellos roces que habían compartido sus cuerpos.

Debería haberlo supuesto, ningún hombre la hubiera atrapado de esa manera por las buenas.

Él parecía estar roto por el deseo; su mirada oscurecida y dada al depravado ser que habitaba en sí. No aparentaba tener ningún tipo de control en sus actos ni en la intensidad que emanaba de ellos. Solo parecía querer infundir el mismo estado en ella y conseguir así un gobierno de misticismo en ambos, logrando que la demencia hiciera mella en sus organismos.

Se habían sostenido las miradas hambrientos, calculando el siguiente movimiento del otro. Aguantando unas ganas que los desbordaban y los consumían, queriendo hacerles gritar.

En ese momento de observación sugestionada por el deseo, ella se había fijado realmente en el hombre que la había llevado mucho más allá de las apariencias. El pelo que había estado peinado con gomina y esmero caía entonces desordenado sobre su frente, dotándolo de un aire irreverente que lo evidenciaba interesante e irresistible a la par que apuesto. Aquella revelación la trastocó. No se hubiera definido como ese tipo de féminas que se dejaban poseer por el primer licencioso que se les cruzaba, tampoco la que hubiera hecho que uno perdiese el juicio de esa manera.

Las manos de Dante seguían apesando su trasero, jugando con el bordillo de encaje de sus bragas. Su parte racional había querido advertirla, decirle que se hiciera respetar, que le mostrara a ese individuo que no era una cualquiera a la que poder meter mano como si creyese que era de su propiedad. Sin embargo, las caricias expertas de esos dedos sobre la zona que tanto deseaba ser atendida apartaron a un lado todas esas reservas, esa decencia inadmisibles en lo que allí se estaba precipitando.

Otro roce más en su área de placer la había instado a apretarse contra él, a moverse al ritmo que empezaba a marcar ese masaje demasiado sinuoso en aquel territorio tan escondido, y que la había hecho ansiar más. Se había aferrado a los hombros de ese, entonces, desconocido, clavando sus uñas en

ellos, mientras echaba la cabeza hacia atrás y cerraba los ojos abandonada a la agitación que se desataba en su interior. Las caricias se tornaron más rápidas, más desenfundadas, más profundas, hasta hacerla gemir sin ningún tipo de pudor.

Había notado cómo su fluido interno la abandonaba en un liviano manantial de pasión, esparciéndose por sus nalgas y muslos, aparte de por los dedos indagadores de él. Se había sentido frenética, casi a punto de tocar, con cada fibra de su ser, el empíreo. Pero toda aquella satisfacción se había detenido de pronto cuando Dante había retirado su mano. Rosa Mari se había encontrado mirándolo, totalmente perdida en ese desorden de sensaciones no culminadas, buscando una explicación a esa deserción por su parte.

Él la había observado a su vez con la mandíbula firmemente apretada en una mueca de frustración, casi rabia, para convertirla de manera sutil en una sonrisa corrompida.

Ella lo había contemplado con cierto temor. No fue hasta que bajó la mirada entre los pliegues de la ropa tensada que descubrió la fruta prohibida que ansiaba probar. Se había revuelto en su regazo, apremiando a aquella parte oscura que manaba de aquel hombre y que la había arrastrado a ella en su caída a los infiernos. La caída más pecaminosa de su vida, la cual esperaba repetir como castigo eterno por su mal comportamiento.

Sin esperar a que Dante la guiase o la acuciase, se había tomado el atrevimiento de escurrir sus manos hacia el cierre del pantalón. Primero lo desabotonó y luego, con deliberada lentitud, a modo de venganza por su abrupta manera de dejarla con las ganas, había ido bajando la cremallera hasta llegar al tope de esta.

Él había respirado forzosamente ante la dulce tortura que Rosa Mari le estaba suministrando a modo de flagelación y que, de una manera algo masoquista, había disfrutado sobremanera. No había perdido detalle de todo lo que le hacía, jadeando con suavidad cada vez que a ella se le deslizaban las manos más de la cuenta por la zona clandestina de su anatomía.

Rosa Mari había reído sin contenerse, osada por lo que se le revelaba a sus ojos. Había metido las manos dentro de los calzoncillos bóxer azul marino que cubrían su protuberancia, acariciando todo su miembro erecto: desde los testículos, que había masajeadado con suma delicadeza recorriendo todo el pene, hasta llegar el glande, en cuya punta había asomado una gota de su excitación. Ella había presionado sobre aquel líquido preseminal,

extendiendo su lubricación en círculos con la yema del pulgar.

La erección había palpitado en su mano, tensándose más a medida que la estimulaba con sus inciertas caricias. Lo había vuelto loco de placer y, a cambio, él le estrujó las nalgas con sus manos.

Rosa Mari había detenido su suave masaje apretándole el falo con fuerza, a lo que su acompañante había respondido con un gemido grave que la había azotado con más apetito. Se había abalanzado a su cuello, sin soltar su miembro, y había empezado a lamerlo.

Aquello fue demasiado para el dominio del hombre, desencadenando que arrancara y desgarrará sus bragas, ansioso como estaba por quitárselas. Empotrándola mejor contra la pared, había aferrado sus manos por encima de la cabeza de ella con una de las suyas, y sin más preámbulos se había enterrado en su suavidad de un solo envite. El grito que Rosa Mari dejó escapar había conseguido que el entusiasmo del hombre quedase estático.

La fogosidad que había habitado en ella durante todo ese escarceo la llevara a obviar un pequeño detalle tan importante como lo era su virginidad. Enardecida como estaba por el arrebató del momento, había abandonado toda precaución. El dolor había sido agudo e intenso, e inesperado. Se había sentido como una boba por haberse expuesto de esa manera sin medir las consecuencias, y más teniendo en cuenta que ya no había marcha atrás.

La vergüenza que la invadió hizo que ocultase su rostro en el cuello del hombre. Este no se había vuelto a mover desde su chillido, y no estaba segura de cuál sería su opinión al respecto, si bien era cierto que ella no lo había buscado.

Las manos de él habían parado de retener sus muñecas, dejándolas caer a los costados. No la inmovilizaron más, pero sí la abrazaron acariciando su espalda, su cuello, su pelo. Rosa Mari se había sentido reconfortada al no notar su ausencia, sino su entrega. Le había hecho separar la cabeza de su cobijo y la había contemplado detenidamente, comunicándose con ella sin palabras, solo con miradas.

Se sintió conmovida cuando le besó con ternura la frente, la sien, la mejilla, la comisura de los labios, la barbilla y finalmente los labios con un beso casto.

Aún podía notar en su interior la dureza de aquel miembro llenándola, abriéndola e incluso excitándola.

Se siguieron besando sin prisas, con suavidad. Haciendo crecer las ganas de

nuevo y con ello el movimiento de sus cuerpos. En un principio había sido algo comedido, sin intención de causar daño, pero una vez que el dolor no volvió a hacer acto de presencia, la urgencia tomó el relevo en sus cuerpos necesitados.

La culminación fue apoteósica, sorpresiva y ansiada. Habían olvidado que estaban a plena luz del día, en una calle concurrida en la que podrían fácilmente ser vistos. Habían olvidado sus nombres y sus vidas, y el porqué estaban allí. Lo habían olvidado todo y, sin embargo, sentían que se reconocían.

Habían reído como niños pequeños cuando se miraron otra vez y se despidieron.

Rosa Mari creyó que no lo volvería a ver. Se había convencido de que aquello había sido de esas cosas maravillosas que te regala la vida y que hay que saber aprovechar y guardar en la memoria. No obstante, se había equivocado, y un par de días después, aquel hombre que le había presentado una parte de ella desconocida hasta entonces apareció frente a la puerta de su casa calado hasta los huesos con comida china para cenar.

No sabía cómo había averiguado su dirección ni cuánto llevaba allí esperando. Lo que sí sabía era que lo que había empezado como una auténtica locura se estaba transformando en algo maravilloso.

Las siemprevivas que dejó en el florero se lo decían. Dante había llegado para quedarse en su vida.

Capítulo tres

Caminando entre las sombras

Se encontraba sola deslizando las cuchillas de sus patines por la superficie helada de la pista de patinaje, cogiendo velocidad y saltando en el último segundo con una grácil pirueta que evitó que se estrellase contra la valla al desviar su rumbo. Giró hacia la izquierda de espaldas, dejándose llevar por su instinto, surcando la superficie de un lado a otro como una pluma mecida por el viento.

El sonido que hacía la hoja afilada contra el hielo le producía, por alguna extraña razón, sosiego cuando la adrenalina la invadía. Y últimamente sentía que la emoción la corroía por dentro cada vez que pensaba en aquella pareja.

La pasada semana la había dedicado, en cuerpo y alma, a forjar unas ideas con otras hasta tener un plan.

Sonrió como una diabla traviesa, girando sobre sí misma y agachándose en el proceso.

Ese hombre...

Las imágenes de aquel fortuito encuentro la estaban llevando a un estado imposible de sostener por más tiempo.

—Dante... —susurró su nombre, irguiéndose de nuevo y gimiendo de placer.

Sentía cómo se le iba mojando la tela del tanga a medida que su imaginación la torturaba con escenas de ellos dos entregados en un delirio de jadeos, sudor y, por encima de todo, diversión. Todavía no había encontrado hombre que no quisiese repetir con ella, y este no sería menos.

Se detuvo en mitad de la pista con la respiración alterada. La había invadido una oleada de sofocos que la estaban llevando al límite de su aguante. Sentía cómo las paredes internas de su vagina se contraían en un amago por sentir aquello que no habitaba dentro de ella.

La necesidad se hizo intensa hasta el punto de desabrocharse los pantalones, escurriendo la mano entre la ropa interior y su sexo húmedo. Introdujo los dedos, sin ningún tapujo, palpando toda su profundidad con

deleite enfermizo. A medida que su avidez por el placer era mayor, también lo era la exigencia de ir separando las piernas hasta que acabó arrodillada en el frío suelo, frotando su clítoris con movimientos frenéticos y jadeando sin ninguna compostura. La otra mano que tenía libre la ocupó por debajo de su camiseta tirando del sujetador, que retenía uno de sus pechos, hacia abajo y liberando el seno de su jaula. Sumó un par de pellizcos y caricias circulares sobre el pezón. Una vez que este estuvo lo suficientemente torturado y estimulado, hizo lo propio con el otro dejando escapar pequeños gritos que la excitaban aún más.

Sus caricias se volvieron más urgentes y bruscas en la zona genital, arrastrándola a un colosal orgasmo y haciéndola chillar de manera obscena en la pista de patinaje. Se convulsionó como manejada por un títere invisible mientras el placer la fue abandonando y dejando tras de sí, a modo de rastro, su mano bañada en el líquido expulsado de las profundidades de su sexo.

Se dejó caer exhausta, de espaldas en el frío y resbaladizo suelo, con la respiración entrecortada y el vaho saliendo de su boca en pequeñas volutas. Estaba más calmada, pero ni mucho menos satisfecha como debería, puesto que su cuerpo aún se revelaba, necesitando obtener lo que solo aquel hombre le podía otorgar. ¡Era tan frustrante sentirse así!

Retiró la mano que descansaba en sus profundidades y la miró sorprendida, separando los dedos cubiertos por esa mucosa que se pegaba a ellos, de un extremo a otro de la mano, y que se escurría hacia su antebrazo en sinuosas gotas. ¡Nunca se había mojado tanto!

Necesitaba limpiar los restos de aquella lujuria, de aquel descontrol tan impropio en ella, de aquel sometimiento enfermo que se había adueñado de su cuerpo sin que tuviera la más mínima oportunidad de poder escapar. Se sentía vulnerable, y era un sentimiento que se negaba a experimentar. ¡Ella era la domadora, no a la que se sometía! Ese hombre pagaría, con la peor de las agonías, el hacer que su cuerpo la traicionara, provocando que ella misma claudicase.

Giró la cabeza buscando algo que sabía que no encontraría para quitar los restos de su orgasmo de la mano. Sin embargo, lo que encontró fue a un hombre observándola desde el otro lado de la valla de cristal sin poder apartar la mirada de ella.

No era de extrañar. Tenía el jersey levantado hasta más arriba de la cintura, enseñando parte del sujetador semitransparente y uno de sus pechos por

completo; además, el pantalón abierto dejaba ver parte de aquel tanga negro a medio subir.

Lejos de sentirse cohibida, se sintió poderosa. Estaba segura de que había presenciado todo el espectáculo y, también, que le había gustado. Se incorporó hasta quedar sentada, le sonrió, y, con una seña de su dedo índice, le indicó que se acercase.

Al principio aquel tipo no reaccionó, pero de pronto empezó a encaminarse hacia ella como si estuviera aturdido. Eso le encantaba. Hipnotizarlos como si de una hechicera se tratase. El tipo dio un par de traspiés antes de llegar al lugar del que la depravada no se había movido todavía. Ahora que lo veía mejor, se daba cuenta de que apenas sobrepasaría la mayoría de edad; puede que incluso nunca hubiera catado mujer alguna, y eso la provocaba a querer enseñarle, ser su maestra en las dotes amorosas. Quizá ese imberbe consiguiera saciar una parte de ella; no toda, por supuesto.

—¿Te gustaría degustarme?

Se le había escapado una sonrisa maliciosa al preguntarle. Naturalmente que querría probarla, habría que ser muy imbécil para negarse. No tendría otra oportunidad así en la vida, y el chaval no parecía de muchas luces.

La miraba estupefacto sin moverse ni contestar. Pandora, harta de su inactividad y con el deseo creciendo de nuevo en ella, lo agarró por una de sus piernas con ambas manos. Ya que no encontraba con qué limpiarse, aprovechó la tela del pantalón del chico para hacerlo mientras se acercaba peligrosamente a su entrepierna. La erección fue instantánea a pesar de que todavía no había ni llegado a su muslo. Si no iba con más cuidado, ese chiquillo eyacularía antes de que le bajase los pantalones.

Tiró del borde de su chaqueta, desestabilizándolo y consiguiendo que cayera de culo a su vera. El muchacho profirió un quejido al chocar contra el duro suelo. Ella, aprovechando la ventaja, se le acercó a gatas y se sentó a horcajadas sobre su regazo, presionando con la cadera el miembro erecto del joven. Este gimió de manera primitiva, haciéndola reír. ¡Qué fácil iba a ser!

Aún con el jersey levantado y parte de su anatomía expuesta a esos ojos incautos, se propuso guiar una de las temblorosas manos del chico a uno de sus senos. Este seguía con expresión atónita sin oponer resistencia. Su mano tampoco parecía tener vida y eso la enfureció, debido a la poca entrega que estaba mostrando. Sin mediar palabra, le asestó un guantazo en la mejilla a la

vez que lo cogía por el cuello de la camiseta. Ahora el muchacho la miraba acobardado.

—¡Espabila, estúpido! Soy tu sueño hecho realidad, ¡aprovéchalo!

El joven asintió, trémulo, y apretó el pecho que aún seguía bajo su mano. Pandora se echó sobre él, gimiendo suavemente.

—¿Ves cómo cuando quieres sabes?

El chico se volvió más atrevido en su exploración, manoseándola como un auténtico vicioso. Era demasiado inexperto, mas lo compensaba con las ansias propias de la primera vez. La besó en los pechos, succionando sus pezones de manera brusca pero efectiva. Ella, por su parte, había decidido tantear el terreno por los bajos fondos y averiguar cuánto placer sería capaz de suministrarle. No era gran cosa, una talla media, pero si conseguía que la usara con corrección, podrían echar un buen polvo.

Apretó ligeramente su pene, realizando movimientos ascendentes y descendentes que estimularon más su rigidez. El chico gimió con voz grave antes de apresarla contra el suelo y ponerse encima de ella de forma bruta. Había llegado a ese punto de no retorno que tan peligroso resultaba en según qué hombres. El muchacho cargaba todo su peso sobre ella, impidiendo que esta tuviese una movilidad adecuada para zafarse de él. Este, beneficiándose de la ventaja, tiró más hacia abajo de aquellos pantalones que dejaban ver parte de la zona femenina tan erógena, exponiéndola por completo a sus indagadores ojos.

La había sorprendido aquel arrebató, aunque ni mucho menos se sentía amedrentada por ello. Disfrutaba ocasionando esa clase de demencia, si bien no era este el caso que más la vanagloriaba. Le dejó creer que él tenía las riendas de la situación, animando a esa alimaña que nacía y crecía dentro de su persona.

El joven, presa de la lascivia, le abrió las piernas e inyectó su verga en ella con violencia. Pandora disfrutó de aquella entrada. Sin duda, follarse a un virgen era ideal para el estado en el que se encontraba. No tenían ninguna consideración y copulaban como bestias salvajes. Solo había que saber cómo instigarlos a ello.

El ritmo era vertiginoso y, en contra de lo que hubiera esperado, el aguante de aquel muchacho era excelente. Entrenándolo en ese ámbito sería un amante espectacular con el tiempo. Siguió embistiéndola, desfogándose en

ella y jadeando de manera desbocada sobre su oído. Pandora salió al encuentro de esos movimientos con sus propias caderas, enseñándole quién tenía el dominio. El chico pronto perdió los papeles, dando las últimas sacudidas que los llevarían a ambos al tan ansiado orgasmo que buscaban. Ella se arqueó gritando de gusto al tiempo que él la penetró con la mayor profundidad de la que fue capaz, derramándose en su interior con un aullido.

Apartando de encima el cuerpo flácido del muchacho sin problema, ya que el incauto parecía estar en el cielo sin ser capaz de ponerse en pie o de enfocar la vista, Pandora volvió a colocar su ropa, tomándose el tiempo necesario para hacerlo.

Se había saciado; no obstante, presentía que aquella sensación de satisfacción no duraría mucho. El chico la miró embelesado con una mueca ridícula en el rostro, haciendo un esfuerzo por incorporarse.

—¡Ha sido fantástico! ¿Cuándo nos volveremos a ver?

Pandora rio con maldad.

—¿Vernos? —repitió—. Esto solo ha sido un polvo que no ha significado nada. Has sido tú como podría haber sido cualquiera. No te quejes de tu suerte, muchos matarían por estar en tu sitio.

Pandora abandonó el lugar, dejando a aquel muchacho tirado en la pista de patinaje con los pantalones medio bajados y cara de estúpido.

Fuera helaba y la niebla había empezado a levantarse desde el río cercano. Dentro de su coche deportivo la calefacción estaba puesta, impidiendo que el frío la calase. Llevaba una media hora aparcada frente al edificio, al otro lado de la carretera, donde la parejita solía reunirse cada par de noches. Últimamente más a menudo.

Se llevó el vaso desechable a los labios y bebió un pequeño sorbo del café moca que había comprado en el Starbucks de la esquina.

Lo había visto entrar a los cinco minutos de haber llegado y estacionado ella en la acera de enfrente. Consigo llevaba: una bolsa con el logotipo del restaurante tailandés, que había a dos manzanas de allí, y una película en DVD, alquilada en el videoclub de la calle contigua.

Eran tan ñoños que nunca hacían nada nuevo, más que pasar el rato

encerrados en aquel piso. Por fortuna para la acechadora, la mujer vivía en un segundo piso con un ventanal increíble en el comedor y un exiguo balcón que le permitía ver, con la ayuda de unos prismáticos, el interior.

Rosa Mari, que así se llamaba la mujer dueña de aquel inmueble, era tan sumamente ingenua que no se le había ocurrido colocar unas cortinas o estores para guardar su privacidad. En cambio, ese descuido por su parte la beneficiaba a ella, a Pandora. Gracias a su despiste podía saber lo que allí ocurría sin dificultad. Había esperado un mayor reto a la hora de destapar todos los misterios de aquella cómica pareja, pero se había topado con una transparencia excesiva en todo. La había aburrido desnudar una caja vacía de secretos.

Rosa Mari había resultado ser lo que aparentaba: una mujer corriente, nada singular, y con una vida soporífera. Por otra parte, Dante resultó ser toda una revelación, lo opuesto a su compañera. Su adolescencia había sido marcada por alguna que otra detención por peleas, nada grave. Cuando llegó a la mayoría de edad, viajó al extranjero para una mejor educación que le abriría las puertas a grandes empleos. Al finalizar la carrera de periodismo, empezó a trabajar en una de las más prestigiosas entidades de prensa escrita del país. A los cinco años ya había optado a ocupar un puesto de directivo en una de las mayores distribuidoras editoriales. En cuanto a su vida amorosa, tampoco había perdido el tiempo. Tuvo varios líos en la universidad, pero ninguno trascendente, y solo una pareja estable que lo había llevado a arrodillarse. Tras aquel fracaso, se había vuelto un libertino de mucho cuidado; lo que no explicaba qué hacía con una mujer como esa que nada le aportaba.

Unas sombras captaron su atención en la ventana. A través de ella se divisaban dos siluetas que consiguió distinguir gracias a los binoculares.

Dante y Rosa Mari estaban agarrados dando vueltas, en lo que parecía un torpe baile sin nada de imaginación.

Podía creer que una mujer como ella se dejase llevar por esas payasadas, pero el hombre la desconcertaba. Por lo que sabía de él era un individuo versado, viajado. Aquella insulsa no podía ofrecerle nada. ¿Acaso era un capricho?

Demasiado por algo pasajero y sin importancia.

Siguieron brincando unos minutos más, finalizando su excéntrico baile con un sentido beso. Aquel simple suceso la hizo apretar el vaso de plástico,

vertiendo de manera explosiva todo su contenido por el interior del vehículo y en su ropa. Maldijo su lapsus al olvidar el recipiente que sujetaba.

Arrojó los prismáticos a los asientos traseros e intentó limpiar la tapicería de cuero de los restos del café. Volvió a renegar de su suerte al no encontrar ninguna servilleta o pañuelo con el cual limpiar semejante desastre. Estaba claro que había sido un día marcado por la ausencia de estos.

Bajó del coche con el vaso de plástico roto en la mano y restos del líquido marrón salpicando su indumentaria.

Echó en una papelería cercana el envase del café que apenas había probado, pensando en cómo limpiar el estropicio de su coche. Si no se apuraba, las marcas serían muy difíciles de quitar, y renovar el interior le saldría sumamente caro.

Al virar se encontró con que alguien le tendía una caja de pañuelos de papel, aunque casi no reparó en la persona. Sonrió aliviada, arrancándolos de las manos de su benefactor sin dar las gracias, y echó a correr hacia el vehículo.

—¿No sabes que es de buena educación dar las gracias? —dijo una voz masculina a sus espaldas.

—Nunca me interesó aprender los buenos modales —respondió Pandora, restregando el asiento del conductor con uno de los papeles que previamente había humedecido en su saliva.

—A lo mejor es que no has tenido alguien que te los enseñe.

Ese tío la estaba empezando a hastiar con su perorata por unos míseros clínex. Extrajo de la guantera su cartera y sacó un billete de poco valor que luego arrojó a los pies del tipo.

—Ahí tienes, para que te compres otros y hasta te sobra para unos condones. Quizá así dejes de ser tan amargado por unos putos pañuelos —le espetó.

La risa del hombre la fastidió. Sabía que no se había movido un ápice de donde estaba y que tampoco había recogido el dinero; la farola que había tras ellos iluminaba sus sombras.

Ignoró su presencia, dedicándose por completo a dejar como una patena su coche. Tras varios intentos logró quitar, en su casi totalidad, las manchas. Para ello había empleado prácticamente todo el papel. Recogió las bolas que

había dejado caer al suelo y se dispuso a encarar al tipo entrometido. Quedó petrificada al verlo. Algunos de los chafados pañuelos cayeron de sus manos, y ambos se agacharon al unísono para recogerlos. Pandora evitó su mirada por algún extraño motivo, atrapando de nuevo las pelotas de celulosa arrugadas.

—Espero que te hayan servido —expresó Dante cordialmente mientras se levantaba del suelo con algunas de las amorfas bolas de papel en las manos.

—Sí, gracias —murmuró Pandora de mala gana.

No era así como ella lo había planeado. Él no debería estar allí, sino arriba con Rosa Mari. ¿Por qué había bajado?

Se quedaron en silencio durante largo tiempo, contemplándose en la oscuridad de la noche y en la soledad de esa calle. Volvió a sentir ese reconocimiento que ya había notado la primera vez que sus miradas se encontraron, esa unión.

—Me llamo Dante.

Ella lo estudió de arriba abajo, seria, antes de responder. Quizá no fuera así como lo había planeado, pero tampoco es que importara mucho. Lo importante es que había sucedido.

—Yo soy Pandora —«Y soy tu *perdicción*», pensó.

Capítulo cuatro

Manipulando el corazón

Se había levantado de golpe en la cama. Tenía la respiración agitada y el transparente camisón se pegaba de manera impúdica a cada rincón de su figura, debido al sudor que recubría su piel.

Estaba jadeando de forma descontrolada, con el pulso acelerado y el cuerpo tembloroso. El frío se adueñó de ella repentinamente, haciéndola tiritar y urgiéndola a buscar su bata de satén rojo; la cual encontró en el sillón orejero de rayas que estaba junto a la cama. Salió de esta medio entumecida, temblando, colocándose el batín por encima.

No lograba recordar el sueño, o la pesadilla, que había provocado semejante alteración.

Dirigió sus pasos hacia el baño que se encontraba dentro de su cuarto y presionó la llave de la luz a su izquierda, iluminando la habitación de un blanco casi cegador.

Los azulejos de las paredes eran como un mosaico en tonos dorados a diferencia del suelo que era de gres, imitativo a la madera, de un matiz muy oscuro, casi negro. Junto a la entrada, y al lado izquierdo, se encontraba la ducha, incrustada en la pared con las puertas de cristal transparente; de frente a esta estaba el lavabo, que constaba de una especie de cuenco grande y violeta, hecho de amatista, sobre una encimera marrón oscuro que parecía de madera y cuyo grifo sobresalía de la pared alicatada. Y al fondo, también hacia el lado izquierdo, el inodoro de color marfil.

Abrió la llave del agua caliente de la ducha y se despojó de la escasa ropa que llevaba, dejándola caer en la alfombrilla a sus pies. Se alojó en el abrigo de la lluvia caliente, que se desparramaba por toda su figura. Su cuerpo recibió ese contacto gustoso. Echó la cabeza atrás y dejó que el agua le recorriese el cabello, desordenándolo y pegándolo a la piel. Se encogió dejando que el chorro abarcase la espalda, bajando y ocultándose por las curvas y hendiduras de su anatomía. Cogió su gel, de fragancia a azahar con almendras, y se lo vertió sobre las manos. Con ellas se untó de esa

cremosidad, limpiando y arrastrando los restos del sudor. No usaba esponjas, adoraba sentir el tacto, mimarse con las manos. Y así lo hizo. Recorrió sus senos, enjabonándolos y masajeando la zona con suavidad. Siguió con su abdomen terso, sus brazos tonificados, sus glúteos, sus piernas... Toda ella. No tardó en sentir la llamada interna de su ser, que le reclamaba algo muy primitivo y necesario.

El agua continuaba con el descenso característico de una lluvia torrencial, eliminado los rastros de espuma que se habían formado en el pecaminoso cuerpo de la mujer.

Echándose hacia atrás, casi tambaleándose por la necesidad, se dejó caer sobre un espacio dentro del muro de la ducha, creado para sentarse y ser usada, esta, como sauna. Pandora, ya casi consumida por su incendiada urgencia, separó las piernas en una postura procaz, acariciando su clítoris con movimientos circulares, repetitivos y desenfrenados. Prácticamente al instante, empezó a gritar sin nada de recato. Se entregaba a sí misma como si de su amante soñado se tratara. Le gustaba suministrarse placer sin que importase el momento, con quién o dónde. Si lo quería, iba a por ello y no aceptaba un no; ni siquiera de ella misma.

Se recostó contra la pared embaldosada para poder acceder mejor a su sexo húmedo y caliente. Le excitaba su propio deseo, su propia exploración, el saber que culminaría con un atronador éxtasis. Se amaba a sí misma como nadie la amaría.

El vapor empezó a llenar el cubículo calentando aún más la sed de recreo en su oscuridad.

Las piernas estaban completamente separadas en un ángulo propio de contorsionistas mientras las sacudidas casi orgásmicas la azotaban como relámpagos. Lo notaba a punto de secuestrarla, de arrastrarla a ese mundo de perversión erótica que solo ella era capaz de encontrar. Ya le faltaba poco, podía sentir cómo se concentraba en su centro para acabar estallando y conseguir así embargarla del más puro gozo. La tensión de los músculos de sus piernas era casi dolorosa y al mismo tiempo placentera. El sofoco provocado por el propio calor de su cuerpo, aparte de por la temperatura que se acumulaba en la ducha, la mareaba y el ritmo acelerado de su corazón le retumbaba en el pecho.

Una imagen apareció inoportunamente en su mente: Dante. Aquello la llevó a un clímax inminente que la sorprendió por la fuerza con que fue sacudida,

haciendo que se le nublara la vista y gritase con desesperación. El orgasmo resultó ser más prolongado que de costumbre, recorriéndola de una manera asombrosa. Lejos de detener sus caricias, siguió con ellas sin ningún tipo de dominio en sí; cegada como estaba por el placer, consiguió correrse de nuevo sin que los rastros del anterior clímax se disiparan todavía del agotado cuerpo.

Ya no tenía fuerzas para seguir chillando, solo logró emitir un jadeo ahogado carente de aliento. El conjunto de los músculos que la aguantaban se distendió, dejándola caer contra la pared de la ducha en aquel hueco. Su boca estaba completamente seca y las palpitations dejaban de ser tan aceleradas.

¡Maldito fuera ese hombre! Se había apoderado de su pensamiento para aparecerse en él y despojarla de toda dignidad. Tenía que postrarlo a sus pies cuanto antes y convertirlo en un infeliz como todos los que adornaban la larga lista de Pandora. Hombres que se habían creído muy astutos y hábiles y todos ellos habían acabado por suplicarle. Todos, sin excepción.

Se incorporó con gran esfuerzo, se sentía agotada. Tras un penoso intento, logró ponerse en pie con dificultad; las piernas le temblaban demasiado y no parecían ser capaces de soportar su peso. Aun así, dio un paso al frente que la hizo irse de bruces contra el suelo de la ducha. Sus extremidades le había fallado estrepitosamente, mazando sus rodillas y sus brazos al apoyarse en estos.

La embargó la rabia por verse tan vulnerable e impotente.

Ahora ya se conocían y tenía una excusa perfecta para que las «casualidades» se produjeran. Lo metería en su cama, porque ese era su antojo, y saciaría el hambre de su cuerpo hasta que este se empachara y lo aborreciera.

Y una vez que alcanzara su objetivo, ella podría seguir con su vida.

Aún no había nacido el hombre que hiciera que ella perdiera la cabeza. Dante solo sería un número más. Uno más.

Rosa Mari estaba en el jardín de infancia viendo a sus angelitos colorear en los folios. Permanecían muy concentrados en su tarea, llenando las hojas de todos los colores posibles. Sonrió con amor. Ser maestra de preescolar la hacía sentirse plena. Le encantaban los niños y uno de sus más profundos

deseos era ser madre algún día. No había tenido mucha suerte en el amor con anterioridad; o se aprovechaban de ella o no buscaban lo mismo, por lo que sus relaciones habían acabado por ser una decepción tras otra. Y cuando ya no esperaba que nadie la sorprendiera, que nadie la hiciera sentir tan pletórica, apareció él.

Dante la había llevado a explorar; ella, que no se sentía aventurera. La había hecho atreverse; ella, que era tan tímida. La había llevado más allá; a ella, que ya no se ilusionaba. Había logrado lo imposible, demostrándole que los sueños también se hacían realidad. Se sentía viva como como jamás creyó estarlo, desprovista de precedentes que la hicieran siquiera idear algo así. Él, y nadie más.

Se le escapó una sonrisa soñadora al pensar que, tal vez, con Dante podría formar la familia que siempre había soñado.

Uno de los niños se aproximó a ella con el dibujo que había hecho, oscilando en su mano, orgulloso.

—*Mía, Dosa Mai* —dijo el pequeño, entusiasmado.

Le entregó el dibujo, que ella cogió y observó con atención. Era un círculo algo imperfecto en color amarillo, con otro redondel, encima de este, de menor tamaño en azul claro.

—¡Qué bonito! —lo elogió con gran cariño.

—Es un anillo de *compomiso* —anunció con satisfacción.

—¿Ah, sí? —Las cejas de Rosa Mari subieron con sorpresa.

El niño asintió sonriendo, revelando la ausencia de uno de los dientes superiores que le impedía pronunciar con corrección ciertas palabras.

—Es con el que te *pedidé* que te cases conmigo.

Rosa Mari se sintió enrojecer cuando las voces de los demás niños se hicieron eco de lo que acaba de decir su compañero. Pero este, lejos de sentirse mal por ello, la miraba contento.

Tuvo que levantarse de su asiento y pedirles que bajaran la voz, puesto que el alboroto que estaban montando iba en aumento; sin embargo, una figura apoyada contra el marco de la puerta del aula desvió su atención.

Ahí estaba. Tenía una sonrisa complacida y los brazos cruzados a la altura del pecho.

Rosa Mari le devolvió el dibujo al niño, agachándose para besarle en la

mejilla con dulzura. El párvulo se fue a su asiento corriendo, satisfecho consigo mismo.

—¡Vaya! Parece que tengo competencia, ¿no es así?

Ella rio mientras se acercaba a él. Dante la cogió de la mano y la aproximó a su cuerpo, envolviéndola entre sus brazos. Rosa Mari se removió algo incómoda por la situación.

—¡Te he echado de menos! —confesó intentando besarla, pero ella lo apartó.

Su mirada suspicaz ante ese hecho ocasionó que la mujer que aún retenía se explicara.

—Mis alumnos nos están observando. No quiero que les vayan contando cosas que no son a sus padres y estos vengan a quejarse. Están en una edad en la que expresan todo sin el mayor tapujo.

Aunque entendiendo las razones, fue reacio a separarse de ella. Rosa Mari respiró algo más aliviada, agradecida de que le hiciera caso, pese a que su expresión fuera la de un niño revoltoso que estuviera a punto de hacer alguna travesura.

Aquel rasgo de él le ponía los pelos de punta, porque sabía que no tenía la más mínima oportunidad si decidía salirse con la suya. Le lanzó una mirada temerosa, a lo que él le respondió alzando una ceja insinuante acompañada de una sonrisa pícara.

—¿No puedes pedirle a alguien que te sustituya? Tengo planes para los dos. —Su mirada se dirigió a su entropierna—. Grandes planes.

Rosa Mari no podía creer lo descarado que llegaba a ser, aun sin pretenderlo. Miró a sus párvulos cerciorándose de que no hubieran escuchado nada. A pesar de que él lo había murmurado, una no podía fiarse de aquellos diablillos.

Fue a buscar a una de sus colegas de profesión, sabiendo que Dante no cejaría en su empeño; podía llegar a ser peor que un crío si se lo proponía. Por suerte para ella, encontró a alguien que la relevaría sin problemas. Lo que la liberaba el tiempo necesario para que aquel hombre no la metiera en ningún lío.

Dejando a los pequeños con la sustituta de Rosa Mari, ambos recorrieron los pasillos llenos de corcho en las paredes, repletos con dibujos y manualidades

de los alumnos de aquel centro. Caminaban en silencio, uno al lado del otro, acumulando la tensión entre ellos.

Rosa Mari ya estaba dispuesta a romper el silencio, cuando se descubrió siendo arrastrada a los baños de los niños por un energúmeno Dante que la cogió en brazos y la sentó sobre el pequeño lavabo, separándole las piernas con lascivia y algo de urgencia. Elevó su vestido hasta sus muslos, dejando ver sus provocativas bragas blancas. Ella sabía lo que venía a continuación, y él, lanzándole una mirada cómplice, así lo hizo.

La besó con ardor al tiempo que se bajaba la cremallera de la bragueta y procedía a liberar su erecta verga de la prisión de sus pantalones. Rosa Mari ya anticipaba los besos y caricias que tantas veces había probado y que le sabían a poco, queriendo siempre más.

Lo agarró por la camisa, arrimándolo más todavía, desabotonando la prenda con afán. Quería tocarlo, sentir su calor, su tacto contra su propia piel. Abarcó con las manos todo lo que podía tocar mientras se fundían en un beso codicioso. Dante coló las suyas por debajo del vestido de ella, asiendo sus bragas y rompiéndolas sin esfuerzo. Disfrutaba arrancándole la ropa, sobre todo la interior. Ella no protestó, y él se hundió en sus profundidades con presteza. Nunca tenía suficiente, siempre quería más y más.

Rosa Mari se colgó de su cuello a la vez que era poseída por su ardiente amante. La encendía con demasiada facilidad, para mortificación suya, y enseguida se descubría respondiendo con las caderas al ritmo que él le marcaba.

No era un encuentro paciente para alargar el momento, sino que era la búsqueda por calmar los espíritus de ambos, en una unión que solo ellos sabían cómo saciar. Había demasiadas ganas, porque siempre era como la primera vez.

Pisaba la hierba con sus botas de tacón, cruzando aquel pequeño jardín sin prestar atención a los carteles que rogaban no pasar. Las normas no eran para ella, eran para los pusilánimes.

Llevaba un abrigo negro con la capucha subida, la cual le ocultaba el rostro. Había ido hasta allí por un impulso y no debía ser vista por ese lugar, pero, antes de cavilar mucho más sobre eso, la escena que vislumbró la dejó

paralizada.

En unas grandes ventanas se podía otear el interior de un baño infantil. No pasó por alto ese detalle tan perturbador. ¿Es que era un colegio que incitaba a los pederastas para aquella escasez de privacidad? Sin embargo, decidió atender a lo que sucedía al otro lado del cristal, pues nada tenía que ver con una escena inocente.

Una pareja estaba dejando su pasión marcada en aquellos baños, no siendo conscientes de que podrían ser espiados por cualquiera.

El hombre tenía el rostro oculto en el cuello de la mujer y esta se abrazaba a él con desesperación. Sin duda, alguien iba a engendrar a un vástago en una zona llena de los de otros. La risa que se había instalado en su faz se descompuso al reconocer al hombre.

—Dante...

Pronunciar su nombre le suscitó una mezcla extraña en su interior. Una laceración en el pecho la hizo encogerse, sosteniéndose a la rama baja de un árbol cercano. Sentía mucha inquina por lo que se le estaba mostrando ante sí.

Los dos amantes se entregaron sin reservas a su consumación, transmitiendo parte de sus gruñidos a través de las finas ventanas.

Ver la cara de él, rendido a los deleites de la carne, azotó las necesidades de Pandora. Deseaba ser ella a quien mirase con esa necesidad y devoción, a la que entregase aquel recreo de perversión. Ella sabría cómo llevar ese acto a otro nivel, a uno de desenfreno y entrega total que dejaría en un juego de niños lo que ellos acababan de hacer.

La pareja se abrazó y se besó con devoción, adecentando sus ropas después. Se sonreían y se reían sin ningún motivo en concreto, solo la felicidad que los embargaba por poder estar juntos. Él la contemplaba con fervor, acercándola por la cintura a su cuerpo; todavía alterado por la ejecución de aquel concupiscente acto carnal. Rosa Mari evitaba la mirada, azorada, como siempre que la razón la invadía después de que se entregara con lascivia a los anhelos de su ser.

Siguieron con arrumacos innecesarios que, sin embargo, no querían cesar.

Dante la alzó por encima de sus hombros, deleitándose en la risa cantarina de ella. La apretó y la dejó deslizar pegada a su cuerpo, ocasionando que el vestido dejase a la vista sus nalgas llenas, desprovistas de ropa interior; la

cual había acabado en el suelo a jirones. Los pies de la maestra tocaron las baldosas del baño con la punta, y él, sin todavía soltarla, depositó un beso lleno de amor en su frente. Rosa Mari le acarició la cara y le devolvió el besó en los labios virtuosamente.

Dante comenzó a hablar cerca del oído de ella, sin que Pandora fuera capaz de entender lo que decía. Esta se aproximó con sigilo, evitando ser vista y pegando su espalda a la pared del recinto, para poder escuchar mejor con la cara volteada hacia la ventana. De nuevo, la voz de Dante se oyó.

—Te amo, Rosa Mari. No sabes cuánto.

Sin saber el porqué, Pandora aguantó la respiración. Olvidando su encubrimiento, fisgó a través del cristal.

La mosquita muerta de Rosa Mari tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Yo también te amo, Dante —pronunció con esa dulce voz quebrada.

Él la miró sin poder creer lo que escuchaba. Se lo había dicho, esas palabras que supuso que no necesitaba escuchar, pero que inesperadamente abrieron en él una tempestad de alborozo; porque era a él y solo a él a quien iban dirigidas.

Rosa Mari hubiera preferido confesarlo en otra ocasión más especial; no obstante, sabía que no todo en la vida tenía que ser perfecto, sino hacer perfecto el momento.

La mujer que los había estado espiando al otro lado del recinto segaba la escena con la vista clavada en ellos. Había querido saber cuán profundo era ese amorío. Ahora ya lo sabía. Y también sabría cómo romperlo; incluso lograr que ni el recuerdo permaneciera en ninguno de los dos.

Pandora se alejó de allí más decidida que nunca a poner fin a esa relación. Él aborrecería a aquella mujer de nombre de flor virginal, tanto como ella ya lo hacía.

La pareja de Dante y Rosa Mari de ningún modo encontraría un final feliz. No, si ella podía evitarlo.

Y lo haría.

Capítulo cinco

Tejiendo la telaraña

Las diferentes opciones que se desplegaban en el menú estaban pensadas para la clase más selecta, que acudía con frecuencia al local. Anteriormente, ya lo había visitado en un par de ocasiones; más que suficientes para que la recordaran, ya que había pedido los platos más caros, dejando el sueldo mensual de una persona mediocre.

Siempre era acompañada por la misma mujer a su mesa preferida: en el primer piso junto al pasillo a la derecha, al lado de la ventana. Un cristal enorme que abarcaba toda esa altura y la inferior, y cuya rotura debía suponer una gran pérdida económica si se diese el caso. O no.

Había tomado asiento en una mesa para dos, cubierta con un exquisito mantel blanco que podría hacer palidecer la tela de algún vestido de novia.

La camarera, unos años más joven que ella, había esperado pacientemente a que se dignara en pedir alguna bebida entretanto pensaba lo que almorzaría. Se había decantado por un vino blanco, un *Sauvignon Blanc*.

La muchacha había desaparecido de su vista en cuanto le desveló lo que tomaría, no sin antes observarla por última vez con arrobó, debido al vestido que llevaba.

Era muy probable que no llegara a ponerse uno igual en la vida, por mucho que ganase trabajando en un lugar tan lujoso como aquel. Sonrió con complacencia, repasando la carta por segunda vez. El diseñador de aquel traje era muy escrupuloso en sus trabajos, así como a la gente que le otorgaba el honor de obsequiarle alguno. Y, ella, había sido una de las agraciadas, aunque no le había sorprendido demasiado. ¿Quién mejor para lucir esa firma? ¡Hubiera sido un memo si no! El glamour le era algo innato.

Por el rabillo del ojo, divisó la figura de la persona que le tomaría su pedido. Levantó la mirada de la carta dispuesta a recitar lo que pediría, carente de consideración por si a aquel individuo no le daba tiempo de apuntar la comanda. Su hermosa boca pintada de rojo se quedó estática, sin emitir sonido alguno, pero entreabierta por la sorpresa.

Ya era la segunda vez que sucedía.

Dante se hallaba de pie contemplándola con un sonrisa. Parecía encantado de verla.

No es que no disfrutara con la admiración masculina que mostraba por ella, sino lo llamativo que le parecía que no la disimulara.

Ya había dispuesto un plan para encontrarse con él «accidentalmente», pero de nuevo sus planes eran deshechos. No le gustaban las coincidencias y, menos, las que eran repetidas con demasiada frecuencia. Prefería ver las posibilidades de los contratiempos; no obstante, estos, empezaban a volverse muy usuales en su vida.

Sin mediar palabra, lo miró con altivez; no mostrando lo descolocada que se sentía en el fondo. A él no parecieron afectarles sus maneras, tomando asiento con descaro delante de ella.

—Es usted un hombre muy presuntuoso, acomodándose sin ser invitado —apuntó, fingiendo mirar de nuevo el menú.

—Bueno, no dudo de que una mujer tan hermosa tenga pretendientes en exceso, pero le aseguro que ninguno como yo.

Pandora bajó la carta, mirándolo por encima de esta y contemplándolo con diversión. ¿Acaso pretendía seducirla?

La camarera apareció en ese momento con la botella de vino que su exigente clienta había pedido, y vertió parte de su contenido en la copa de esta. Miró al hombre de refilón, dejando la bebida entre ambos comensales.

—¿Qué desea beber, señor?

—Lo mismo que la señorita —respondió mirando a Pandora.

—Está bien. Volveré más tarde para tomarles nota. —Se acercó a un mostrador cercano, para volver casi de inmediato y entregarle otra carta de menú a Dante, antes de esfumarse de nuevo.

Pandora le dedicó una mirada cargada de rabia a la joven camarera de espaldas a ella, por la desfachatez de hacerla esperar sin preocuparse siquiera de si ya había decidido o no.

—No la culpes —interrumpió él sus pensamientos como si se los leyera—. En este sitio me tienen en muy alta estima y les gusta verme contento.

—¿Ah, sí? —El análisis de Pandora se hacía patente en la expresión de su rostro.

Dejó caer el menú con hastío en la mesa, aguantando la profunda mirada de él. Parecía un pulso por ver quién sería el vencedor.

Dante sonreía socarrón.

Pandora, que al principio se había mostrado seria, decidió cambiar su táctica. A fin de cuentas, lo que ella quería era perturbarle.

Se acomodó mejor en su mullida silla, colocando los codos sobre la mesa y apoyando su fina barbilla en el dorso de sus manos entrelazadas. Sabía la vista que le estaba mostrando a su no invitado. El escote en uve del vestido le llegaba hasta el abdomen, insinuando más que mostrando sus pechos; dando la sensación de estar precariamente tapados. Su sonrisa de loba hambrienta lo incitaba a un juego peligroso, y su mirada de pestañas caídas lo invitaba a acercarse a descubrir lo que fuese que estuviera ocultando.

Dante, lejos de acobardarse, la devoró con una inspección de sus ojos nada comedida. No había contención en la acción, ni tampoco inquietud por su minucioso deleite.

—Bonito..., vestido.

—Le ahorraré el bochorno de preguntarle de qué color es —pinchó ella.

Él dejó escapar una risa varonil desenfadada.

—Me gustaría que me tutearas. No hay necesidad de formalismos.

—Solo tuteo a aquellos con los que tengo un grado... *íntimo* de familiaridad —dijo enfatizando—. Aunque me temo que como usted siga así de perdido en los detalles de mi cuerpo, se convertirá pronto en uno de ellos.

Dante, dándose por aludido, levantó la mirada en pos de la suya, travieso.

—¿Me quieres decir que tu figura ha sido vetada para mí? ¿Pueden mirarte todos menos yo? —Había un deje de emoción contenida.

Pandora llevó la copa de vino a sus labios y bebió de ella sabiéndose observada hasta en el más mínimo gesto. Se había olvidado prácticamente de la existencia de Rosa Mari, y al parecer no era la única. ¿Qué podía hacer una insignificancia como ella a su lado?

Dejó de nuevo la copa sobre la mesa, ladeando la cabeza al observarlo otra vez.

—¿Deseas estudiar mi cuerpo más allá que el resto? —ironizó con una insinuación pendiendo entre ambos.

—¿Y si mi respuesta fuera sí?

—Cuando tu respuesta sea sí, te responderé.

Compartieron en silencio la travesura que se estaba tejiendo en el aire, la sutil telaraña que los atraparía a uno de los dos.

—Al menos he conseguido que me tutearas.

Pandora se tensó al ser consciente de ello, borrando toda sonrisa de su cara. ¿Es que la había manipulado para sus fines? No debía olvidar que aquel hombre con el que compartía mesa había sido, en algún momento de su vida, un experto en el arte del deseo.

La camarera reapareció, trayendo consigo una copa para Dante; atenta, esta vez sí, a los pedidos de la pareja de comensales. No llevaba bloc de notas, su único apunte era la memoria. Pandora había pedido salmón a la naranja, y Dante solomillo con setas y nata. La empleada, una vez supo las comandas, se marchó dejándolos a solas de nuevo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

Él, echándose el vino en la copa que le acababan de traer, bebió degustando el licor.

—¡Buena elección! —comentó, ignorando la pregunta anterior.

—¿Y bien? —lo acució.

No era una mujer de paciencia infinita, y menos si creía que estaba siendo víctima de alguna especie de burla hacia su persona. Por algún motivo que se le escapaba, sentía que Dante estaba tanteándola y manejándola. Entrecerró sus ojos precavida. No le gustaba la contención; sin embargo, pecar de soberbia en ese caso no le beneficiaría en nada. Debía ser astuta.

Dante se encogió de hombros.

—Tenía una comida de trabajo, pero por lo que se ve me han dado plantón, pues nadie ha aparecido. —Le dedicó una expresión de fruición—. ¡Una verdadera lástima!

—Se te ve muy afectado, ¡sin duda! —se burló de él.

La muchacha apareció por enésima vez, trayendo consigo los platos requeridos.

—*Bon appétit!* —les deseó en un refinado francés.

Vieron cómo la joven mujer se iba a atender a otros clientes mientras ellos

daban cuenta de sus alimentos.

Pandora se dejó fascinar por lo sabroso de aquel pescado que se deshacía en su paladar, de manera casi pecaminosa. Cuando sus papilas gustativas parecían haber tocado el cielo, el jugo de naranja la inundó, dejándola maravillada. ¡Deberían hacerle un monumento a aquel chef si no lo tenía ya!

—*Quelle délice!*¹¹ —habló en su lengua materna.

Dante la analizó complacido.

—¿Me permites probar?

Sin que ella le diese permiso todavía, él ya había pinchado con su tenedor en una porción troceada y llevado esta a la boca, dejándose arrastrar por la lluvia de sabores.

—Mmm... —gimió aprobatorio—. ¡Tienes buen gusto!

Pandora arqueó una ceja por su innecesario halago. ¿Con quién se creía que estaba tratando? Dante le acercó de nuevo su tenedor; en esta ocasión, con la comida que él había ordenado.

—¿Por qué no catas de lo mío?

—¿Insinuándote? —Quiso comprometerlo ella.

—¿Crees que necesito insinuarme? —Aproximó más el cubierto a sus labios.

Pandora entreabrió la boca para dejar pasar el succulento manjar que se le ofrecía. No apartó los ojos de él mientras su boca arañaba con los dientes el alimento que retiraba del tenedor, hacia el interior de su boca. Dante tenía la mirada fija en su entrada incitativa, cerrada, y en el movimiento de esta al masticar. Al tragar, ella se relamió los labios con malicia y lentitud; desesperante lentitud.

Volvió a beber de su copa de vino, posando en el delicado cristal sus labios como si de una caricia se tratase. Dante tenía los ojos entornados y parecía tenso. Eso la hizo seguir con su interpretación de «naturalidad» en su manera de beber. Al despegar su boca de la copa, el labio inferior se separó de esta como si fuera atrapado en un beso invisible que no la quisiese soltar; dejando la marca roja de su pintalabios allí. Ella movió la mano para coger su servilleta de tela, pero fue interpelada por su acompañante, que la contemplaba de manera cáustica. Un aleteo de miedo la copó al sentirse prisionera de aquella ojeada. No hizo, no obstante, amago de apartarse.

Dante le acariciaba la cara interna de la muñeca por encima de la mesa,

ignorando en todo momento quién los pudiera estar viendo y sin interrumpir el contacto visual. Parecía realmente afectado por ese trivial toque hacia ella.

Estaba segura de haber escuchado a la perfección las palabras que le había dedicado a su amada Rosa Mari, y no concordaban para nada con lo que estaba sucediendo en ese momento. O bien era esa clase de hombre que tenía pánico al compromiso, o, por el contrario, era el típico miserable que disfrutaba jugando con los sentimientos de mujeres ingenuas, obteniendo favores cómodos de llevar. Fuera cual fuese su caso, había dado con la horma de su zapato. Pues ella ni era ingenua ni fácil.

Quizá fue por eso que todo lo ocurrido le parecía más interesante que con anterioridad. Estaba aventurándose con un igual, en un juego del que solo uno saldría victorioso, incitando a su alma retadora.

Él llevó la mano de la mujer a su boca y la besó. Fue un beso ligero e indecente a partes iguales; una caricia que encendió su sexo. ¡Maldito fuese, lo deseaba! Seguramente supiera las sensaciones que causaba en su interior, mas ella también sabía que lo agitaba por dentro.

Retiró la mano de su jaula con morosidad, acariciando con la punta de sus dedos los labios del hombre; el cual atrapó entre sus dientes uno de ellos y lo chupó con mesura. Las emociones que despertó ese lascivo lametón le hicieron humedecer la lencería que llevaba por debajo del vestido. Dante finalizó su experto juego oral, marcando, con la huella de sus labios, la palma de Pandora.

El resto de la comida la devoraron como se hubieran devorado a sí mismos, con necesidad y urgencia, en un silencio demasiado cargado de tensión sexual, casi imposible de sustentar.

El contenido de los platos quedó evaporado en un santiamén.

—¿Querrás postre, *mademoiselle*?

—¡Oh! —fingió inocencia—. Pensé que el postre era yo.

Dante gruñó en su asiento, sugiriendo una sonrisa.

—*Bien sûr.*^{III}

Chasqueó los dedos en alto hacia uno de los camareros que por allí pasaban para pedirle la cuenta. Del interior de su traje de chaqueta sacó una cartera de piel y de esta extrajo una tarjeta de crédito que posó sobre la mesa.

Pandora se levantó al tiempo que Dante introducía el código en el aparato

que le había suministrado el camarero. Supo que él era consciente de sus intenciones cuando le vio apurar el tecleo. Realmente no la dejaría marchar de allí sin él.

Fue dirigiendo sus pasos hacia las escaleras que la llevarían al piso inferior, y de este al exterior. La muchacha que los había atendido le dedicó una inclinación de cabeza al pasar junto a ella, acompañada de una sonrisa profesional, invitándola a que volviera cuando gustase. Pandora no le devolvió el gesto, ni siquiera una sonrisa que fingiese ser cortés.

Al llegar al pie de las escaleras fue retenida por el brazo, siendo obligada a girarse.

—No serías tan maleducada de irte sin darme las gracias, ¿verdad?

—No soy una mujer agradecida. Si haces las cosas por el beneplácito de obtener algo a cambio, simplemente no lo hagas. Te llevarás menos desengaños.

—¿Quieres decir que hoy no será mi día de suerte? —Sonreía el muy granuja.

La apretó contra su cuerpo infundiéndole calor. Un calor que Pandora no necesitaba, pues emitía el suyo propio.

Dante acarició su mejilla, acercándose a ella hasta casi poder besarla. Fue entonces cuando Pandora habló:

—Quiero decir que hoy es *mi* día de suerte. Y como te he dicho, se me da muy mal compartir.

Le guiñó un ojo, pícara, y se alejó de él escaleras abajo.

Su plan marchaba; Dante ya la deseaba.

Capítulo seis

Capturando una presa

Acababa de llegar al lugar de la cita.

La noche era cálida, con una fresca brisa ocasional que recordaba la estación en la que todavía estaban. El cielo permanecía cubierto por un manto de estrellas centelleantes y el fulgor fantasmal de la luna llena. El lago reflejaba en su cristalina superficie, como si de brillantes gemas se tratasen, esa bella estampa del firmamento al descubierto.

Pandora rio con una mueca vacía.

A la mayoría de las personas les daba miedo la oscuridad, el abrigo de la noche. Ella lo interpretaba como temor a la realidad, a lo que en verdad es. ¿Acaso no era la noche un espejo, una ventana, de lo que había más allá? ¿De lo que el día ocultaba, disfrazando con una luminosidad excesiva la evidencia? La gente siempre prefería una apariencia bonita a una profundidad sincera. La gente prefería el cobijo del día, porque le daba miedo afrontar la inmensidad de las sombras.

Ella era noche. Nada de sol ni de luz. Todo tinieblas.

Le pareció curioso el lugar escogido. Era un pequeño claro desde el que se podían ver las luces de la ciudad, combinando el ámbar de la diafanidad artificial con el blanco brillante de los astros. No sería tan cínica de no admitir que aquel sitio la agradaba, aunque no pensase reconocerlo en voz alta.

Se quitó los zapatos de tacón, dejando sus pies descalzos en contacto con las briznas de hierba que se le colaban entre los dedos. El viento acunó su cabello largo, su vestido malva y a ella por dentro. Se sentía lejos de todo y de aquella cárcel de hormigón, que la vigilaba con artificios que simulaban veracidad.

Gimió con sorpresa en el momento que unos brazos fuertes la rodearon por la cintura desde atrás, besando e inhalando el perfume de su cuello. Ella cerró los ojos un breve instante disfrutando de ese contacto, sabiendo que la oscuridad sería su aliada para tapar la exigencia que tenía de él.

—Pandora —susurró sobre su oído como un rezo—, la encargada de liberar todos los males del mundo, condenándolo al caos.

Sonrió.

—¿Convertirás mi vida en uno? —La voz de él se volvió a filtrar con esa pregunta.

Ella se giró para poder mirarlo. Estaba realmente guapo. Su camisa blanca estaba desabrochada en los primeros botones. Llevaba una americana por encima y unos pantalones de traje remataban el atuendo, combinándolos con zapatos negros, lustrosos, de cordones.

—Tu vida no volverá a ser igual si yo estoy en ella, Dante.

Se acercó a sus labios dispuesta a besarlo, a enseñarle cuánto desorden podía acumular la existencia que se había forjado. A pesar de que él deseaba con agonía saborearla, la detuvo. No sería capaz de contenerse y tenía planes para esa noche, para ambos.

Pandora lo escudriñó recelosa por el desplante. Llevaba la última semana acosándola con llamadas desde que habían comido juntos en el restaurante. Todavía ignoraba cómo había podido averiguar su número de teléfono, el asunto es que se había hecho con él.

Al principio se había mostrado impávida y hasta grosera por que invadiesen así su privacidad. Luego llegaron las cantidades ingentes de ramos de flores a su casa: rosas, tulipanes, orquídeas... Más tarde fueron invitaciones para comer, cenar o desayunar; pero ella no había respondido a ninguna, ni tan siquiera había acudido.

Sin embargo, a medida que iba haciéndose la difícil, también lo era el controlar sus necesidades para el sexo. Las horas, cada vez más intempestivas, en las que su cuerpo reclamaba atención eran insostenibles. Había tenido que acudir en busca del roce de otra piel que no fuera la suya propia y había acabado en un garito de lesbianas. Se sintió deseada desde que cruzó el umbral de la puerta y no le faltaron cuerpos a los que dar placer. Esa noche se montó un trío con una pareja que le obsequió un orgasmo tras otro sin tener clemencia. Había disfrutado enormemente, sobre todo cuando les devolvió el favor. Ambas mujeres eran buenas en hacer gozar, conociendo todos los puntos claves para volver loca a una fémina. Pero Pandora no se había quedado atrás y había sacado un juguetito de su bolso: un arnés sin correas diseñado para la estimulación anal, aparte de la vaginal.

Se lo había colocado, penetrando ambos orificios con un gemido. La más atrevida de las dos mujeres se había puesto sobre ella, dejándose profundizar por el dildo sobresaliente. Su pareja las había estado observando, perversa, masturbándose mientras ellas realizaban el propio acto en el suelo.

Había sido depravación pura. El sexo en su estado más primitivo y necesitado. Había explorado el cuerpo de aquella mujer como si hubiese sido el suyo, apretando, lamiendo y arañando allí donde se le antojara. Sin embargo, cuando la ingenua chica que la cabalgaba con tanta ansia creía que la cosa no podía mejorar más, Pandora le había introducido uno de sus dedos por el ano, moviéndolo en círculos y aumentando los movimientos de cadera de la que se pensaba dominante. Con ello había conseguido incrementar el placer que aquel cacharro le inducía en su interior.

Las horas se habían extendido hasta que las tres quedaron extenuadas en el suelo, cubiertas por su flujos y el de sus compañeras.

Pandora lo había pasado bien, mas luego comprendería que nada ni nadie la saciaría como podría hacerlo él. Por lo que finalmente había aceptado aquella quedada.

Dante y ella unirían sus cuerpos esa noche.

Él la guió hacia la arboleda que había tras ellos, junto a un grupo de personas que se congregaban en círculo, ocultándole a Pandora la visibilidad de lo que estaban haciendo. Para rematar, Dante le cubrió los ojos con las manos, provocando que su desconocimiento fuese más absoluto.

—¿Qué diablos haces? —inquirió ella de malas formas, con las pupilas cegadas por la falta de claridad.

Dante rio.

—Intentar sorprenderte.

Pandora bufó.

—No me gustan las sorpresas. ¡Las detesto!

—¿No podrías darme el beneficio de la duda? —cuestionó con voz sugerente junto a su oído.

—¡No! —Fue su respuesta.

Sin destaparle los ojos, Dante la subió en volandas sobre su hombro derecho. Ella contuvo las ganas de patalear y gritarle lo necio que le parecía. Para cuando la depositó en el suelo, su mano salió disparada hacia la cara de

él, propinándole un buen bofetón.

—Que sea la última vez que te tomas la libertad de dirigir mis pasos — espetó con voz contenida y furiosa.

Dante, sorprendido por el súbito arranque, se tocó la parte de la cara que ahora le ardía. No había trasfondo de ira en su interior, solo sorpresa y..., ¿diversión?

La agarró de la mano como si aquel incidente no hubiera tenido lugar, precediendo su camino. El grupo de mujeres y hombres tenían ante sí un conjunto de farolillos voladores, a los que estaban prendiendo con una mecha en su interior, previamente a soltarlos y dejar que flotaran hacia el azabache cielo.

Dante se arrodilló en pos de uno de esos farolillos de papel y lo extendió frente a Pandora, quien cogió el cipo que él le prestó, para encender el interior del objeto y hacerlo flotar. La llama ardió en su interior inflando el objeto, alzándolo y alejándolo hasta convertirse en un punto incandescente que adornaba las pupilas de aquellos que lo admiraban.

Pandora grabó la imagen en algún oscuro y recóndito lugar de su interior, dejando cabida para la luz ardiente de aquel camino de farolillos, que se abrían paso en el firmamento como luciérnagas.

Resaltaban por encima de las estrellas, de las luces de la ciudad, del reflejo del lago que repetía su estampa, envidiando la belleza que despojaban al resto del paisaje, e incluso de ella, de Pandora. Aunque por primera vez no le importó ser la segunda en algo. A su lado tenía un hombre que parecía olvidar el espectáculo de arriba, para quedarse con el brillo de los oscuros ojos de ella; sirviéndole a la perfección como fiel retrato de lo que él se negaba a ver.

—Reconoce que he acertado.

Pandora se viró con su barbilla alzada y expresión altiva.

—¿Por algo tan insignificante como una base de parafina que al ser encendida calienta el aire dentro, disminuyendo así la densidad y causando de esa manera que el farolillo se eleve al cielo?

Dante abrió ligeramente los ojos por la explicación.

—Así le quitas toda la magia.

—A lo que tú llamas magia, yo le llamo ciencia.

—Y yo a tu supuesta sinceridad, hipocresía.

Pandora lo recorrió de arriba a abajo con la mirada y orientó sus pasos hacia los zapatos olvidados, para después irse por donde había venido.

—¿Huyes de nuevo? ¿De mí?

Frenó su caminar.

—¿Qué quieres de mí, Dante? —habló sin darse la vuelta, estática en el sitio.

El viento se levantó nuevamente, arremolinándose a su alrededor y provocando un tenue escalofrío en ella. Sus hombros fueron cubiertos por la americana que él llevaba, infundiéndole ese calor que solo Dante podía ofrecerle.

—A ti. Te quiero a ti.

No le dejó tiempo de pensar una respuesta mordaz. No quería una lucha eterna de ingenio que los alejaría de lo que sus cuerpos clamaban. La acorraló contra un arce y saqueó su boca.

Se lo había repetido en su cabeza un millar de veces. Quería que el beso fuera suave, medido, tierno. Nada que la pudiera espantar. Pero estaba siendo voraz, perentorio, intransigente. Sabía que no debía perder el control, no de esa manera, sin embargo... Lo enloquecía.

Era tan distinta... Tan segura, tan fuerte, con todo su ser de hembra a flor de piel clamando por ser saciada. Y solo podía ser él, él y nadie más le podía dar lo que buscaba. Lo supo desde la primera vez que la vio, y ya nunca nada volvió a tener sentido. Sus sueños lo atormentaban con la figura de curvas lascivas, sus curvas. El delirio se corrompió haciendo el deseo impuro, ocupando su mente hasta ser todo lo que albergaba en él. El destino los había vuelto a unir favoreciendo ocasiones. Ocasiones que él no desaprovechó, porque la necesitaba y lo demás poco importaba.

Los brazos de Pandora rodearon el cuello de aquel demonio en contra de sus órdenes; sin embargo, estas se habían vuelto débiles en comparación con el tormento de esa boca, de aquellas manos, de aquel fervor. No era delicado, ni ella quería que lo fuera. Estaba hambriento, sediento y enfermo, tanto como lo estaba ella. La sensatez escaseaba en su raciocinio, y ella nunca la tuvo.

Eran seres depredadores buscándose, encontrándose y devorándose. Eran animales de caza y habían convertido a un igual en presa. Era una locura

juntar a dos seres equivalentes, pero quizá eran dos mitades imperfectas que encajaban mejor que las perfectas.

Dante le apretujó las nalgas, haciéndola gemir dentro de su boca. Ella abandonó la chaqueta de él en el suelo, junto a los zapatos que soltó en algún momento que ya no recordaba. Estaba perdiendo el control, no era la Pandora de siempre y eso la amilanaba.

Le dio un fuerte empujón que lo hizo trastabillar hacia atrás.

No, no podía permitir que él llevara las riendas. Tenía que conseguir que se doblégase a ella.

Enganchó con el dedo índice el cinturón de su pantalón y lo atrajo. Desabrochó en tiempo récord la hebilla, tirando de la correa y despojándolo de ella.

Metió las manos por dentro del pantalón y el calzoncillo, con la cerradura de la prenda sin abrir, empezando a masajear su escroto y la tremenda erección que lo acompañaba. Le atrapó el labio inferior con los dientes y jugueteó con él. Lo lamió y lo acarició sin apartar la mirada de sus ojos en ningún momento. Quería ser consciente a cada instante de que se sometía a sus demandas.

Le bajó los pantalones después de desabotonarlos y se arrodilló. El miembro seguía atrapado en su ropa interior. Pandora, dedicándole un alzamiento de cejas malévolos, tomó entre sus dientes el bordillo de su bóxer y lo arrastró hacia abajo.

Dante estaba al borde del colapso. Aquella fémina no se detendría ante nada, aun exponiéndose a que el encuentro fuese público. Los labios de ella se separaron en un sugerente óvalo y de entre ellos sacó la punta de su lengua rosada, haciéndolo estallar al contacto de su enorme verga. Vio cómo esta desaparecía en el interior de la boca húmeda y cálida de Pandora. La cavidad de ella era capaz de albergarla toda a la vez que la acariciaba con la lengua. Lejos de detenerse, se centró en el frenillo del pene, martirizando su rigidez, el cual le producía pequeñas sacudidas, ocasionándole semejante despliegue de placer.

Ya notaba aquel cosquilleo característico que se avecinaba cuando estaba a punto de correrse. Quería aguantar; no obstante, Pandora no parecía querer ser bondadosa con él, obteniendo como recompensa su explosiva eyaculación. Ella lejos de detener su felación, tragó el contenido expulsado

por el miembro de él como si del mejor licor se tratase.

Dante la miraba incrédulo. Su empalme, lejos de relajarse tras su descarga, siguió impasible. Pues a pesar de que lo había disfrutado le sabía a poco, yendo en busca de una segunda carga.

Ahora era su turno.

La ayudó a levantarse. Pero lejos de ser galante con ella, la puso de espaldas hacia él, subiéndole el dobladillo del vestido y descubriendo su trasero prieto. Llevaba lencería transparente, que no dejaba nada a la imaginación, proporcionándole la estampa de sus bragas mojadas, por el deseo que despertaba en ella.

Pandora se aferró al tronco del árbol desesperada. Solo el diablo sabía la lujuria que la estaba corroyendo por dentro, queriendo que gritara, que suplicara si era necesario para que sus necesidades se viesan aplacadas por ese enorme y ancho miembro. Lo había sentido en su boca y había sido casi como culminar en el paraíso. No recordaba haber disfrutado tanto complaciendo al amante de turno; sin embargo, con él no solo era necesario, era placentero.

Estaba permitiendo que aquel hombre, que rebosaba virilidad por todos sus poros, la viese necesitada. Su orgullo la había abandonado, dejándola a la deriva de los acontecimientos que se le venían encima, consintiendo que se entregara a Dante.

Este penetró con un dedo la delicada gasa de la tela, rasgándola y dividiéndola en dos. Separó los recientes extremos y sumergió su falo en las profundidades del mar ardiente que lo envolvió. Ella gimió por su penetración, arqueándose y abrazándose al tronco con firmeza.

Su ritmo fue rápido desde el principio, clavándose con hondas invasiones. Pandora espoleaba ese compás, acoplando sus caderas al ritmo urgente de él. Jadeaban inmersos en la enajenación del éxtasis. No importaba el dolor, la brusquedad o el desenfreno, porque aquello les provocaba un macabro deleite que se negaban a reprimir.

Pandora hincaba sus uñas de perfecta manicura a la corteza del árbol. Lo sentía cerca, muy cerca. Era como las olas del mar chocando contra la orilla para retroceder y acometer con más fuerza. Ese orgasmo jugaba con ella, preparando todos los nervios de su cuerpo para la culminación triunfante que estaba esperando.

Dante también lo sentía. Los estremecimientos de ambos se sincronizaban en un ritmo armonioso. Las revoluciones aumentaron, eclosionando en los dos cuerpos a la vez.

Los gritos fueron desaforados; sus fluidos internos encontrándose y mezclándose, esparciéndose.

—¡Oh, Mari...!

Pandora se tensó al escuchar aquel nombre.

Siempre había creído que solo ella podía hacer culminar su cuerpo al mejor goce, que había tenido amantes realmente diestros en cuanto al sexo se refería e incluso creía que las fantasías superaban el acto carnal; pero lo que acababa de suceder, lo que su cuerpo acababa de sentir... Era delirante, soberbio.

Sin embargo, todo se fue al garete cuando Dante dijo el nombre de ella.

Rosa Mari.

Capítulo siete

Venganza impresa

La vigilaba desde el otro lado de la calle. Estaba de pie junto a un escuálido árbol incrustado en la acera, el cual fingía darle un toque de color al paisaje gris.

Rosa Mari llevaba desde el amanecer colocando muebles. Apenas había podido pegar ojo, debido a la emoción que la embargaba. No hacía mucho que había comprado aquel inmueble en una zona muy lujosa, pero se había dejado enamorar por esa vivienda. Aún no tenía amueblada la mayor parte de la casa, y el día anterior le habían llegado unos muebles que había comprado semanas atrás.

Estaba inmersa en la decoración y en darle un toque personal al que sería su hogar a partir de ahora. Era feliz, la vida le sonreía y daba gracias a cada instante por lo que se le había otorgado.

Dante había estado algo raro en los pasados días y siempre exponía diversas excusas para no verse; Rosa Mari había decidido darle algo de espacio, achacando su comportamiento a los agobios propios del trabajo.

La primavera empezaba a dejar su rastro en el ambiente con su perfume floral. Era su estación favorita. La naturaleza estaba en pleno apogeo, elevando con su colorida estampa el ánimo general. La claridad era mayor, intensa y más duradera. Simplemente, se sentía rebosante de actividad.

Su alegría se contagiaba en todo lo que hacía.

Pandora la analizaba seria. Aquella mujer tan insulsa siempre mostraba una sonrisa que parecía ser incapaz de borrar. La odiaba. Sí, la odiaba.

No había creído posible que esa fémina resultase ser competencia para ella y había resultado serlo, aunque esta ni lo supiera.

Ya había pasado un mes desde su primer escarceo con Dante y desde entonces había sido un no parar de encuentros sexuales, a cada cual más imaginativo e intenso. No obstante, no había podido olvidar la voz de él, henchida de goce, pronunciando el nombre de otra. La había consumido la

rabia más intensa por no haber sido ella. Había poseído su cuerpo, mas no sus pensamientos. No se había metido en su mente como él sí lo había hecho en la suya.

Dante ni se había inmutado por decir el nombre de Rosa Mari tras aquel impetuoso polvo con ella, solo la había mirado impassible como si no pasara nada. Lo había aborrecido terriblemente durante ese momento que solo les había pertenecido a ellos y del que había hecho partícipe a otra persona no invitada, invocando su presencia.

Había corrido desesperada, descalza por aquella arboleda, hasta llegar a su coche y meterse en él. Temblaba, torturada, con los ojos anegados por las lágrimas. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué se ponía así? Aquello no le podía estar pasando a ella, no a Pandora. ¡Era perfecta! La fantasía, el sueño hecho realidad de cualquier hombre o mujer. ¿Por qué él no se había entregado a ella? ¿Y por qué ella sí lo había hecho?

Rabiosa, había aporreado el volante del coche con los puños cerrados, en un arrebato de despecho. Se había ordenado a sí misma tranquilizarse y respirar de nuevo con normalidad para poder planificar su próximo movimiento.

Eso no quedaría así. Los dos se las pagarían.

Tras un par de días de aislamiento total, lo llamó dispuesta a no rendirse tan fácilmente. Él no había dejado esperar ni al segundo tono para contestar, aceptando de inmediato la oferta de ella de verse de nuevo; esta vez en su casa.

Cuando llegó, no pudo dar siquiera un paso al frente, sin que ambos se entregaran allí mismo a la pasión que los diluía.

El ramo de rosas rojas que Dante había traído en la mano había sido arrojado al suelo al tenerla a ella entre sus brazos.

Pandora lo conseguiría. Haría que olvidara a esa tonta de Rosa Mari.

Pero los planes no habían salido como esperaba la experta cazadora. Fue incapaz de mantener su cabeza al margen, gritando su nombre una y otra vez durante toda la noche que compartieron. No habían dejado habitación sin estrenar, sin llenarla de su frenesí. Innovaron y se contorsionaron en posturas imposibles para alcanzar el máximo de placer. Habían perdido el conocimiento y retomado de nuevo su despliegue amatorio cuando la consciencia volvió. Habían llevado sus cuerpos al límite negándose a parar; planeando un acto suicida si fuera necesario, con tal de que aquello no

acabara nunca.

Pandora sabía que le estaba abriendo un mundo lleno de posibilidades, y Dante percibía que no había habido nadie que la hiciera sentirse más hembra que él.

Las visitas a su casa se volvieron más incesantes. Pandora ya no salía a buscar presas, ansiando que llegara la hora de sus encuentros. Estaba sometida al regocijo que hallaba en él, pues nunca era suficiente y siempre querían más. Dante la buscaba con desespero y eso le gustaba. Sabía que le dedicaba todo el tiempo, desatendiendo así a su otra chica, aquella que no podía darle lo que ella sí.

Se veía poderosa, casi como una diosa.

Él no había vuelto a dejar escapar aquel nombre de sus labios, pero tampoco decía el de Pandora. Ella, en cambio, era incapaz de llegar al clímax sin dejar que su nombre la expandiese.

Ese detalle fue mermando su confianza y agravando la obsesión que se había ido formando en su mente a partir de entonces.

Sospechaba que, a pesar de que con ella conseguía algo que no lograría con nadie más, sus pensamientos pertenecían a Rosa Mari. Era el cuerpo de Pandora el que fornicaba, imaginándose a su verdadero amor mientras lo hacía. Y la mujer vanidosa que la habitaba era incapaz de soportar aquella idea.

Siempre había sido al revés. Los hombres se acostaban con otras que no estaban a su altura, porque eran incapaces de tenerla o poseerla como hubieran querido. Ella era la utopía, lo inalcanzable. Y ahora era tan común e insignificante como las demás.

¡No! ¡Ella sería o todo o nada! Pero jamás sería una mediocre.

Separaría a esa pareja definitivamente. Tenía las armas.

Cruzó la calle, reparando en que no viniese ningún coche. El portón del portal estaba abierto, por lo que no le supuso ningún inconveniente adentrarse al edificio. Obvió el ascensor en su premura por alcanzar el segundo piso.

No se topó con nadie en su transcurso, ni abajo ni por las escaleras.

Supo cuál era el rellano, al encontrarse embalajes vacíos con restos de poliespan desperdigados por el suelo.

La luz allí era mortecina, apenas se vislumbraba con claridad el felpudo del suelo dando la bienvenida, ni el pomo dorado de la gruesa puerta de madera. Todavía no había asomado el sol, en un día con una niebla ligera y un plomizo cielo.

Se acercó hasta la entrada midiendo sus pasos e intentando que sonaran amortiguados. Había cambiado sus tacones por botas negras de suela de goma, planas y con cordones, que le llegaban a la pantorrilla. Tampoco llevaba ningún vestido insinuante ni pantalones que realzaran su figura. Las mallas oscuras, aunque definían su silueta, pretendían esconder al igual que la camiseta de tirantes que llevaba debajo de su chaqueta de piel. Para rematar: los guantes, bufanda y gorro la cubrían del frío y de ser reconocida por otros.

Para su eterna suerte, la puerta estaba entreabierta, permitiendo vislumbrar la iluminación en el interior de aquel piso. Empujó esta con sigilo, evitando a toda costa el ruido que pudiera manar de ella.

En su incursión estuvo atenta a cualquier movimiento mientras procuraba no llamar la atención antes de tiempo.

El pasillo era largo y blanco, con un sencillo aparador a la izquierda. En ese mismo lado estaba la cocina con una pequeña terraza anexada. Pero fue en la primera habitación a la derecha donde la encontró. Aquel era el salón, el lugar en el que los había espiado desde su coche. Y ahí estaba ella: Rosa Mari.

No la había notado acercarse. Estaba de espaldas, arrodillada en el suelo y desempaquetando diversos objetos de decoración. No advirtió su presencia ni los pasos de ella aproximándose cada vez más.

Pandora la sacó del bolsillo interno de su chaqueta. Su arma. Su pistola.

El peso de esta la hizo sentirse reconfortada entretanto apuntaba a la preciosa cabeza de la mujer inconsciente de su aparición. No fue hasta que le quitó el seguro, propiciando un chasquido, que ella se volvió y la miró.

Rosa Mari se irguió del suelo con cautela, vigilando al cañón que la enfilaba y después a Pandora.

—¡Hola, Rosa Mari! ¡Cuánto tiempo! —dijo con vehemencia.

—¡Hola, Pandora!

Esta la sopesó con la mirada. No parecía asustada, al menos no como ella hubiera esperado. Más bien asemejaba estar resignada y hasta puede que

triste.

El dedo índice de su mano derecha acarició el gatillo.

—Te estaba esperando —declaró Rosa Mari—. Sabía que vendrías.

—Tan condenadamente lista y, sin embargo, ¡mírate! No has podido evitar esto.

Rosa Mari sonrió con pesar.

—Solo tú podrías evitarlo, Pandora. Pero sé que estás decidida a ello. —La miró con gravedad—. Siempre seré una parte de ti que no podrás borrar aunque te empeñes, aunque esa trastornada mente tuya te diga que sí. Podrás esforzarte todo lo que quieras, mas no desapareceré. —El pulso de Pandora empezó a ser inestable—. No lograrás que él me olvide. Soy su bello recuerdo, su amor, su vida, su todo. ¿Tanto me aborreces para esto? ¿Serás capaz de eliminar esa parte de tu vida? ¿Me aniquilarás?

—¡Sí!

Pandora apretó el gatillo con firmeza. La bala salió disparada perforando la frente y el cráneo de la víctima a la que encañonaba y atravesando el cristal de la ventana. Rosa Mari se desplomó en el acto, bañando la recién estrenada alfombra blanca con la sangre que manaba de su orificio. Los ojos abiertos en expresión perpleja y sus pupilas completamente dilatadas.

Había muerto en el acto.

No se podía quejar, pensó la asesina. Pocas tenían la oportunidad de dejar un cadáver tan lindo atrás, en cambio a ella se la recordaría eternamente joven.

Pandora se dio la vuelta y, antes de salir de la habitación, se detuvo.

—¡Adiós, Rosa Mari! —Sonrió demente.

Ella ya no le respondería. Ya no lo haría nunca más.

Giró la llave en la cerradura. La puerta cedió, permitiéndole el paso al interior de su casa. Un aroma a comida guisada llegó a sus fosas nasales, haciendo que se relamiera de hambre. No había comido nada todavía y sus tripas gruñeron en señal de protesta ante ese delicioso olor.

Depositó los guantes y el gorro en la encimera de la entrada, tiró su

chaqueta en el sofá que había a su derecha, y se encaminó al lugar de donde provenía el exquisito olor, desenrollándose la bufanda del cuello a medida que se acercaba.

Dante estaba en la cocina removiendo con una larga cuchara de madera el contenido de una olla de acero. De ahí se desperdigaba el aroma que había invadido todo el hogar. Al verla, le guiñó un ojo.

—¿Nuevo look?

Pandora se miró con poco interés.

—¿No te gusta?

—Estás diferente.

Él se aproximó a ella, agarrándola por la cintura y besándola. Sabía a las especias que pululaban por el aire modificando su olor. El beso se hizo más profundo y pronto ambas partes empezaron a gemir, anticipando lo que estaba por llegar. Dante fue el que se apartó.

—Aunque disfrutaría inmensamente montándomelo contigo encima de la mesa de la cocina, he de insistir en que comas algo primero. He oído tus tripas rugir desde la entrada.

Pandora se fue acercando a él, acechándolo a la vez que este retrocedía y apagaba la vitrocerámica de la cocina.

—Mis tripas pueden esperar, yo no —manifestó, agarrándolo por el cuello de la camiseta.

Se besaron de nuevo, pero esta vez no intentaron controlarse. Dante la aprisionó por sus firmes nalgas, subiéndola a él mientras se desabrochaba los pantalones con la otra mano. Pandora intentó bajarse las mallas; sin embargo, en esa postura la era imposible. Él, entendiendo el apuro de ella, la empotró contra la pared, usando esta como sujeción, y rasgó las costuras de la tela elástica.

Las emociones los embargaban. Pandora se sentía por fin ganadora. Ya no había mujer que pudiese ocupar sus pensamientos, ahora solo podría poseerla a ella.

Como había vaticinado con anterioridad Dante, apartó con una mano todo lo que había en la mesa, arrojándolo al suelo y colocándola a ella en su lugar. Se sentía como un energúmeno arrancándole la ropa y rompiéndosela sin consideración. La despojó de cualquier rastro de tela que pudiera cubrir

aquella exquisitez, exhibiéndola a su hambrienta mirada.

Ya conocía su cuerpo, se lo sabía de memoria y, sin embargo, siempre deseaba verla desnuda. La ropa parecía un castigo para una mujer como aquella.

Pandora, tumbada sobre la mesa, separó las piernas con descaro, invitándolo a entrar. Su risa lo urgió a no pensarlo siquiera, y todavía menos al fijarse cómo el flujo goteaba sobre las impolutas baldosas del suelo.

Se bajó los pantalones y los calzoncillos y, con un gruñido animal, se hundió en sus carnes, en la suavidad y el calor, en el placer más depravado, en las perversiones eróticas que compartían. Como en anteriores ocasiones, sus gritos fueron bien recibidos para la excitación descontrolada del otro, llevándolos a una urgencia que no parecía sana, que los hacía querer unirse más allá de lo humanamente posible.

La mesa se tambaleaba con cada penetración descontrolada, chirriando y chocando contra la pared al compás de los pechos de la mujer que sostenía.

Pandora parecía estar en un éxtasis permanente, porque no hacía más que jadear pidiéndole más y más.

—Dante, no pares, no pares...

Él se dejó caer sobre ella, aumentando un ritmo imposible. Esta se aferró a sus hombros, abrazándolo y consiguiendo de esa manera que la penetración fuera más profunda. Estaban a punto de correrse, sus cuerpos así lo anunciaban.

Dante le mordisqueó un pezón al tiempo que ella le acariciaba los testículos. Se estimulaban sin necesidad, pero querían un final que los desgarrara por dentro de puro placer.

Las convulsiones fueron acompañadas de gritos.

—DANTE... —Fue el de ella.

—MI MARI... —El de él.

Sus cuerpos se relajaron al unísono, según la ira crecía en el corazón de Pandora. Lo apartó de encima y fue hasta el sofá de la entrada.

Él, extrañado ante su repentino cambio de actitud, la siguió aún con la respiración alterada.

—¿Ocurre algo?

Pandora se tensó de espaldas a Dante, con la pistola ya en las manos.

«No lograrás que él me olvide...»

Aquellas palabras volvieron para torturarla. En efecto, Rosa Mari tenía razón. No había conseguido nada con aquello.

Se giró, apuntándolo con la pistola a la altura del pecho. Él se echó para atrás, impresionado ante esa imagen.

—¿Q-Qué haces?

—Ponerle fin a esto —dijo en llanto—. Nunca la olvidarás. ¡Nunca!

—¿De qué hablas? —preguntó, confuso, con las manos en alto.

—Le harás compañía en el cielo, pero yo os impediré estar juntos incluso desde el infierno.

—¡PANDORA, DETENTE!

—No soy Pandora, soy Victoire.

Disparó el arma por segunda vez en el día, alcanzando a Dante en el pecho. Este se tambaleó con una mueca de pasmo, dejándose caer de rodillas y mirando a la mujer que quería con incomprensión. Su cuerpo finalmente se desplomó cuan largo era sobre el parque, sin apenas vida y cerrando los ojos a la oscuridad.

Ahora era el turno de ella, de Victoire.

Se colocó la pistola en la sien y derramó una última lágrima.

El cielo empezaba a despejarse, borrando la bruma que había persistido durante todo el día. En sus ojos cristalinos se reflejaban los primeros rayos de sol...

Un disparo rompió el silencio.

Segunda Parte

Capítulo ocho

Loca realidad

Las luces de las sirenas de emergencias se reflejaban por todo el salón, intermitentes: desde las anaranjadas de la ambulancia a las azules y rojas de los coches patrullas.

Dos camilleros trasladaban al herido hasta la ambulancia con una máscara de oxígeno. Estaba grave, pero parecía que habían llegado a tiempo. La mujer, abrigada con una manta por encima de su cuerpo desnudo, tenía la mirada perdida en el suelo. Todos, allí, parecían sentir pena por ella, debido a la tragedia que se había desatado por un mero accidente.

Un par de comisarios comentaban lo sucedido unos metros más allá, alejados de los oídos indiscretos. El hombre que estaba postrado en la camilla les había relatado con brevedad, que la pistola se le había disparado a la mujer accidentalmente, creyendo que tenía el seguro puesto. Aunque aquello no dejaba claro la otra bala que habían hallado en una pared y que parecía ser el resultado de un segundo disparo.

La camilla fue detenida frente a ella en un breve instante, por orden del paciente. Este, retirándose la mascarilla de oxígeno con esfuerzo, la miró y le sonrió con debilidad.

—Todo saldrá bien, Mari...

Ella se quedó atónita ante sus palabras mientras observaba cómo los de la ambulancia se lo llevaban con premura al vehículo de emergencias, para trasladarlo al hospital. ¿Por qué la llamaba Mari? Tenía que estar viendo en ella a su difunto amor, pero ni siquiera sabía que ya no vivía. ¿Por qué le había mentado a todos para protegerla?

Volvió a extraviar su mirar, vagando en el que pensó, sería el último recuerdo de su vida.

Había oteado hacia la gran ventana de la derecha, aquella que le mostraba las vistas de una pradera, con un cielo de color encarnado por encima y los pájaros volando libremente en él. Había vertido una lágrima, una única lágrima que se escapó sin pedir permiso, queriendo mostrar un sufrimiento

que nadie jamás vería.

Quizá por eso, tan absorta en su último contemplar de la vida, fue que no advirtió que aquel que ya había dado por muerto, se había levantado para impedir que se disparara a sí misma también. La había sorprendido abalanzándose sobre ella, no pudiendo sostenerse casi y con poca fuerza en su moribundo cuerpo.

Forcejearon por aquella fría arma, originando que esta se disparase contra la pared de la entrada. Pandora, a causa de la detonación imprevista, la soltó impresionada, permitiendo a Dante ser el dueño.

Se había alejado de él con los labios temblorosos por el esfuerzo de no caer en el llanto, siendo incapaz de mirarlo. Él seguía vivo, y ella también.

Dante había conseguido llamar a los servicios de emergencia, sin apenas aliento, desde su teléfono móvil. A pesar de que respiraba con dificultad y la herida de su pecho sangraba profusamente, su expresión de preocupación se trasladaba a ella. No había odio en su mirar, solo un inmenso desasosiego por la mujer que había intentado asesinarlo.

Cuando los coches patrullas llegaron y entraron echando la puerta abajo, contemplaron la escena atónitos. Una mujer, desnuda en el sofá, sentada con gesto ido, y un hombre semiinconsciente en el suelo, con una herida de bala en el pecho.

Dante les había relatado malamente aquella historia, que tenía muchos cabos sueltos, intentando no perder el conocimiento. Por suerte, la ambulancia no tardó en llegar.

Los policías cubrieron a la mujer, carente de algún tipo de ropa, excepto por unas botas, con una manta que habían sacado del dormitorio de Pandora. No consiguieron que pronunciara ni una sola palabra desde que habían llegado. Uno de ellos, el que parecía más amable, la había intentado alentar, después de que los enfermeros hubieran dicho que la bala no había tocado ningún órgano vital. El proyectil había salido limpiamente del cuerpo, dejando restos de salpicaduras de sangre en el marco de entrada de la cocina. Una sangre que desvelaba la trayectoria del disparo.

—Señora Fontaine —La voz de uno de los policías la distrajo—, nosotros la llevaremos al hospital para que pueda estar pendiente del estado de su marido.

Pandora dirigió la mirada a aquel hombre que le hablaba, sin mucho

entusiasmo. No lo veía realmente, no era capaz de ver nada; apenas se había fijado en él o en alguna de las personas que compartían su mismo espacio, así como en su aspecto o fisonomía. Tampoco lo corrigió en su suposición marital con respecto a Dante y ella.

—La esperaremos mientras se viste —dijo el hombre con amabilidad.

Se levantó del sofá, del que no se había movido desde que llegara toda aquella gente. Retenía la manta con fuerza sobre su cuerpo; no porque se avergonzara de mostrarse desnuda, sino porque de repente tenía mucho frío, un frío hondo que le helaba los huesos.

Abrió las puertas del armario de su habitación, sacando de él un jersey blanco de cuello vuelto y unos pantalones vaqueros, claros y ajustados. Se vistió detrás del biombo cercano al ropero, obviando ponerse ropa interior y sin quitarse las botas cuando se enfundó los pantalones, no sin esfuerzo por lo ceñidos que eran.

Una acuciante necesidad la pinchó en su interior de imprevisto. Su cuerpo reclamaba ser estimulado por esas manos ágiles. Notaba la humedad generándose, el pulso cada vez más acelerado, anticipando el tocamiento, y la sensación de hinchazón en sus labios vaginales, por el calor creciente en esa zona.

Siempre le ocurría igual. Un día malo, estar alterada o solo aburrida le generaba un estado de excitación que tenía que ser calmado cuanto antes.

Comenzó a sudar, acompañada de su propia respiración descompuesta. Notaba su abertura encharcada y sus pezones siendo rozados por la tela del jersey. Cualquiera fricción la enardecía.

No sin esfuerzo, salió de la habitación. Era la primera vez que no cedía a su cuerpo, a pesar de su deseo creciente.

Abandonó la casa junto a los dos inspectores, quienes la guiaron hasta el coche patrulla, abriéndole con cortesía la puerta trasera del vehículo para que subiera. Una vez dentro, Pandora sonrió con burla al ver la rejilla que la separaba de los asientos delanteros como si fuera una delincuente. Y lo era, además de peligrosa; sin embargo, aquellos hombres no lo sabían.

El vehículo se puso en marcha con el sonido de las sirenas en funcionamiento. Avanzaban entre los demás coches con presteza, dejando calles y calles atrás; ansiando por llegar al hospital lo más rápido posible. Seguramente pensarán que ella estaba demasiado angustiada por tener

noticias de él, y lo cierto es que no le era indiferente del todo. Algo en su interior parecía debatirse.

Para cuando llegaron, ya estaba oscureciendo.

Bajó del automóvil con un creciente malestar que le provocó náuseas al cruzar las puertas. Aquel olor a desinfectante y esas luces fluorescentes la molestaban.

Los hombres que la escoltaban preguntaron acerca de Dante en el mostrador de la entrada. La mujer al otro lado de este, tras mirar en su ordenador, les señaló un pasillo a la izquierda. Siguieron sus indicaciones, acabando en una sala de espera en la que no había nadie más aparte de ellos.

Pandora se sentía cada vez peor; hasta que ya no pudo retener las arcadas y salió corriendo en dirección a los baños. No tenía ni idea de cómo conocía la ubicación de estos, mas los halló a la primera.

Se internó en uno de los cubículos y vertió toda su bilis, arrodillándose junto al váter. Se notaba mareada y sudorosa, y había empezado a temblar. Si aquel necio no se hubiera entrometido, todo habría acabado. ¿Por qué la salvó?

Su respiración se volvía más agitada por momentos. Cerró la puerta del baño, quedando dentro de ese espacio reducido, todavía en el suelo. Ya no podía más, lo necesitaba.

Apoyando su espalda en una de las paredes, metió la mano dentro de aquel pantalón tan apretado y se acarició. Gimió más calmada, siguiendo con su masturbación. Hundió sus dedos con caricias lentas, que le provocaban sacudidas muy placenteras. Aquel ritmo tan atento se convirtió en precipitado, apretando su sexo con creciente agresividad. Le dolía aquel roce pero lo requería.

Perdió la noción del tiempo, extasiada en su mundo de regocijo propio, que la alejaba de una realidad brutal y nada agradable.

El orgasmo llegó despacio a pesar del ritmo desmandado que llevaba, concentrándose cada vez más y más, eclosionando en oleadas de convulsiones que la vaciaron por dentro. Vacía de sentimientos y cansada de vivir.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron.

—Señora, ¿se encuentra usted bien? —dijo la voz de uno de aquellos

policías.

Lejos de apreciar el detalle por su cortesía, se sintió bastante irritada por esa invasión de su intimidad; además odiaba que la llamaran «señora», ¡cómo si fuese una vieja!

Cogió el rollo de papel, desenrollando una generosa capa de este para limpiar su mano. Tiró los restos al inodoro, junto a su vómito, y apretó el botón que tragaría todo aquello en un remolino de agua. Se irguió del suelo, con el eco de la cisterna de fondo, abriendo la puerta al mismo tiempo. Pasó junto al hombre, ignorando su presencia y yendo al lavabo a lavarse las manos, refrescándose también la cara en el proceso. Percibía demasiado calor en el rostro, como si tuviese fiebre.

—¿Necesita que le ayude? —preguntó de nuevo aquel pesado.

Pandora, mirando su reflejo desencajado en el espejo, le contestó.

—Estoy en un jodido hospital; si necesitara ayuda, no sería usted quien me la pudiese prestar.

Fue un ataque gratuito y desproporcionado como todo lo que ella hacía, pero no surtió el efecto aguardado. Aquel hombre la miraba con lástima. ¡A ella! No parecía siquiera ofendido. A lo mejor sí que había muerto y estaba en el infierno.

Salieron del aseo hasta la sala de espera. El compañero que estaba sentado en uno de los rígidos asientos les dirigió una mirada inquisitiva. Pandora, queriendo evitar más control, se fue a acomodar en los más alejados entretanto esperaban. Se ubicó detrás de aquellos individuos, a unos metros de distancia, junto a una gran ventana en la que dejó reposar su frente en la gelidez del cristal, abrazándose a sus rodillas.

Los minutos pasaban, carentes de novedad alguna sobre él. Sobre Dante.

Cerró los ojos en la misma postura, meciéndose en el sueño que le suministraba cobijo; no obstante, una voz fuerte se coló en su descanso.

—¿Familiares de Dante Verne?

No fue consciente de la premura con la que se había levantado, hasta que ya se vio de pie. Sentía una opresión en el pecho difícil de explicar y calcular.

El hombre que había hablado llevaba un uniforme verde con un gorro de quirófano. Pandora sabía que se trataba de un cirujano.

—La operación no ha incurrido en mayores inconvenientes a pesar de toda

la sangre que ha perdido. Necesitará estar ingresado unos días a base de antibióticos. También ha sido necesario hacerle una transfusión de sangre...

Pandora ya no lo escuchaba. Soltando el aire que no sabía que había guardado dolorosamente en sus pulmones, respiro más sosegada. El médico la miraba en especial a ella, explicándole todo el procedimiento.

—¿Cree que podríamos tomarle declaración para dejar este asunto zanjado?
—solicitó uno de los agentes.

—Ahora mismo está en la sala de recuperación, despertando de la anestesia; una vez que se encuentre lúcido, se lo haré saber —informó el cirujano—. Pero les aconsejo que sean breves en sus pesquisas, el paciente necesita descansar.

—Por supuesto, muchas gracias, doctor —contestó el otro guardia.

Pandora se volvió a sentar con la noche amenazante sobre su cabeza, recordándole que ella debería estar muerta.

Paseaba de arriba a abajo por el pasillo, inquieta. No recordaba haber sido nunca tan insegura, aunque lo cierto era que en las últimas horas nada había sido normal en ella. Los comisarios estaban dentro con Dante, interrogándolo mejor sobre los hechos acaecidos. Pandora no entendía por qué no se había largado todavía de allí.

La puerta de la habitación se abrió y por ella salieron el par de policías. Ambos la miraron y sonrieron.

—Todo el incidente ha sido aclarado por su marido, señora Fontaine —habló el hombre que se había internado en el baño para preocuparse por ella—. Le aconsejamos que en otra ocasión no tenga el arma cargada, para evitar esta clase de sustos.

Pandora asintió sin moverse.

—Adelante, entre. Pregunta por usted. Nosotros nos marchamos.

Los agentes le dedicaron una breve inclinación de cabeza, a modo de despedida. Los vio alejarse hasta que desaparecieron de su vista. No se fiaba.

Tras estar segura de que nada pasaría, empujó la puerta, trémula, encontrándose con la mirada alegre de él al verla.

Un llanto desprovisto de lógica se apoderó de ella al ver su aspecto demacrado y las vendas que le cubrían el torso. Pandora se aproximó analizando su estado; Dante agarró su mano en cuanto la tuvo lo bastante cerca, mostrando una mueca de dolor por el movimiento empleado.

—¿Estás bien, Mari?

Pandora lo miraba como a un demente. Finalmente aquel hombre veía a otra mujer en ella. ¿Una burla de la asesinada que le mandaba del más allá para recordarle que siempre la amaría a ella?

La mano de Dante quedó vacía cuando Pandora retiró la suya, molesta.

—No soy Mari. ¿Es que no lo ves? —Destiló rabia.

—Está bien, Victoire.

—¿Te burlas de mí?

—Antes de dispararme me dijiste que ese era tu nombre, ¿cómo debo llamarte pues?

Dante parecía resignado en aquella batalla.

—¿Por qué no les dijiste la verdad? —quiso saber.

Él la miró extrañado.

—Porque te amo.

Esa declaración la golpeó por dentro. Se tambaleó y tuvo que sostenerse a la cama donde Dante estaba tumbado. Él la retuvo por los brazos, emitiendo un grito de dolor por el brusco movimiento. Una pequeña mancha de sangre tiñó sus vendajes.

—¿Qué te sucede?— inquirió Dante.

—Nada —respondió, alejándose de él —. He de irme.

Salió corriendo de allí, con la voz de él clamando por ella.

Llegó a la salida exhausta; un sudor frío la invadía. Se tocó la frente y la notó muy caliente. Se encontraba terriblemente mal, los huesos le dolían y tiritaba sin control.

Buscó en los bolsillos de su pantalón las llaves del coche, mas se acordó con retraso de que no había venido en él. En su mano, no obstante, tenía una tarjeta que había sacado de uno de ellos. Estaba arrugada y parte de las letras se habían descolorido hasta desaparecer; aun así, se podía leer un nombre.

Senna Blanc.

Capítulo nueve

Entendimiento trastocado

Conducía su deportivo rojo, sobrepasando el límite de velocidad sin que le importara nada. Sentía la cabeza pesada; la vista se le nublaba por momentos, provocando un peligroso y errante zigzaguo en la carretera con su vehículo; y no había parado de estremecerse, cada vez con más violencia.

Algún que otro coche, que venía en sentido contrario, había llamado su atención con el claxon o intercalando las luces en destellos, para que se apartara del que no era su carril. Los había esquivado por poco, con bruscos volantazos.

La respiración se le tornaba más errática, y, aunque quería tumbarse y dormir, el empecinamiento por saber qué hacía aquella tarjeta en sus vaqueros pudo más que el agotamiento físico.

Una dirección, solo tenía eso. Un cúmulo de tinta impresa y borrosa en aquella cartulina, en la que apenas se podía descifrar lo que había escrito. Mas, por algún extraño motivo que desertaba a su intelecto, Pandora sabía perfectamente a dónde se dirigía.

La oscuridad de la noche le dificultaba distinguir bien las formas, sin contar que empezaba a tener la percepción velada, difuminándose más las luces de las farolas a sus ojos; así como las de los vehículos con los que se cruzaba, los cuales la deslumbraban y cegaban.

Llevaba dos horas y media pilotando en ese estado tan lamentable. No recordaba haberse sentido así de mal con anterioridad, ni siquiera coger un mísero catarro.

Pero aquel nombre..., Senna Blanc, le provocaba una especie de reminiscencia. Algo que a su embotada mente le costaba discernir.

Para colmo de males, se había originado un fuerte aguacero que limitaba todavía más su campo de visión. Condujo prácticamente a ciegas, guiándose por el instinto; un instinto fragmentado y volátil que parecía llevarla a su

destino de forma automática, como si ya hubiera realizado aquel camino en varias ocasiones.

Comenzaba a notar debilidad en brazos y piernas. Estos casi no parecían tener la fuerza necesaria para seguir manejando el vehículo, mas Pandora no se detuvo y siguió adelante, a riesgo de morir en el intento. De igual forma, si todo hubiera salido según sus planes, ya estaría muerta.

Llegó de milagro a una pequeña villa que juraría haber visitado, ¿tal vez poseía vetustas memorias de otra vida?

Aparcó el coche junto a un edificio de piedra, en una calle poco transitada. Bajó del automóvil casi sin energía; mojándose mientras caminaba a un lugar que estaba segura de no conocer, pero que su escasa lucidez parecía decirle que encontraría. No se molestó en cerrar el coche con la llave, dejando que cualquiera pudiera robárselo. Caminó perezosamente, agachada sobre sí misma, y viró a la derecha de aquel mismo edificio. Unos bloques más allá distinguió un portal que llamó su atención.

Era ese.

Intentó apurar los pasos; sin embargo, se fatigaba demasiado y todo le daba vueltas. Se agarró a una señal de tráfico que había en la acera, procurando mantener el equilibrio. No estaba a mucha distancia del lugar al que iba, solo eran unas tres zancadas. Cerró los ojos un instante, respirando hondo. No había llegado hasta allí para quedarse a las puertas.

Se impulsó hacia aquella entrada acristalada, originando a su cuerpo las mismas náuseas que la habían asolado en el hospital. Miró hacia el portero automático, intuyendo, más que distinguiendo, una pequeña placa de latón donde estaba el nombre de la susodicha Senna. Apretó varios botones, sin lograr que su ya visión doble se concentrara en un solo punto, y esperó aferrada a la puerta, riéndose demente porque a lo mejor no le respondían y todo habría sido en vano.

Mas su buena estrella no parecía haberla abandonado, y a los pocos minutos alguien contestó por el interfono con voz adormilada.

—¿Sí? ¿Quién es?

Pandora tardó unos momentos en contestar. Su debilidad iba en aumento y necesitó reunir fuerzas para hablar.

—¿Es usted Senna? —La voz había salido ahogada y rota, hasta el punto de no reconocérsela.

No le respondió; no obstante, un zumbido indicaba que le daba acceso al interior del inmueble. Pandora no tenía fuerzas para empujar la pesada puerta, así que dejó caer todo su peso contra esta, de manera que fuese suficiente para que cediera.

Fue tambaleándose, cada vez más arrastras. Ya no era capaz de caminar erguida, y ver la totalidad de las escaleras, que se mostraban ante ella para que las subiera, la hizo reír desquiciada mientras negaba con la cabeza. ¡No había un jodido ascensor en aquella edificación!

Todo eso tenía que ser una venganza divina de la zorra de Rosa Mari. ¡Pues no le daría el gusto de verla derrotada! Aunque pereciera en el intento, subiría todos esos condenados peldaños, uno por uno, hasta llegar a donde quisiese que fuera.

Se enderezó como malamente pudo y se agarró al pasamanos de madera, desesperada, al tiempo que subía con esfuerzo. Sudaba mucho y temblaba muerta de frío. Tropezó varias veces, pero continuó con ahínco hasta el rellano del primer piso. Respiraba de manera agitada, como si hubiera estado corriendo durante horas.

Había luces encendidas sobre una puerta que acababa de abrirse, mostrando por ella a una mujer despeluzada, ataviada en una bata larga de andar por casa. Al ver a Pandora llegar en ese estado, se cubrió la boca con la mano, alarmada, antes de salir presta a ayudar a la mujer que no se tenía en pie.

Pandora perdía la visión por momentos hasta que la oscuridad la invadía, volviendo a una luz difusa cuando se recuperaba de la ceguera. La cara de la mujer que la observaba con infinita tristeza iba y venía sin que pudiera estabilizar las imágenes. Estaba segura de que la había conocido en el pasado, en algún pasado; sin embargo, no parecía el pasado de ella.

Se desplomó sobre el cuerpo enclenque de aquella mujer, que la sostuvo con sorprendente resistencia. Cuando la volvió a mirar, Pandora estaba en el suelo del rellano, tumbada, con los brazos de la que deducía que sería Senna tocándole el rostro ardiente y bañado en sudor. O eso creía, porque no notaba su tacto; realmente no notaba nada. Solo oyó la femenina voz, lejana, hablándole antes de desmayarse por completo; o quizá fueron imaginaciones suyas.

—¡Oh, por Dios, Mari! ¿Qué has hecho?

Le dolían los ojos cuando los pudo abrir. La claridad se metía en ellos con fuerza, dañándolos. Quiso moverse, pero el cuerpo no le respondía como cabría esperar. Parecía que la gravedad se hubiera cebado con ella, cargando el peso del mundo en sus adoloridos músculos.

Era de día, y un día reluciente en exceso. Gimió con protesta. Tenía la boca pastosa y todavía le duraba el mareo del día anterior. Aunque lo peor era esa sensación de debilidad que parecía ajena y al mismo tiempo conocida.

Intentó levantarse, pero fue inútil. Estaba tumbada en un sofá. Giró la cabeza, no sin esfuerzo, para intentar reconocer el lugar. Era un sitio pequeño con multitud de ventanas que quedaban detrás de ella y que proporcionaban una luminosidad excesiva. Le pareció ver a su izquierda una habitación y justo frente a ella, delante del sofá, había un baño. Era un apartamento muy simple; sin embargo, no le sonaba de nada, no recordaba cómo había llegado hasta allí.

La percepción de movimiento tras ella la alertó. No estaba sola.

—Veo que ya has despertado.

Esa voz le resultó conocida, mas no pudo ubicarla bien debido a que la dueña de esta no acababa de aparecer en su campo de visión.

—¿Dónde..., dónde estoy? —preguntó con tono ronco.

—¿No te acuerdas de nada? —cuestionó la voz.

—No estoy... segura.

—Tal vez no quieras acordarte.

—¿Qué coño significa eso? —explotó, causándose un pinchazo en la cabeza

—. ¿Por qué no me puedo levantar? ¿Qué me ocurre?

La palma de una mano fría se posó en su frente. El contacto la alteró un instante, si bien agradeció aquella frescura que manaba de la piel.

—Siempre tan impaciente... Al menos ya no tienes tanta fiebre como cuando apareciste ayer aquí. —La mujer se situó frente a ella con expresión grave—. ¿Por qué dejaste la medicación?

Pandora entrecerró los ojos al verla. Un dolor agudo en la cabeza la hizo incorporarse, llevando las manos a esta con un grito al sentir que le estallaba.

Duró un instante, pero parecía que le habían rebanado el cerebro. La mujer se sentó a su lado, apartándole las manos y observándola fijamente. Tenía unos ojos grandes y castaños, era menuda y su cabello poseía un color parecido al de la canela. El rictus era serio; no obstante, la mirada mostraba una ternura y calidez fuera de lo normal. Las sensaciones que le despertaba aquella desconocida por dentro la hacían sentirse incómoda. Era como volver a un lugar que le provocaba pesadillas que debía afrontar.

Intentó alejarse; sin embargo, esa mujer mantuvo el agarre firme sobre sus muñecas, obligándola a que la enfrentara.

—¿Por qué dejaste la medicación? —la acusó—. Te dije que esto podía pasar. La descompensación es muy peligrosa. Podrías haber muerto, ¡pedazo de burra!

—¿Quién se cree que es para hablarme así? ¿Cómo se atreve?

La desconocida sonrió con paciencia.

—¿No me recuerdas?

Pandora la analizó largamente, examinando desde ese pelo suelto y lacio hasta el traje de chaqueta negro que la estilizaba, a pesar de lo pequeña que era. Serían más o menos de la misma edad. Un atisbo de reconocimiento asomó en su interior, pero de nuevo aquel dolor infernal le atravesó el cráneo como un látigo. Chilló desesperada, apretándose con fuerza la cabeza, en un intento por refrenar el avance del martirio.

La extraña, todavía a su lado, se levantó y corrió las cortinas, dejando el piso en penumbras.

—Has puesto un hermoso bloqueo a tu cerebro si has decidido olvidarme a mí también. ¿Recuerdas tan siquiera a alguien de tu vida anterior?

El dolor remitió, como la vez anterior, en su casi totalidad; no obstante, Pandora no se atrevió a mirarla de nuevo. No sabía de qué le estaba hablando y empezaba a creer que estaba con una desquiciada. ¿Olvidar ella? ¡No tenía nada que olvidar!

La diminuta mujer, de pie junto al sofá, suspiró al discernir la confusión de su invitada.

—Me llamo Senna Blanc. ¿No te suena de nada?

Pandora se tensó. De pronto, las imágenes algo inconexas del día anterior volvieron raudas a su mente, provocándole una jaqueca. El disparo, las

ambulancias y la policía, Dante en el hospital, la tarjeta con el nombre de esa mujer, ella conduciendo en la noche...

—Sí, yo encontré su tarjeta en mi pantalón y...

No supo continuar. ¿Por qué había acudido en su busca? ¿Y cómo había sabido dónde encontrarla con tanta certeza? ¿Qué estaba ocurriendo?

—¿Y...? —la animó aquella voz, que tan familiar se le hacía por momentos.

En su mente surgieron flashes de escenas sin ningún sentido, que la hicieron encogerse y temblar.

Se dio de bruces contra el suelo al intentar levantarse y huir. Senna fue en su auxilio, ayudándola a levantarse y sentándola de nuevo en el sofá.

—Cuando te dejé marchar, parecías estar mejor. ¿Qué has hecho en todo este tiempo?

—No sé quién eres —se quejó Pandora.

—Soy psiquiatra.

—¿Psiquiatra? —repitió confusa—. ¿Por qué iba a conocer yo a una psiquiatra?

—Está bien. Dime cómo te llamas.

Pandora la miró de reojo.

—Me llamo Victoire Fontaine.

Senna cerró los ojos y asintió.

—Bien, Tori. ¿Por qué no me cuentas qué has hecho en todo este tiempo?

Pandora la miró recelosa por la confianza de llamarla por su nombre de pila. Esta, intuyendo el problema, se explicó.

—Me dijiste que te llamara así no hace mucho. Quiero creer que éramos buenas amigas.

—¿Amigas? Yo no tengo amigas.

—De acuerdo. Y si no tienes amigas, ¿qué has hecho en todo este tiempo? —insistió la loquera.

—¿Intentando psicoanalizarme?

—¿Tienes miedo?

Pandora sonrió con chulería. Esa mujer se creía muy lista, y ella le iba a enseñar dónde no debía meterse.

—¿De verdad quieres saber lo qué he hecho? —la retó, tuteándola como hacía Senna con ella.

—Por supuesto —confirmó Senna.

La estudió desde el sofá con mofa y contestó.

—Maté a una mujer por intentar quitarme a un hombre y después disparé a ese hombre cuando dijo el nombre de ella mientras follábamos. Y si todo hubiera salido bien, yo también me hubiera matado. — Senna ahogó un grito de horror—. ¿Qué ocurre, doctora? ¿No quería saber qué había hecho?

La mujer se repuso, volviendo de nuevo a su expresión impertérrita del principio.

—¿Cómo se llamaba esa mujer?

—¿Importa?

—Sí.

Pandora se encogió de hombros antes de responder.

—Se llamaba Rosa Mari.

Senna frunció el ceño, volviendo la mirada a Victoire.

—¿Estás segura de que la mataste?

—Le atravesé la cabeza con mi pistola. Murió en un charco de sangre —dijo, disfrutando con los detalles.

—Comprendo... —murmuró la médica, meditabunda—. ¿Y el hombre?

—El hombre está en el hospital. El muy necio sobrevivió y evitó que me volase la tapa de los sesos.

—¿Cómo se llama?

Pandora la miró molesta.

—Dante..., Verne —contestó, recordando el apellido en el último momento.

Ahora sí, la mujer parecía afectada de verdad.

—¿Lo conoce? —interrogó Pandora con desconfianza.

—Sí, y tú también, Tori.

—Lo vi por primera vez en mi vida hace unos meses.

Senna negaba con la cabeza repetidamente.

—¿Dónde mataste a esa mujer..., a Rosa Mari?

—¿Por qué? ¿Va a llamar a los federales para que me esposen? —La idea le gustaba. Podría tirarse a alguno, o a todos, por el camino.

Lo cierto es que llevaba demasiado sin sexo y empezaba a impacientarse.

—Contesta —la urgió.

Victoire le dedicó una mirada despectiva por esa inflexión autoritaria al hablarle, aun así respondió.

—En su piso. Uno que está en la zona lujosa de la ciudad.

Senna sonrió. No fue una sonrisa plena, sino más bien triste.

—Deberías volver a esa casa y asegurarte de que está muerta.

Ese manifiesto turbó a Pandora, sobre todo por la persona de quien venía.

—No voy a arriesgarme a aparecer por allí. Estará lleno de investigadores.

—No creo que eso deba preocuparte.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Porque dudo mucho que hayas matado a Rosa Mari.

Capítulo diez

Carencia de existencia

Estaba de pie analizando todo a su alrededor, sin que la comprensión de su cerebro le pudiera explicar nada. Había vuelto al inmueble de Rosa Mari, en contra de lo que le dictaba la razón. Esperó encontrar la zona acordonada por la cinta amarilla de la policía, incluso ajeteo de los vecinos de las casas colindantes atemorizados por aquel homicidio, pero no había hallado nada de eso. Nada en absoluto. Literalmente.

La vivienda, que el día anterior tenía cajas de cartón vacías a la entrada y cuyo mobiliario era más bien escaso, se encontraba ahora con una decoración muy diferente y repleta, como si alguien hubiera colocado los enseres que faltaban y rellenara los huecos. La luminosidad del pasado día se veía sustituida por penumbras, debido a las persianas bajadas y a las cortinas corridas; no obstante, hubo un detalle que a Pandora no le pasó por alto, y fue la capa de polvo que se vislumbraba por todas partes como un ligero manto. Sin embargo, veinticuatro horas atrás aquel espacio estaba reluciente y limpio. No era posible que, en un solo día, ese domicilio tuviera el aspecto de un lugar en el que hacía meses que no habitaba nadie.

Aunque lo que acabó de ponerle los pelos de punta fue la ausencia del cadáver de Rosa Mari en el salón. No había ninguna mancha de sangre, ni restos en la alfombra clara, que fueran testamento de lo acontecido veinticuatro horas atrás. Se agachó tocando el suelo con los dedos: índice y corazón. De allí solo sacó polvo, impregnando sus huellas de pelusas pero no de sangre.

Se levantó de nuevo, restregando el pulgar en la yema de los otros dos dedos y eliminando así la suciedad. Un doloroso pinchazo en la cabeza la atravesó como le había ocurrido en el apartamento de Senna, haciendo que se doblara en dos. Presionó con la palma de la mano el ojo derecho, intentando que ese mal remitiera. Lo hizo a duras penas varios minutos después.

Nunca había tenido migrañas con anterioridad, y hubiera preferido seguir

así. Era una agonía sentir cómo su cerebro se desgarraba por dentro, pareciendo que fuese a estallar.

Cuando pudo erguirse de nuevo, vio unas huellas a contraluz en el suelo de parqué. Iban desde el pasillo en su dirección y acababan unos pasos más atrás. Otras similares, del mismo tamaño, finalizaban bajo sus pies.

¡Eran sus botas! Eran las mismas que había usado el día anterior para asesinar a Rosa Mari.

Se movió hacia la izquierda en busca de alguna pisada más que explicara cómo el cuerpo de la difunta había desaparecido, pero resultó que aquellas eran las únicas impresiones que el polvo registró como visita.

Ella la había matado. ¡Estaba completamente segura! Alguien, todavía no sabía quién, había modificado la escena del crimen para protegerla. O puede que para que creyese que estaba loca. No obstante, aquel impacto de bala en el cristal de la ventana delataba los hechos acontecidos veinticuatro horas antes.

No se podía ser tan meticuloso con los detalles y dejar uno tan evidente al escrutinio de cualquier ojo curioso. Entonces, ¿qué habían hecho con el cuerpo de Rosa Mari?

Oyó pasos en el pasillo. Eran pasos silenciosos de quien no desea ser descubierto. Pandora, alerta, se giró como un rayo para enfrentar al intruso, que resultó ser una anciana. Esta la miró asombrada, antes de dedicarle una sonrisa agradable.

—¡Oh, querida! ¡Cuánto tiempo! —saludó la mujer.

Se aproximó a ella con caminar renqueante y la abrazó. Pandora se quedó paralizada, sin devolver el estrechamiento, por la actitud afable de la señora. Parecía haberla confundido con alguien, y aunque deseaba apartar ese cuerpo decrepito de ella, se contuvo.

La mujer se separó, contemplándola de arriba abajo emocionada, sin soltar sus brazos, los que apretaba con fuerza.

—Ya pensé que mis viejos ojos no volverían a verte. Recé tanto por tu recuperación, niña —manifestó con voz disecada.

Pandora seguía igual de atónita que antes. En verdad, aquella mujer era estúpida, o ciega, para no ver que había errado de persona. La anciana se alejó de ella para verla mejor, contrariada.

—¿No me reconoces, Mari?

Se tensó al oír ese nombre. Esa puta la atormentaría por el resto de su vida.

—Yo no soy Mari.

—Pero qué dices, querida —empezó a hablar la mujer con una sonrisa nerviosa—, ¿quién vas a ser si no? Yo soy tu vecina, la señora Brown. ¿No te acuerdas?

Aquellos ojos claros, velados por las cataratas, conmemoraron a otros idénticos ya vistos en alguna parte. Otra vez, la descarga de dolor en el cráneo la hizo gritar de angustia. La visión se le nubló y sujetó su cabeza como si en cualquier momento fuese a dividirse en miles de trocitos, que no sería capaz de recomponer.

La señora Brown contemplaba la escena impotente, sin saber qué hacer por la mujer que parecía estar sufriendo una agonía extrema. Intentó agacharse para ayudar a Pandora a erguirse, pero su cadera, la cual se había roto ese verano, no le permitía ejercer algunos movimientos; quedando impedida de ofrecerle auxilio.

—Querida, ¿qué te ocurre? —decía con voz trémula. Al no obtener más que alaridos de la joven, tomó una decisión—. Voy a pedir ayuda, no te muevas.

Pandora seguía retorciéndose de dolor, con la vista cada vez más borrosa y anegada en lágrimas.

—N-No hace falta —expresó con esfuerzo—. Se me pasará.

—Pero, niña, sería mejor que te mirara un experto. No hay que descuidar la salud. Hazme caso, voy a llamar a un médico.

Sabía que no podría persuadir a esa mujer si seguía en aquella postura fetal, en el suelo de aquel polvoriento salón. Odiaba que la llamaran niña y más aún que le dijeran lo que tenía que hacer. Aquella anciana tenía todas las papeletas para ponerla peor de lo que estaba. Por eso mismo fue que se incorporó con sumo sacrificio, simulando una mejoría que lejos estaba de sentir. Debería haber dedicado su vida a las artes escénicas; era realmente buena mintiendo, pese a que no lo hiciera de manera habitual.

—Estoy..., bien. De verdad —añadió cuando esa mujer le dedicó una mirada suspicaz.

—Marí, querida, deberías...

Pandora dejó de escucharla al captar ese matiz en la pronunciación del

nombre.

—¿Cómo me ha llamado?

La anciana la miró perdida ante esa pregunta.

—¿A qué te refieres?

—¡Al nombre, hostia! —contestó de malas maneras.

Los ojos desorbitados de la octogenaria, en una expresión vacilante, la amonestaron por sus formas.

—Marí, ¿seguro que te encuentras bien?

Lo había dicho. Marí, no Mari.

Un remolino de imágenes atropellaron su mente con información que era incapaz de asimilar. Parecían recuerdos, recuerdos suyos a los que no lograba unir con ningún sentimiento.

Perdió algo de equilibrio, sujetándose al brazo de la mujer mayor. Eran fragmentos cortos: de una pareja; momentos cotidianos de una vida normal como ver una película delante del televisor, una charla con compañeros de trabajo, un ramo de rosas, un anillo, una ecografía...

De nuevo, la visión se le eclipsó cuando el dolor de cabeza se convirtió en una presión casi imposible de sostener.

La mujer la acompañó, hasta sentarla en aquel sofá ceniciento.

—Me tienes preocupada, querida. No parece estar nada bien.

—Me temo que no me he repuesto por completo de mi último resfriado —se encontró excusándose.

—Marí...

—No me llamo así —cortó Pandora cuando el dolor se volvió agudo—. Me llamo Victoire. Se ha confundido de persona, señora.

—No, no. —Negaba tercamente con la cabeza—. Todavía no he perdido la cabeza, hija mía.

Pandora puso los ojos en blanco, al ver a la mujer levantarse y coger un marco de fotos de un mueble a su izquierda. Restregó el cristal con la manga de la chaqueta que llevaba y se lo entregó.

—¿Me quieres decir que no eres tú la de la foto? ¡No me tomes el pelo! No pico en esas bromas de los jóvenes —dijo, jactándose de su seguridad.

Cogió el marco con la foto que la anciana Brown le tendía, intentando ver en la poca claridad del lugar. Sus ojos se abrieron por la sorpresa. Ciertamente parecía ella. Había grandes similitudes con la mujer de la foto, a excepción de ojos y pelo, más claros que los suyos. Aquella era Rosa Mari, sin duda, pero parecía diferente a como la había visto en multitud de ocasiones, inclusive ayer. Al lado de ella estaba Dante; ambos sonreían, mirándose el uno al otro con amor.

Empezó a sentir una sensación de ahogo en el pecho que no le permitía tragar. Verlo a él en esa foto tan feliz..., la incomodaba.

Quería estar sola, y hasta puede que encontrar alguna pista de las cosas tan raras que estaban pasando allí.

—Señora Brown, necesito descansar; estoy agotada —mintió—. ¿Le importaría dejar la visita para otro día?

Esperaba que no pusiese objeciones, ya que aquella vieja creía fervientemente que era otra persona.

—Pues claro, querida. La verdad es que tienes mala cara —comentó la muy puñetera—. Solo me he acercado porque había visto la puerta entreabierta y pensé que alguien podría estar intentando robar.

«Y usted creyó poder con los asaltantes cuando hasta estar de pie le cuesta», pensó Pandora con ironía.

—Puedo pasarme después y traerte una sopita de esas que hago yo y que tanto te gustan.

—Se lo agradezco en alma —«¡Vieja pesada de los cojones!»—, pero pensaba acostarme un rato.

—Por supuesto... —se despidió, dándole un beso en la mejilla que Pandora se limpió en cuanto se fue.

Recorrió el resto de la casa, yendo al dormitorio principal, que estaba al final del pasillo a la derecha. Al igual que todo lo demás del inmueble, esa habitación también necesitaba de una buena limpieza y más claridad. Descorrió las cortinas, permitiendo que se viera mejor la habitación. Era sencilla como todo allí; una cama de matrimonio, unas mesillas a ambos lados de esta y un armario enfrente. A la izquierda de donde se hallaba la cama había un cuarto contiguo que llevaba a un baño. Pandora, sin embargo, decidió hurgar en el ajuar de la difunta Rosa Mari.

Todo era en su mayoría: vestidos de vuelo; pantalones sueltos, alguno que otro de traje y tobillero. Las partes superiores no eran mejores; camisetas con escaso escote y un solo color, jerséis de cachemira, y camisas y chaquetas de lana con botones.

—Esta iba para monja —murmuró Pandora.

Siguió fisgando, apartando la ropa colgada en las perchas hacia los lados, según iba avanzando en su crítica. Se detuvo llegando al final, al ver una prenda que no pegaba con el resto de la sosa indumentaria. La quitó de la percha y la observó. Era un batín de gasa transparente, de color borgoña, con un lazo de seda para atarlo. Los bordes de la prenda remataban en la misma seda, que hacía juego con el cinturón.

Pandora se desanudó la botas, despojándose de ellas y, de paso, también de la ropa. Cubrió su desnudez con la ligera tela y se inspeccionó en el espejo, situado en una de las puertas del armario. Se veía realmente exuberante, con sus senos turgentes y sus pezones marcándose a través de la tela. Pellizcó uno con perversidad, sonriéndole a su reflejo de manera lasciva. Bajó la mirada por su vientre plano, hasta llegar a su hendidura suave y libre de vello.

Volvió a oír pasos y maldijo a la señora Brown por ser tan impertinente. Salió tal cual estaba al pasillo para echarla de una vez por todas, pero no era ella. En el umbral de la entrada había un hombre; este, al verla y comprobar su desnudez, apartó la vista, no sin asomar una sonrisa antes.

—Discúlpeme, vi la puerta abierta... Debería haber llamado.

Pandora lo miraba sin ningún pudor, alegrándose de que esa vieja loca hubiera tenido el descuido de no cerrar correctamente la puerta. Su sexo comenzó a humedecerse al imaginar todo lo que podría hacer con ese hombre. Llevaba demasiado sin practicar el coito y necesitaba que la tocasen.

—Hay una fuga de gas, y estamos inspeccionando todo el edificio en su busca —explicaba mientras Pandora se acercaba a él, quedando a escasos centímetros.

—¡Vaya!... —dijo esta, cerrando la puerta a su espalda—. Cierto es que no me vendría mal una inspección.

El hombre, que llevaba un mono azul oscuro, tragó sonoramente, evitándola. Pandora se acercó hasta rozar, con intención, uno de sus pechos contra el brazo del revisor, aplastándolo.

—Disculpe —dijo riendo—. Soy tan torpe...

—No se preocupe —la tranquilizó el hombre, mirándola a los ojos.

Pandora le sonrió. Aquel tipo era demasiado correcto y caballeroso, y eso la ponía cachonda; aun más cuando vio su anillo de casado en el dedo anular.

No llevaba la bata cerrada, por lo que su sexo quedaba al descubierto, al igual que parte de su busto. Con un movimiento premeditado, consiguió que la mano del hombre rozara su vulva. Este apartó su extremidad con premura, mirando al sitio tocado accidentalmente. Fue su perdición. Al hacerlo, se deleitó sin poder, o sin querer rehuir, la visión del cuerpo femenino que se mostraba ante él. Pandora, aprovechando su análisis indiscreto, acarició su entrepierna a través de la tela del mono, con el dorso de sus dedos. Su erección fue creciendo, mostrando la silueta de una gran verga.

El hombre dio unos pasos hacia atrás, circunspecto.

—Estoy casado —se excusó.

Aquel patético intento, por negar algo que evidentemente su cuerpo quería, la hizo reír.

—No soy celosa —argumentó.

—Yo no puedo... —dijo con la boca seca por el deseo—. No sería infiel.

—¿Tampoco tocar? —contraatacó—. Así no la traicionas. Yo estoy desnuda y puede suceder que sin querer tu mano... —habló mientras se la cogía—, acaricie por casualidad..., algo. —Posó finalmente aquella cálida extremidad sobre uno de sus pechos.

El hombre ahogó un gemido de gusto. Pandora se apretó contra él y su mano, haciendo que este apretara su seno. Ella se fue aproximando más a él, a medida que su resistencia fue menor, restregándose contra su miembro. Sin darle oportunidad a que cobrase la cordura, agarró la mano que le quedaba libre y la guió hasta su interior acuoso, jadeando.

Él intentaba con poco esfuerzo alejarse, pero ya estaba contra la pared y el caliente cuerpo de aquella mujer que lo tentaba.

—Nadie lo sabrá —susurró Pandora en su oído.

Esas tres palabras fueron el principio del fin, instigando al condenado hombre a rendirse a ella. La abrazó con fuerza y la besó, pellizcándole el pezón del pecho que aún retenía; la otra mano hundiéndose en ella repetidamente. Pandora abrió su mono de trabajo, deshaciendo el beso, y se

lo bajó hasta los tobillos.

—¿Dónde quieres que suceda, aquí o en la cama? —cuestionó excitada.

—¡En todas partes, bruja!

La viró por sorpresa, haciéndola quedar de espaldas a él, mientras se quitaba los calzoncillos y liberaba su pene palpitante.

—¿Y tú dónde la quieres, por delante o por detrás?

Pandora rio con deleite.

—¡Sorpréndeme!

Capítulo once

El escudo de la ninfómana

Separó las piernas y puso su culo en pompa. El hombre tenía las manos posadas a cada lado de su cadera; su gordo falo preparado para hundirse en ella.

Sabía que la deseaba, llegando a poner su supuesta fidelidad en entredicho. Ahora lo único que importaba era poseerla, sentir a aquella fruta prohibida que lo arruinaría todo, para siempre. Sería su pecado en la ambrosía. Ya no iba a detenerse, había visualizado el procedimiento en el cual la tomaría y la disfrutaría, hasta que aquello mereciera la pena. Pero Pandora comprendía que solo era un embuste repetido a sí mismo, para hacer lo que deseaba su indecente ser, el lascivo, el calenturiento.

Estaba preparada para la fuerte penetración; esa brusca que le dedicaban todos los amantes locos de deseo, hasta provocarle un clímax inminente que la llevaba a aventurarse a un desenfreno total del sexo. Esta vez, en cambio, no fue así. El hombre jugó con la punta de su miembro, haciéndola protestar por no colmarla con su plenitud en el interior.

Sus labios vaginales se abrían cuando el falo buscaba su aparcamiento entre los pliegues, sin ir más allá. Impregnaba el glande en su deseo, volviendo a sacarlo para torturarla. Repitió la acción, travieso, esperando a que ella claudicara.

—Pídeme que te la meta.

Pandora negó con la cabeza, mordiéndose el labio inferior con fuerza. Se sentía mareada y a punto de suplicarle a ese hombre, por algo que había creído que sería fácil. Su propio líquido se desperdiciaba, corriendo por sus piernas, mojándola.

—Si no me lo pides, estaré así eternamente.

Jadeó al pensar en ese suplicio que, pese a ser placentero, la martirizaba. Conocía a los hombres y aunque él se estaba marcando un farol, pues no

aguantaría ese juego mucho más, y ella lo sabía, le podía la curiosidad por conocer lo que ese galán procuraba.

Apretó los dientes y levantó más su culito, ante el inminente envite.

—¡Metémela! —gruñó.

El hombre sonrió contra su oído, dejando un beso detrás de su oreja. Ella se estremeció por la ternura tan impropia de un encuentro como aquel; no obstante, su acorazado corazón bebió de aquel gesto.

Se zambulló en ella, en sus profundidades, con delirante lentitud; sintiendo y haciéndola sentir cada estremecimiento y pulsación de sus cuerpos. Cada centímetro era completar un regocijo que ambos anhelaban de distinta manera.

La llenó por completo. Pandora sentía los labios vaginales forzados a una apertura casi imposible que, sin embargo, no parecía ser suficiente para algún loco sentido que se le escapaba. El hombre deslizó su verga de nuevo hacia atrás, vaciando su cavidad; ella emitió una protesta que fue recompensada con una penetración más invasora. La fricción contra las paredes internas de su sexo le hizo pegar un grito de placer que fue incapaz de encerrar. El baile carnal fue aumentado el ritmo y el jadeo de sus participantes. Pandora sentía las manos de ese hombre acariciándole los pechos con atención, con la experiencia de aquel que ha nacido para suministrar placer a un cuerpo tan femenino y necesitado como el de ella.

La besó en el cuello, lamiéndola hasta los hombros y creando un camino hasta su columna, donde le provocó un millar de escalofríos que eran puro deleite.

El ritmo de sus caderas, aunque más rápido que antes, pretendía un acto de amor más que de desfogo en un cuerpo excitado. Era un goce constante que no requería prisas por algo a lo que se quería llegar, porque ya estaba allí, de a pocos, alargando el momento y haciéndolo eterno.

Pandora recostó su espalda en él, moviéndose a su compás, sabiendo que la cogería, que no permitiría que nada malo pasase. Sentía que había mucho que no hacía el amor, aunque tenía la certeza de que lo había conocido; puede que en otra vida, pero esa sensación no la abandonaba.

El hombre salió de ella sin que ninguno culminase. Le quitó la ligera bata y le dio la vuelta para que lo mirara mientras le acariciaba las mejillas con dulzura. Pandora quebró en llanto, besándolo con afán. Fue un beso

profundo, húmedo y necesitado de calor. De un calor muy diferente al que ella solía buscar.

Se separaron y se miraron a los ojos. Él la abrazaba, borrando las gotas de sus lágrimas con besos; sustituyendo el dolor por afecto.

—Olvidaré quien soy, para darte lo que nadie más puede.

Observó esos ojos oscuros, llenos de sinceridad e infinito cariño, que la estaban apabullando. ¿La habían mirado así alguna vez?

—¿Quién eres? —preguntó por primera vez a un desconocido, con el que solo iba a tener sexo.

—¿Y tú?

—No lo sé.

Y era la verdad. Ya no estaba segura de ser Pandora ni Victoire. Era una desconocida para sí misma. ¿Quién era ella realmente?

El teléfono sonaba, y Senna contestó al tercer tono.

—¿Diga?

—*¡Senna! ¿Ha ido ella por ahí?*—increduló Dante a su interlocutora.

—¡Gracias a Dios, Dante! Me ha contado lo que ha hecho, ¿es cierto?

El silencio al otro lado confirmaba una respuesta que se corroboró.

—*Sí. No me ha reconocido en ningún momento. Pensé que si permanecía a su lado los recuerdos volverían a su mente, que ella y yo...* —Su voz se rompió presa del desconsuelo.

—Dante, tranquilo. La he enviado de vuelta al piso.

—*¿Crees que es buena idea?*

—Asegura haber matado a Rosa Mari. ¿Entiendes lo que eso significa?

—*Eso quiere decir...*

—Sí, exactamente. La tenemos donde queríamos.

—*Y si no sale como esperas, ¿entonces qué?*

—Pues si eso no funciona, me temo que tendremos que tomar medidas drásticas.

—*Las medidas drásticas no funcionaron la última vez, Senna. No sabes cuánto sufrimiento me causó aquella decisión.*

—Lo sé. Créeme que lo sé. Pero hasta entonces nunca había trabajado con una mente tan astuta como la suya. Ahora ya empiezo a entender cómo funciona su cerebro.

—*¿Tú crees?*

—*¡Estoy segura!*

—*Más te vale, Senna. Porque esta vez no estoy dispuesto a acatar órdenes de nadie, ni siquiera las tuyas.*

—Tampoco las has obedecido muy bien hasta ahora que digamos. ¡Mira dónde estás! Te dije que la vigilaras y que le hicieras tomar la medicación a toda costa.

—*No fue tan fácil, además ella parecía estar bien.*

—*¡Parecía!, y por tu insensatez casi acabáis los dos muertos.*

Dante silenció sus palabras en un nudo ácido de la garganta. Le había fallado. Había fallado a su Marí en el pasado y era algo que le pesaba cada día de su vida.

Se besaron una y mil veces. Estaban excitados y ansiosos por todas las experiencias que se provocaban; cada una diferente, y todas ellas placenteras.

Pandora estaba tumbada en la cama, con el cuerpo de aquel hombre sobre ella. Había acariciado toda su piel, sin dejar ni un solo milímetro por cubrir con sus labios. La había hecho temblar de emoción, pero también la había hecho reír. Ni siquiera sabía de dónde salía aquella risa alegre que no creyó poseer; no obstante, allí estaba entre los dos, envolviéndolos.

Por primera vez, la desnudez física no fue la que importó en esa clase de acercamiento, sino la emocional. Se sentía despojada de otra clase de ropa, porque podía estarlo.

Lo abrazó por el cuello, sin esa enfermiza urgencia por acercarlo a ella en busca de lujuria. Lo abrazó porque él la calentaba más allá de lo físico, la abrigaba. Lo acarició en la misma medida, explorando su cuerpo; un cuerpo que no hubiera importado en otra circunstancia, pero que ahora sí lo hacía.

No sería diferente de sus anteriores encuentros, ya que no lo volvería a ver. Por eso era tan importante alargar aquel precioso momento. Porque lo había corrompido y quería compensarlo. Ella, Pandora, le daría a ese extraño lo que le había arrebatado en el momento que lo sedujo; lo mismo que él le daba sin que lo mereciera.

Su lengua fue dejando un camino por todo su abdomen, ombligo, caderas... Pandora gemía y no por esa lengua, sino por aquella mirada que no se había apartado un instante de la suya, contemplativa del placer que le proporcionaba. Sin embargo, aquel recorrido continuó hasta sus pliegues húmedos, desatándola aún más. Esa boca revoltosa la estaba llevando al delirio del placer. A un placer que parecía un viejo amigo, pero que ya no recordaba. Las caricias se volvieron insistentes, invasivas; y aquellos ojos, pervertidos.

Él inhaló el perfume interno de ella, llevando a Pandora a su tan ansiado clímax, en ese sencillo gesto. Se separó de su zona íntima con un beso profundo en esta que despertó de nuevo su libido.

—No he acabado contigo.

Ella lo contempló con la mirada extraviada, por tantas emociones que no parecían caber en su interior. Se sentía indefensa ante los descubrimientos que le hacía ese hombre sobre su propio cuerpo.

La atrajo hacia él, besándola y acariciándola de nuevo. Esas caricias estaban lejos de ser las de un pervertido. Se introdujo en ella con una suave y profunda acometida que la satisfizo. El ritmo seguía siendo lento, demasiado, pero lo agradecía. Él parecía estar dispuesto a disfrutarla de todas las maneras sexualmente posibles. Era probable que pensase que estar siendo deshonesto en su matrimonio merecía un buen recuerdo. No sabía si él se lo llevaría consigo, pero ella sí.

El balanceo de sus caderas los sostuvo en un constante deleite que duró horas. Sus cuerpos estaban exhaustos, en cambio, ellos no. No dejaban culminar el acto carnal, provocándose la más deliciosa agonía que se pudiera experimentar. Se acariciaban, se rozaban, sudaban y se lamían; sin embargo, nada era suficiente y al mismo tiempo era demasiado.

No obstante, el orgasmo les llegó; inevitable y arrollador, exigente de sus gritos, que no contuvieron porque era imposible. Incluso estos iban acompasados a un ritmo que Pandora no supo, hasta entonces, que podía

existir. Aquello la enardeció tanto o más que el propio acto sexual.

Él la besó con suavidad y cariño en la frente, saliendo de ella. Pandora lo miraba, acariciando su espalda, sin ser capaz de creer que aquella necesidad, nacida con el afán de saciar su cuerpo enfermo, acabase calmando su espíritu.

—Quiero más, ¿me lo darás? —dijo él sobre sus labios.

Pandora se sorprendió, tanto por el hecho de que quisiera más como por que le preguntara.

—Sí.

—¿Todo lo que te pida?

—Sí. —Claro que estaba dispuesta a dárselo; aunque fuera poco decente o hasta peligroso, pero se lo daría.

Él sonrió sagaz, con un destello en la mirada juguetón.

—Quiero que te toques para mí.

Lo miró extrañada, si bien no era una petición realmente indecente en esos términos.

Ella bajó la mano que tenía apoyada en su tórax, rozando en el camino su largo pene y generando su empalme inmediato.

—Te mereces unos azotes por eso, diablilla.

—¿Sabes darlos? —lo provocó.

La besó de nuevo, atrapando su labio inferior entre los dientes y tironeando de él.

—Nunca te dieron unos como los que yo sé dar.

Se estremeció entre sus brazos; no por miedo, sino de gusto al imaginarlo. Estaba segura de ello, ya había demostrado sus dotes amatorias con creces.

Metió uno por uno los dedos, bañándolos en su propio flujo, tocándose para él. Este se separó de ella, para contemplarla mejor. Pandora se notó sonrojar, aunque no se detuvo. Parecía que la estuviera desnudando otra vez, de diferente modo.

Su entrepierna mostraba su deseo, a cada punto más erecto. Su mirada ladina la hizo intuir que tramaba algo; sin embargo, ya empezaba a estar inmersa en ese goce que se daba al masturbarse.

Él fue arrimando su miembro, mojándolo en ella y llenándola para salir de

nuevo. Repitió esa acción tres veces más hasta volver a introducirse, pero en esta ocasión metiéndosela por atrás. La penetró fácilmente aunque despacio. Pandora estaba admirada y también excitada. Se sentía forzada ante semejante verga, notando cómo palpitaba en su interior.

—Me aprietas tanto... —dijo el hombre, moviendo sus caderas.

Aquel balanceo, sumado a sus propias caricias, la alzaba hacia un apogeo que parecía querer quebrarla como a una ramita seca.

Por primera vez, él dejó atrás las consideraciones, fornicándola como un desquiciado. Notaba aquella abertura apretando su pene, abrazándolo, besándolo, masturbándolo. No pararía, ahora no; cuando aquel vaivén tan impetuoso lo hacía temblar, sacando su líquido de a pocos. No, cuando tenía la visión de otra mujer preciosa, que no era su mujer, incitándolo y excitándolo. No, cuando toda aquella locura e infidelidad lo hacían querer más y más. No, no se detendría. ¿Quién podría hacerlo? Se dejaría arrastrar por el deseo, e inexplicable cariño, que despertaba esa hembra en su interior; llevándolo a la depravación, a la demencia, al éxtasis. Pero aquel encontronazo tendría su razón de ser, aunque supusiese una mancha en su expediente marital.

Pandora casi no se acariciaba; sintiendo más placer por las embestidas de él, que por el roce de su mano en su húmeda suavidad.

Lo vio en su cara al tiempo que lo sentía ella. El colosal orgasmo desenfrenando sus cuerpos y sus jadeos, ya de por sí depravados.

Sintió sus paredes contraerse, tanto aquellas que albergaban su viril miembro como las que ansiaban cobijarlo. Fue demasiado intenso, como nunca antes.

El hombre se desplomó a su lado, una vez que salió de ella, jadeando y sonriendo.

—Casi acabas conmigo —declaró, abrazándola.

Pandora rio, guardando el mismo pensar en ella. Se acurrucó en ese cuerpo que le ofrecía reposo y dejó su cara apoyada en el pecho de él. Escuchaba el latir del corazón normalizándose, al igual que el suyo. Y sin darse cuenta, se quedó dormida entre los brazos de aquel hombre, escapando una idea de su mente aletargada.

«Aún así, no es como estar con Dante.»

Las pesadillas la agobiaron, haciendo que se removiera inquieta en el sueño. Eran recuerdos de otra vida, su vida. Aquella que decidió olvidar por voluntad propia, porque era mejor que enfrentarse a esa constante congoja que se había adueñado de su ser, convirtiéndola en despojo de lo que alguna vez había sido.

Se despertó sobresaltada, envuelta en unos brazos. No eran los de la persona que quería tener en ese momento a su lado, pero la habían tratado con tanta dulzura como aquellos que añoraba.

Tembló consternada, sollozando. Ya lo recordaba. Ya sabía quién era. Mas la verdad era despiadada.

¿Pues quién hubiera pensado que ella era Marí?

Capítulo doce

Máscara de rosas

Se había vestido con la ropa que guardaba el armario de aquella casa, su casa. Había odiado esa vestimenta, que más tarde se pondría, y ella la había escogido en su momento. La sencillez que había aborrecido fue elección suya, pero todavía había muchas cosas que se escapaban a su control.

Los dolores de cabeza iban y venían en el instante que recordaba algo nuevo, cegándola a lo que había alrededor y aletargando sus sentidos casi por completo. Condujo hasta su residencia actual en un estado frenético del cerebro. Una vez allí, buscó en el mueble del baño de su habitación, bajo el lavabo. Senna le había sermoneado por una medicación que no había tomado, y necesitaba averiguar si era verdad que dicho tratamiento existía siquiera.

Tras rebuscar de manera insistente en una pequeña cesta de mimbre, lo halló: un frasco naranja con pastillas en su interior. Estaba lleno. Tenía una etiqueta blanca en la que ponía en letras negras el nombre de las pastillas y supuestamente para quién estaban recetadas, pero esa parte de la pegatina estaba arrancada.

Se llevó las manos temblorosas al pelo, echándolo hacia atrás. ¡Aquello no podía estar pasando! ¿Es que acaso tenía algún problema mental? Lo cierto era que, si intentaba pensar en su vida antes de esos cinco últimos años, tenía una laguna.

Se quedó sentada en el suelo, con el bote de pastillas en la mano y la mirada vacía. ¿Para qué servían?

Aunque su cuerpo estaba estático, su mente era un hervidero de preguntas sin respuesta, cuyo callejón sin salida le provocaba unas fuertes cefaleas. No sabía cuánto tiempo las había estado tomando, y si realmente había sido así. ¡No sabía nada!

Por un breve minuto, echó de menos los brazos que la habían acunado como si perteneciera a alguien. Los que la habían hecho sentir de una manera única y repetida al mismo tiempo. Los que habían conseguido que olvidara, aunque también la habían despertado del letargo. Aquel hombre sin nombre

le había recordado el suyo.

Con el frasco de pastillas aún en su puño cerrado, se levantó del suelo; apoyando la otra mano en la mesa del lavabo para incorporarse. Tenía que encontrar respuestas a toda costa y silenciar ese martilleo, que parecía querer desgarrar sus sesos sin la más mínima consideración. Ignoró la vocecilla que le advertía de los peligros de una verdad para la que no se está preparada, recordándose que no le temía a nada. Pandora, Victoire o, ¡como maldita fuera que se llamase! Ella no escapaba de los problemas, ella los transformaba a su antojo.

Apretó el cilindro naranja fuertemente en su mano y salió del baño apresurada, en dirección a la calle. Sabía quien le daría respuestas, o al menos eso esperaba. Nunca había confiado mucho en esa rama de la medicina; poder manejar la manera de pensar de las personas era peligroso, sobre todo si estas no estaban seguras de qué creer. Pero en aquel momento no parecía tener mucha alternativa, y las ansias la devoraban por poseer la verdad. Si no toda, una parte.

Abrió la puerta de la entrada, queriendo salir atropelladamente de la casa; no obstante, se detuvo en seco al ver a la persona que se encontraba frente a su puerta.

Senna.

La mujer parecía impresionada por sus prisas, aunque también puede que no esperase encontrarla allí.

La fémina desprovista de nombre por el cual identificarse agradeció la suerte que aún parecía apiadarse de ella en circunstancias adversas. Tenía delante a la persona que deseaba ver y por la que salía como alma que lleva el diablo de su hogar. Si conocía tantas cosas de la mujer que fue, o eso decía, cabía la posibilidad de que le hubiera contado su vida en el pasado. Aquella que, por alguna extraña razón, decidió negarse de manera drástica. También era probable que le hubiera recetado la medicación. De hecho, era casi seguro que lo sabría todo, y eso la convertía en valiosa para Pandora.

—Iba a buscarte —le declaró.

—Pues ya no hace falta. Estoy aquí.

Victoire se hizo a un lado, para dejarla pasar al interior del hogar.

—¿Cómo sabías dónde vivo? —preguntó a Senna, cerrando la puerta tras ella.

—Dante me dio las señas.

Esa información le descubrió nuevas inquietudes.

—Dijiste que nos conocíamos.

—Sí —confirmó Senna, sentándose en el sofá rojo del salón y dejando el bolso a su lado.

Pandora se acercó, quedando de pie.

—¿De qué?

—Cada cosa a su tiempo —respondió la psiquiatra, con infinita parsimonia.

Si algo no tenía era tiempo; y tampoco paciencia. Cruzó los brazos sobre el pecho, frunciendo el ceño con desconfianza. Nadie le garantizaba que aquella mujer le hubiese sido sincera o fuese, siquiera, de fiar. Hasta aquel bote de pastillas que tenía en la mano podría haber sido puesto ahí, tanto por Dante como por ella. En los últimos tiempos, este entraba en su vivienda como si fuera la suya, y aunque a Pandora no le había molestado en principio, puesto que sacaba grandes y placenteros beneficios de ello, ahora se cuestionaba hasta qué punto había sido sensato dejar pasar a ese hombre a su vida. ¿Pero qué sentido tendría que él desease su mal? No se conocían... ¿O sí?

De nuevo, aquel calvario en el que se convertía su cerebro le anunciaba que el exceso de preguntas era demasiado; así como su afán por forzar las cosas.

A Senna no le pasó por alto su mueca de dolor.

—Eso es lo malo de ponerse un bloqueo mental como el tuyo, Tori. La obstrucción que has creado tiene varias salidas, te lo dije en su día. —La observó con severidad—. Una de ellas, y la peor para mi gusto, fue en la que te encontraste hace un par de días si no me equivoco.

Era cierto. Ya habían pasado dos días, desde que había intentado atentar contra su vida y la del hombre que seguía en el hospital. Tampoco le parecía posible que fuera la causante de eso. Era como si hubiese sido otra persona y no ella.

Sin embargo, Rosa Mari...

—Ella no es real, ¿verdad? —Ya sabía la respuesta.

Senna sonrió, aunque no había muestra de alegría alguna en su expresión facial.

—Me temo y he de decir, no sin alivio, que sí. Esa mujer que «creaste» —dijo

entrecomillando con los dedos—, no es más que un invento de tu enfermo cerebro.

Enfermo...

Esa simple palabra la resquebrajo por dentro. Así que estaba enferma, después de todo. Bueno, nadie en su sano juicio haría lo que ella había, casi, logrado hacer. Por muy poco no consiguió matarse a sí misma y a Dante.

—¿Sabes a qué vino esa invención? —interrumpió Senna sus pensamientos.

—Lo único que recuerdo es que me llamo Marí.

—¿Y eso no te dice nada?

Pandora la miraba sin entender, estaba perdida. Senna, percibiendo su incertidumbre, se apiadó de ella.

—Está bien... Creo que deberías tomar asiento. No te daré todas las respuestas, pero te ayudaré a encauzar tus recuerdos. Es de vital importancia que seas tú quien rememore lo sucedido, lo que te ha llevado a este estado. — La miró largamente—. Y he de decirte que será duro.

Asintió, sin saber qué más decir; usando la mesita de café para sentarse.

—Empieza.

Senna frunció los labios antes de comenzar, ordenando sus ideas para exponerlas adecuadamente.

—Como tú has dicho, te llamas Marí; pero me temo que la pronunciación se entremezcla con la manera en la que se escribe.

—¿Qué quieres decir?

—Eres francesa, *Marie* —habló, pronunciando su nombre en perfecto francés—. El golpe de voz recae en la «i», anulando la «e» como si no existiera. Y digamos que fuera de Francia, la «g» se convierte en una «r» débil. Pasando de pronunciar «*Magui*» a «*Marí*».

—Por tanto si le quito el golpe de voz a la última sílaba...

—¡Ajá! —confirmó Senna, sin que ella acabase su elucubración—. Tu nombre se convierte en otro, lo bastante diferente para que tu cerebro no lo reconozca si lo vuelve a oír.

—Pero ¡no tiene sentido! —objetó Pandora—. Si quisiese olvidar, ¿por qué motivo inventaría una persona con mi nombre?

—Tal vez no quisieses olvidar del todo. Tal vez, tu mente fue dejando pistas

que solo tú pudieras entender, por si necesitabas o querías recordar.

—¡Es una locura! —exclamó Pandora, cerrando los ojos y apretando las sienes con los dedos.

—Eso pensé yo al principio, ahora opino que es, en verdad, brillante. —Le sonrió con cariño—. Tu psique siempre supo que podrías querer retornar, y tiene mucho sentido, Marie. No podemos escondernos de quienes somos eternamente, acaba saliendo a flote.

—¿Me quieres decir que Rosa Mari nunca fue una persona de verdad? ¿He luchado contra quimeras? ¿Alucinaciones? ¿Contra qué?

—Has librado una batalla interna. En todo momento el enemigo has sido tú, tu verdadero yo. A ese que has enterrado en los más profundo de tu ser, porque decías que te hacía débil.

Pandora se levantó repentinamente de su improvisado asiento, dando vueltas por la habitación.

—No. ¡No! —Negaba con la cabeza de manera terca, sin poder controlar sus nervios—. Eso que dices no puede ser. ¡Es mentira! ¡YO NO ESTOY LOCA! —gritó, lanzando el frasco de pastillas contra la pared que tenía Senna a su espalda.

Se arrodilló en el suelo con las manos en la cabeza cuando el dolor la alejó de la realidad, aislando sus sentidos. Se balanceaba de atrás hacia delante como mecanismo de defensa. Las imágenes de los recuerdos estallaron en su mente, abrumándola.

El repartidor le había traído un ramos de flores. Era la primera vez que le regalaban flores, rosas. Había aspirado su perfume con deleite, soñadora. Las flores eran de él. De Dante. La tarjeta así lo decía.

*Porque he mirado por la mirilla de lo prohibido y no quiero que acabe,
porque no soy bueno, tú lo sabes; y aún así, has decidido quedarte.*

Se había sentido dichosa. Ningún hombre le había dedicado jamás semejantes palabras. Era un poeta, de aquellos que no quedaban, de los que escaseaban, de los que ella, Marie, creyó que ya no existían.

Fueron las primeras de muchas rosas, el preludio de los muchos versos y palabras de amor que le dedicaría. Fue como Marie se enamoró de Dante.

Su hogar siempre olía a ellas, a las flores que simbolizaban su amor. Se había convertido ese aroma en el de la felicidad.

Por eso Rosa Mari...

Había escogido ese nombre por las rosas que él le regalaba cada semana. Había transformado el recuerdo de algo precioso en su odio más profundo. ¿Por qué?

Senna estaba a su lado, contemplándola con temor. Marie sonreía con las lágrimas recorriendo su rostro. Lo había recordado. Y dolía, dolía demasiado.

—Él me regalaba rosas, siempre me regalaba rosas. Todo mi piso estaba lleno de sus flores.

Senna la ayudó a levantarse del suelo.

—¿Qué más recuerdas?

Marie no parecía oírla.

—No mucho —dijo no obstante—. De hecho no recuerdo nada más.

—Es un buen comienzo, no te fuerces. No esperaba este progreso en tan poco tiempo —confesó la psiquiatra, alentándola.

Marie se dejó llevar hasta el sofá rojo. Aquel sofá en donde había cogido el arma para disparar a Dante, creyendo que este amaba a otra; y esa otra había sido siempre ella. ¡Oh, Dios! ¿Pero qué había hecho? ¡Ya no podía negar su locura! Solo así conseguía explicarse que hubiera deseado acabar con la vida del hombre al que amaba.

Sin embargo, todo había parecido tan real...

La mujer desangrándose, el disparo, la conversación... Todas aquellas escenas que había creído estar viendo no eran más que recuerdos. Recuerdos de ellos dos, de su vida juntos. ¿La mente podía ser tan poderosa?

Mas había algo que no encajaba; bueno, había muchas cosas, no obstante...

—Yo... —empezó a hablar dubitativa—. No me parezco a ella.

Senna arrugó la nariz, confusa.

—¿A quién?

—A Rosa Mari. —Sostuvo su mirada, preocupada—. Vi una foto en el piso...

—Tú eres Rosa Mari, Marie —reafirmó Senna, visiblemente angustiada por el desvío de la conversación.

—Me refiero —La intentó tranquilizar Pandora— a que no parezco la de antes. Vi una foto con Dante y... Mis ojos, mi pelo, incluso mi fisionomía han cambiado.

La mujer suspiró aliviada, aunque con el peso de muchas revelaciones sobre sus hombros. No quería presionar una mente dañada, pudiendo con ello empeorar su estado.

—¿Eres consciente del tiempo que ha pasado? —preguntó con cuidado.

—Cinco años.

Eso y su verdadero nombre fueron las únicas confidencias que le regaló el subconsciente en la zozobra del sueño.

—¿Sabes dónde estuviste antes de ese tiempo?

—No.

Senna suspiró otra vez. Cómo expresar en palabras el horror por el que había pasado. ¿Cómo iba a hacerle revivir todo aquello de nuevo?

—Parecía muy real... —comunicó Marie de pronto—. Rosa Mari..., yo creí, creí que era real. ¡La detestaba tanto!

—Creo que es hora de que te diga cuál es el mal que te aqueja. Quizá así puedas entender mejor los sucesos de estos últimos meses.

Ella aceptó. Sabía que no se sentiría mejor al ponerle nombre a su locura, pero al menos ahora ya sabía que la padecía.

—Marie, tienes lo que se conoce con el nombre de *trastorno de identidad disociativo*, o *síndrome de personalidad múltiple*.

Rio con amargura al escuchar el diagnóstico. No solo había olvidado quién era, sino que también se había creado varias identidades para protegerse de la realidad. Senna se lo confirmó.

—En nuestras últimas sesiones ya te habías negado a usar tu nombre, haciéndote llamar Victoire o Tori. Al principio no quise darle importancia, pues pensé que era debido al miedo causado por... —Calló su explicación—. Bueno, eso no importa ahora. Empecé a preocuparme al comprender que tú creías realmente que te llamabas así, mas no fue todo. —La miró abatida—. Creaste un álter ego, uno más. Se llamaba Pandora, y ahí supe que serías peligrosa.

Capítulo trece

Desmenuzando el alma

¡Peligrosa!

Esa palabra resonaba en sus tímpanos como un eco lejano aunque constante. Senna acababa de decirlo. La consideraba como tal. Por si ya no fuera suficiente con descubrir que era una desequilibrada mental, a ello tenía que sumar que era una amenaza. Mas lo era, y lo sabía mejor que nadie. Su conducta la había hecho actuar de forma extremista. El todo o nada del que tanto se vanagloriaba, ahora le parecía una atrocidad. No debía olvidar que ese comportamiento debía ser propiciado por algo, o tal vez era un simple deseo de quien no quería creer la clase de ser que yacía en su interior. Porque de ser así, Dante tendría que haber dejado que se extinguiera.

Dante...

Sabía que lo amaba y tenía vagos recuerdos de él. Pero era incapaz de ir más allá, de conseguir el control de su memoria. De lo que estaba segura es de que jamás se perdonaría por lo que le había hecho. Su vida había estado a punto de evaporarse, de desaparecer como el vaho entre la niebla.

Senna la ojeaba prudentemente. No interrumpiría sus profundas reflexiones, mas tampoco quería arriesgarse a que el cerebro entrase de nuevo en colapso, reiniciando su memoria. Marie parecía inmersa en un drama interno. No la culpaba. Después de cinco años, descubría en cuarenta y ocho horas parte de lo que tanto se había afanado por arrinconar. No había que ser un genio para saber que sus pensamientos se centraban en él.

La culpa era suya, tenía que haber estado más pendiente de Marie. Quizá pudiera haber evitado ciertos acontecimientos, tal vez...

—Marie...

Esta levantó la mirada, llorosa, para enfocarla en la menuda mujer. No tenía fuerzas para escuchar nada más, al menos temporalmente; sin embargo, Senna parecía decidida a continuar.

—Lo que te ha pasado... Bueno, podría haberle sucedido a cualquiera. No

todos asimilamos los traumas de la misma manera, y el cerebro es demasiado complejo —hablaba, mirando sus manos entrelazadas—. En tu caso, has dividido tu ser en tres: el *Ello*, el *Yo* y el *Superyó*. Son terminologías bastante conocidas en psicoanálisis; no obstante, tus personalidades han sido definidas con tanta claridad que no ha quedado margen de duda de quién representaba cada una. —Antes de continuar, fijó sus ojos en Marie para estar segura de que esta la escuchaba—. Pandora sería el *Ello*: esa parte primitiva e innata de la personalidad, y en ti una parte reprimida. Representa los impulsos, las necesidades y deseos más básicos. El problema que reside en esta instancia es que opera de acuerdo con el principio del placer, sin conocer las demandas de la realidad y, por tanto, las consecuencias carecen de importancia.

Pandora la había llevado a grandes locuras, pero se había sentido enormemente liberada. No cargaba con ningún peso y había conseguido simplificar su vida en cosas elementales, que no le suponían esfuerzo emocional. Había disfrutado, no lo podía negar, aunque también debía admitir que ser así la había hecho sentirse vacía. Una cáscara, un envoltorio que solo protegía un agujero negro alimentándose de cualquier sentir, para eliminarlo sin dejar rastro.

Había sido diseñada como un escudo, una defensa férrea que la protegería de ataques nefastos. Mas su armadura dejó de ser estática, aprendiendo a batallar. Una buena defensa se basa en un buen ataque, y Pandora nació atacando.

Marie sonrió con añoranza. Intuía de dónde le había venido la idea de aquel nombre.

El recuerdo llegó sin previo aviso.

Las paredes blancas y brillantes de ese lugar la oprimían. Las rejas de la ventana se plasmaban en sombras por las paredes, alargando su presencia carcelaria y volviendo la mísera existencia más gris. Estaba sentada en una silla rígida, con la mirada perdida hacia aquel ventanal.

Un pajarillo se había posado en el alfeizar, moviendo su cabeza y mirando al interior de ese espantoso sitio; al menos a Marie le había parecido así. Sus plumas eran pardas, con motas de un marrón mucho más oscuro que le

gustó. Eran como el color intenso del chocolate. Pero el pájaro no se quedó; la observó y echó a volar, despreocupado por el cautiverio de ella. Deseó con tantas fuerzas ser como aquel pajarillo, poder salir de allí y ser libre, libre como no lo había sido antes. Sin embargo, la enjaulada era ella, su alma.

Su mirada siguió vagando por el transparente cristal, sin ver. Pues, aunque ansiaba espiar el exterior, sus ojos no forzaron la imagen. Ver lo que no se podía tener era sumamente desolador; y por un breve momento quiso ser valiente para atreverse a tomar aquello que deseara, sin importar el desenlace. Porque ya estaba en el peor que se podría encontrar, a pesar de haber sido buena.

Alguien hablaba a sus espaldas. Al principio le había parecido un murmullo de poca relevancia, mas luego comprendió que se trataba de una persona leyendo, contando una historia. No se giró en ningún instante para ver de quién era esa voz, la que narraba un mito. No le importaba, estaba cansada de preocuparse y, aunque seguía con la mirada perdida en la rejilla de la ventana, su mente se centró en el relato.

—Aquella mujer tan curiosa había desatado todos los males del mundo, dejando en el interior, únicamente, la esperanza. —La voz tomó aliento, pese a que ya no parecía estar leyendo—. Pandora, esa bella mujer que trajo consigo el mal para los hombres. Ese bello mal, que poseía dones otorgados por los dioses, había sido creada para ser perfecta, para no ser rechazada... Para ser un arma.

A Marie le gustó la historia, el nombre de su protagonista y el significado que otorgaba. Le hubiera encantado ser como esa mujer. Por eso, desde aquel día, se había repetido lo mismo: «Ojalá fuese como Pandora.»

Y lo fue.

Fue todas esas cosas y más.

No reconoció el sitio de su evocación, y hasta prefería no recordarlo. La sensación, aún persistente, de los rastros que trasladaba la última alusión fue suficiente para no ahondar más en esa vorágine de reminiscencias escupidas.

Senna siguió hablando, ausente a las remembranzas de Marie.

—El Yo serías tú, Marie. Es la parte del razonamiento, el ejecutor de la personalidad. Evoluciona constantemente con la edad, y digamos que es el

intermediario del *Ello* y el *Superyó*; el encargado de equilibrar las demandas de los dos. —Le dedicó una mueca pesarosa—. Me temo que tu Yo trabajó en exceso, relegando sus obligaciones en tus otras identidades. Sin embargo, al no haber intermediario, todo se descompensó. Siempre ha de haber una armonía.

Mas nunca la hubo. Marie jamás se había permitido hacer alguna locura, algún capricho. Nada. Había refrenado cada uno de sus impulsos con mano de hierro, imperando la razón y lo correcto. Con su carencia de arbitraje, había logrado crear una criatura demasiado cínica y otra demasiado abnegada. Parte de sus responsabilidades conllevaban a cierta libertad en sus actos; no obstante, se lo había negado, cargándose solo de imposiciones; y Pandora nació en ese cautiverio.

Podía considerarse un verdadero milagro que no se hubiese vuelto loca antes. Pero algo le decía que eso no era todo, no era causa suficiente.

La psiquiatra continuó su explicación.

—Y por último el *Superyó*, identificado como Victoire o Tori. Por norma general, el *Superyó* representa los pensamientos morales y éticos, aunque tú lo reiniciaste al olvidar «voluntariamente» tu vida. De esta manera, tu *Superyó* no contrarrestaba el papel del *Ello*, que es su función principal. No había moralidad ni ideal del Yo, dos subsistemas de los cuales consta.

Marie empezó a sentir otra vez esa presión en la cabeza, preludio del dolor.

—No lo entiendo. —Entrecerró los ojos cansada.

—Pues que al suprimir a Marie, debías crear otra identidad que compensara el exceso de Pandora. Pero al no haber un núcleo al que aferrarse, tuviste que crear un *Superyó* defectuoso. —La cara de su acompañante mostraba un rictus de desconcierto.

—Por lo que cuentas todos tenemos un *Ello*, un Yo y un *Superyó*. No entiendo qué tiene que ver eso con mi trastorno de identidad.

Senna suspiró agotada.

—A ver si consigo simplificarlo. —Se recostó en el sofá junto a ella—. Esos tres conceptos suelen ser partes de un mismo individuo. Tú los dividiste de tal forma que creaste identidades para cada uno, fuertemente ligadas a estos.

—Entonces, ¿Victoire...?

—No estoy segura de qué motivo te llevó a crearla exactamente. Puede

que...

Sin embargo, Marie se abstraigo en otro recuerdo que la zambulló en el tiempo y el espacio.

Ojeaba las páginas de una revista, sin interés. En ella había imágenes donde salían esculturas y alguna que otra obra de arquitectura con filigranas. En el jardín de una gran mansión pudo ver una fuente, en verdad muy hermosa. Había sido tallada por las manos de un verdadero artista; los motivos marítimos, así como la vegetación, abundaban en ella; consiguiendo un resultado impactante. No parecía seguir unos patrones de medidas concretos, solo el gusto por la belleza. Databa del siglo XVII, aunque se conservaba en un estado bastante decente. Las fotografías de aquel lugar le recordaban a la casa en la que se había criado de pequeña. Un insignificante caserón que poseía más recuerdos del ayer de los que se conseguían crear con cada generación venidera.

Había crecido rodeada de lujos más importantes que las propias personas que los custodiaban; quizá por ello, nunca había sido muy sociable y tampoco había tenido una amiga íntima; excepto Victoire, su amiga imaginaria, que la acompañó hasta la tardía edad de los once años.

El nombre de aquella fuente, la de la revista, era Victoria.

Sonrió por las locas coincidencias de la vida. Le hubiera gustado llamarse así, como aquella fuente y como su inexistente mejor amiga; por otra parte, su apellido era Fontaine y el nombre de Victoria parecía completar un ciclo inconcluso; el nombre de alguien irreal, para una persona que quería dejar de existir. Otro escudo más en el que cobijarse. Porque como Victoria nada podría salir mal. Aquel sobrenombre le otorgaría el poder y el triunfo que precisaba. Su ficticia compañera era así, afortunada. Nada le salía mal y siempre que se proponía algo lo conseguía. Ciertamente era que todo había sido producto de su mente infantil, pues aquella niña nunca había existido, pero la había admirado como si lo fuera.

Respiró hondo, intentando controlar la migraña que ya se había apoderado de ella.

Así que ese había sido el motivo de aquel alias. Quería sentirse poderosa. ¡Qué estupidez! Al final, ese apelativo solo había enmascarado a una persona que parecía real, mas no lo era, de cara a los demás. Victoire resultó ser una careta para Pandora. Cuando todo iba bien y la quietud invadía su ser, podía ser alguien normal. De ese modo, como Victoire, había conseguido su trabajo, la nueva vivienda y poco más. O tal vez mucho más, ya que había logrado una vida; una existencia sin perturbaciones que la hizo liberar otras partes de sí, que habían sido encadenadas desde mucho tiempo atrás.

Cierto era que no le había ido mal, pero dudaba que tuviera que ver con el nombre, sino más bien con la confianza que proyectaba por percibirse así.

—Me gustaba el simbolismo de la palabra —reveló a medias.

Senna giró la cabeza, estupefacta.

—¿Has recordado más cosas?

Marie asintió.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó alegre la otra mujer.

—No tanto. Este dolor de cabeza acabará conmigo.

—Me temo que has de sobrellevarlo lo mejor que puedas. Mientras sigas recordando, persistirá.

Gimió al oír aquello. No creía aguantar mucho más así.

—¿Por qué Victoire era defectuosa? —Quiso saber.

—Era una ficción.

—Todas lo eran —señaló Marie, a pesar de que sabía que esa personalidad había sido más ficticia que ninguna de las otras.

—Todas tenían algo antiguo de ti, pero esta no. Esta solo era un relleno necesario.

—¿Necesario? ¿No eran todas necesarias?

—Sí y no. —Senna restregó los ojos, molida por tanta instrucción—. Me temo que tienes una mente condenadamente inteligente que hace que entenderla no sea tan fácil como parece.

—Quiero respuestas —hostigó Marie, esperando sacar algo más en claro.

—Victoire era necesaria para tapar otra parte de tu vida; sin embargo, no te representaba en nada más.

Se quedó decepcionada al tener esa contestación tan escueta y poco acertada. Sabía que Senna se equivocaba por completo en esa afirmación; no obstante, no tenía intención de sacarla de su error ni de explicarle toda la verdad, ya que comenzaba a entenderse a sí misma y el dolor persistente era ahora intolerable.

Se levantó del sofá para ir al baño, necesitaba refrescarse. Encendió la luz, pero esta se le hizo insoportable y tuvo que apagarla otra vez, así que prendió unas velas que tenía en una esquina de la ducha, con el encendedor que cogió del mueble del lavabo.

Los ojos le picaban y escocían a partes iguales. Se los lavó debajo del chorro de agua fría que salía del grifo del lavabo, y entonces notó algo raro en ellos. Se acercó al espejo y miró con la escasa luz de las velas; algo se le desprendía de uno. Llevando el dedo índice de la mano derecha a su globo ocular, lo posó sobre aquella cosa transparente que le molestaba tanto. Se le adhirió a la yema del dedo con facilidad, librando a su ojo de aquel elemento extraño.

Era una lentilla. La estiró con cuidado, viendo que la zona del iris era castaña. Volvió la mirada al espejo, no sin dificultad, ya que notaba la visión borrosa en esa pupila. Tuvo que aproximarse hasta que la nariz casi chocó contra el cristal, para cerciorarse de la imagen devuelta.

Su iris era más claro que el otro. Era como el follaje de los árboles en otoño... Minúsculas motas verdes, amarillas, naranjas y, en menor medida, de color borgoña; tapizando el marrón subyacente.

Se apresuró a repetir la acción, en esta ocasión con su análogo izquierdo, imaginando que habría una lentilla en él también. En efecto, tenía los ojos mucho más claros y también mucho más miopes. No veía bien sin las lentillas, que al parecer estaban graduadas. Pero la pregunta ahora era: ¿Cómo es que no recordaba que las llevaba? ¿Y cuándo se las había puesto?

El aguijonazo de dolor en su cerebro hacía acto de presencia por sus nuevas preguntas y su intento por forzar la memoria.

Ahora que se contemplaba mejor, sí que se parecía a la mujer de la foto con Dante. Aunque seguía habiendo cambios importantes. El pelo, el cual se habría teñido seguramente y ya no lo recordaba. Su cuerpo más tonificado que entonces, remarcando cada curva insinuante. Su cara también había cambiado, los rasgos eran más ovalados y no tan redondos, más duros; no obstante, no le restaban belleza. Había madurado y, a pesar de tener una

lucha interna de identidades, también había aprendido. Quizá no como debiera; mas la vida no era perfecta, y la suya menos.

Vislumbró esa mirada en el espejo, esa que le indicaba una idea perversa que llevar a cabo. Pandora no parecía estar dispuesta a abandonarla con tanta facilidad, y Marie decidió no resistirse a ella; no al menos a esa elucubración que no desaprobaba.

Se fue desnudando ante el espejo. Primero se quitó la blusa, desabrochando uno por uno cada botón con lentitud, solazándose en su propia provocación.

La abertura de la camisa profundizaba un escote lujurioso y lleno, hasta separar las dos mitades de la tela. Marie hizo un minucioso escrutinio de su figura, sin todavía quitarse la prenda. Pronto la desechó al suelo. Dejó a la vista un sujetador blanco de encaje. Lo desabrochó liberando sus pechos oprimidos y descubriendo sus pezones rosados, ya duros.

Se gustaba. Era hermosa, con una mirada mortífera que la completaba.

Deslizó la mano entre sus senos, palpándolos y masajeándolos, torturando las puntas con caricias. Sonrió complaciente y tímida a la vez; una mezcla entre dos de los seres que convivían en ella y que ahora se daban una tregua por un fin común.

Quería fustigarse físicamente, suscitando el placer; suscitando mucho placer. Siguió manoseando su cuerpo de manera rijosa, provocándose con el reflejo de sí misma ante el espejo, deseando paliar aquel dolor en el deleite de sus manos. Las mejillas estaban sonrojadas por el calor que ya manaba de su cuerpo, preparado para el goce. Algo que sí recordaba y le encantaba.

Se quitó los pantalones con urgencia, notando el flujo interno empapando las bragas. No le llevó mucho desnudarse del todo, llegando a retirarse las prendas con tirones bruscos y desesperados.

Rebuscó en el mueble del lavabo un artículo que le sería útil en esa ocasión. Se divertía variando en sus juegos sexuales, aunque fuese con ella misma. Encontró su consolador, de un rosa fosforito, en la esquina.

Entró en la ducha, sentándose en su hueco favorito. Abrió las piernas y separó los íntimos pliegues con suaves masajes de los dedos, ocasionándose pequeñas sacudidas de puro deleite. Apretó el botón de su dildo, que empezó a temblar, e introdujo la punta en el sexo húmedo, cayendo una gota en el aparato, antes de penetrarse con él.

Su gemido de placer resonó por las paredes del cuarto de baño.

Capítulo catorce

Uniones rotas

Otra pesadilla más. Ya era la sexta de esa semana. Lo peor, no acordarse de ellas; además de la constante adhesión de congoja que no la abandonaba a lo largo del día.

Senna le había cambiado la medicación, recetándole una completamente diferente. Parte del tratamiento eran analgésicos que, ya había comprobado, no le servían para nada. La demás prescripción se ocupaba de controlar posibles ataques de pánico; sin embargo, Marie no confiaba en que eso fuera cierto. No se las había tomado, a pesar de que Senna le había repetido lo importante que resultaba que lo hiciera. A la psiquiatra, no obstante, le había dicho que sí en todo momento. Estaba convencida de que las pastillas eran para hacer desaparecer a Pandora, y, por alguna extraña razón, se negaba a deshacerse de esa parte. La necesitaba.

Todavía no había amanecido. La noche era gélida en exceso, haciendo que cambiara sus provocativos y sexys camisones por un pijama térmico de dos piezas, blanco y aburrido. Ahora siempre tenía mucho frío; un frío nacido de su interior, que manaba de ella.

Sus gustos en cuanto a moda habían cambiado y estaba segura de que no volvería a los de antes. Y no solo a moda, su vivienda actual era todo lo opuesto a la anterior. Todo eso había sido gracias a Pandora, su parte atrevida, la parte que le cubría la espalda; aunque también esa misma parte había sido radical en sus métodos. Y aun con todo eso, sabía que desecharla sería un grave error.

Se pasó la mano por los cabellos, echándolos hacia atrás. Estaba de cara a las grandes ventanas de estilo victoriano de su habitación, que abarcaban desde el techo al suelo. Abrió las puertas, situadas justo en el centro y camufladas entre el resto de la cristalera; estas daban al jardín exterior. La cama con dosel, a su derecha, se encontraba completamente desordenada en un amasijo de mantas y sábanas, debido a las vueltas que había dado en su

agitado sueño.

El aire entró en la estancia, invadiendo con un aroma a savia el interior. Era refrescante y dulzón, y arrancaba ese bochorno viciado de allí.

Marie caminaba descalza por toda la casa, en penumbras. Le había costado limpiar los restos de sangre del suelo y las paredes; no precisamente por lo adherida que estuviera, sino por saber de lo que aún sería capaz.

Siempre se había sentido a gusto en su domicilio, a pesar de haber vivido sola todo ese tiempo. No le había hecho falta nadie, o eso había creído. Ahora se sentía terriblemente sola. Añoraba a Dante. En el último mes habían casi convivido juntos, y su presencia se le antojaba necesaria. Ni siquiera había tenido el valor para ir a visitarlo al hospital, sintiéndose peor a cada día que pasaba. Se avergonzaba demasiado por lo que había hecho; pero deseaba verlo, aunque este le echara en cara lo desquiciada que estaba. Y tendría todo el derecho. A fin de cuentas, ella debería estar entre rejas, en una celda por el crimen cometido.

Cómo se podía mirar a la persona que amas a la cara y decirle: *Siento haber intentado matarte*. ¡Desde luego resultaba impensable!

Quería resarcirlo, tal vez empezar de nuevo. Pero ¿tenía derecho a pedirlo? Ciertamente era que no perdía nada por intentarlo.

En cuanto amaneció, se vistió y cogió el coche para dirigirse al hospital.

Ya había renovado sus lentillas dos días atrás por unas transparentes, dejando su color natural de ojos a la vista. Después de estar a base de colirios por culpa de haber llevado las otras más tiempo de lo normal y chocarse con las esquinas de cada mueble, había decidido sustituirlas. En la óptica le habían aconsejado unas gafas, en caso de que las lentes de contacto se le extraviaran o sufrieran alguna deformación, aparte de recomendarle que debería curar primero aquella irritación. Se negó rotundamente, las había utilizado en el pasado y parecía una pardilla. Estuvo unos días sin coger el coche por causa de su miopía y por el orgullo de no comprarse unas gafas de nuevo. Ahora, pese a que sentía los ojos con algo de escozor, usaba las lentillas para poder ver la carretera. Odiaba los taxis y demás medios de transporte público, la hacían sentirse inferior; motivo por el cual tampoco había visitado a Dante. Aunque en el fondo sabía que era una excusa más para evitar el enfrentamiento. Puede que, después de todo, la Pandora que habitaba en ella se estuviese debilitando si eludía una disputa.

Subió a su vehículo. Una vez dentro, recordó, sin pretenderlo, el día que había manchado el tapizado del coche, y él le había dado aquellos pañuelos de papel. Sonrió sin ser consciente, hasta que se vio en el espejo retrovisor. Le había hablado tan mal, había sido tan borde...

Tenía tantísimas preguntas que hacerle...

Se incorporó a la carretera y condujo rebasando los límites de velocidad, algo normal en ella. ¿Para qué respetarlos si conocía a la perfección esas vías?

Le quedaban unos diez minutos para llegar cuando fue sorprendida con un flash. Como en ocasiones anteriores, la cabeza parecía estar a punto de reventar por el insoportable dolor, nublando a su vez la visión y perdiendo la perspectiva de la carretera.

Estaba en uno de esos pubs tan de moda. Había quedado con él. Después de que unos días atrás se personara, calado hasta los huesos, frente a su edificio, Marie comprendió que aquel hombre estaba dispuesto a no dejar en el baúl de bellos recuerdos su primer encuentro.

Habían compartido anécdotas y risas, aparte de la deliciosa cena. Ella le había dado una toalla para que se secase el pelo mojado y se había ofrecido a meter en la secadora su ropa empapada. Dante había aceptado a regañadientes, pero pronto dejaron todo aquello de lado, para entregarse de nuevo el uno al otro.

Esa ocasión fue diferente de la primera. No habían tenido prisa, se habían amado más que poseído. La cena quedó olvidada en los platos, al igual que la secadora y su luz parpadeante, indicando el final de su hacer.

La noche no había sido suficiente, así que habían tomado parte de la mañana para seguir. Perdieron la noción del tiempo; sin embargo, no les importó porque estaban donde querían estar.

En los días siguientes, se llamaban con cualquier excusa, postergando el momento de colgar. Dante había decidido que se volvieran a ver en persona, y aquel club fue el elegido.

Marie estaba en la barra, esperando a que apareciera. Se había adelantado, como de costumbre, y le había tocado esperar. El ambiente en el local estaba

muy animado; sin embargo, se sentía como pez fuera del agua. Ese entorno no estaba creado para alguien que adoraba la tranquilidad de la manera que lo hacía ella.

Notó una mano en su espalda y al girarse lo vio. No pudo contener esa sonrisa que le asomaba a los labios al distinguirlo. Lo había besado en la mejilla con ilusión, aunque igualmente con timidez; era algo que no podía evitar. Contemplarlo siempre la emocionaba, porque era por ella por quien estaba allí. Desde la mirada oscura y profunda, pasando por esa nariz griega, los labios finos que tan bien besaban, el cuerpo fibroso que había estudiado a conciencia..., no había nada que a Marie no le gustara de él. Y no solo su físico, sino también su intelecto. Ese hombre demostraba estar versado en muchas materias, y no podía más que admirarlo por ello. Dante le atraía en más de un sentido.

Pasaron el resto de la noche hablando de temas sin importancia y tonteando en exceso. Él era un maestro de la seducción, y ella torpe y fácil de seducir. Las tentativas de besos habían estado presentes durante las horas que permanecieron en el local, mas ninguna había culminado. Dante buscaba una agonía que los envolviera a ambos y que no los dejara ser libres.

Se habían marchado sobre las tres y media de la mañana. La fiesta permanecía en el garito mientras ellos ansiaban festejar la unión de sus cuerpos una vez más.

Las ráfagas de luz de un camión que venía de frente la hicieron salir de su estupor. Dio un giro brusco a la dirección que la llevó directa a un muro de piedra. El impacto la hizo chocar contra el volante, del cual el airbag no apareció. El golpe la había desorientado por completo. El interior del automóvil empezó a llenarse de humo, dificultando su respiración. No podía moverse porque uno de los hierros del coche le tenía aprisionada una de las piernas, y tampoco atesoraba fuerzas. Notaba manar de su nariz la sangre y veía las manos, contra su cara, llenas de cortes y con pedacitos de cristales clavados del retrovisor central, que había saltado de su emplazamiento, esparciendo los fragmentos del espejo. El parabrisas estaba resquebrajado, pero aún se mantenía en el sitio precariamente.

Siguió con la cabeza apoyada en el volante, sin hacer el vano intento por

salir de esa prisión. Solo distinguía humo y luces naranjas parpadeando. Antes de cerrar los ojos por completo y sumirse en la oscuridad, oyó el lamento distorsionado de un grito.

Aquel día Dante la había sorprendido, yendo a buscarla al trabajo. Después de que ese diablillo le hubiera mostrado el dibujo del anillo de compromiso, se había topado con la mirada risueña de él en la puerta del aula. Por suerte, una de sus compañera de profesión le hizo el favor de ocuparse de su clase mientras ellos se perdían por los pasillos del centro.

Ya llevaban seis meses juntos desde que se habían conocido en aquel ascensor. No era una historia de amor idílica y hasta puede que no fuera una digna de contar a sus hijos, si es que los tenían algún día; no obstante, para Marie era perfecta.

Se habían amado de todas las maneras existentes, de maneras únicas, y hasta habían inventado algunas nuevas porque percibían que los estándares no eran suficientes para ellos y querían ir más allá. Pero Marie se sentía cada día más mortificada; tenía algo en ella queriendo salir, mas no se decidía a dejarlo huir, libre de su amparo.

Los pasos de sus caminares eran lo único que resonaba por aquellos pasillos. El silencio se había instaurado entre los dos, dejando una pared invisible en medio de ambos amantes. Marie notaba la mirada fugaz de Dante, escrutándola. Quizá lo estaba preocupando sin necesidad; sin embargo, para ella era importante.

Los brazos fuertes de él la elevaron y la llevaron consigo en un abrazo, arrastrándola a uno de los baños de los infantes. Marie emitió un gritito por la sorpresa, aunque enseguida comenzó a reírse sin parar. Era lo que le provocaba estar con Dante, risas y más risas. La hacía feliz, y él debía saberlo.

La besó con ganas, con deseo, pero también con ternura. Las manos de Marie se posaron sobre sus hombros y fueron bajando, retirando el borde de la camisa del interior de los pantalones. No era algo premeditado, ni consciente, solo era ella demostrando lo mucho que lo necesitaba. El beso se torno urgente y sensual, al igual que las maneras de aquel encuentro. La poseyó como un náufrago divisando tierra, porque ella era su firmeza, su anhelo más profundo; y Marie lo sabía.

El acto carnal se desperdigó en jadeos y gemidos indecorosos, culminando en un éxtasis apasionado. Se separaron, no demasiado, con las respiraciones agitadas, divertidos por sus impertinentes necesidades, que los arrollaban a la demencia.

Se abrazaron y besaron, riéndose todavía. Dante se acercó a su oído, susurrando:

—Ma belle Marie, tu es l'abri de mon fou coeur, celui qui t'a choisi. —Lo miró, esbozando una sonrisa deslumbrante—. Je t'aime^{IV}...

Ya apenas escuchó más de lo que él le estaba declarando, con las lágrimas a punto de rebasarla.

—Yo también te amo, Dante. —Por fin lo había dicho.

La miró perplejo; puede que estuviese esperando por aquella declaración desde hacía tiempo, pero jamás la presionó. Se envolvieron en un nuevo abrazo, siendo interrumpidos por un ruido. Miraron hacia la ventana que tenían a su vera y que daba al exterior. Allí descubrieron a un hombre vestido de negro, alejándose. Seguramente los había espiado durante su magreo impúdico. Marie se cubrió mejor con el vestido, tapando sus zonas femeninas. Dante salió del baño, con la ira pintada en su cara, en pos del pervertido voyeur.

No había dado al final con él. A Marie, en cambio, se le habían erizado los vellos de la nuca por causa de aquel extraño.

Abrió los ojos con esfuerzo. Había gente a su alrededor, pero no conseguía enfocar bien la vista; solo atisbaba manchas a las que oía como si fuesen chirridos. Tenía una mascarilla en la cara, surtiendo oxígeno a sus pulmones. Poco a poco fue identificando el grito que había oído antes como la sirena de la ambulancia en la que iba.

A su alrededor estaban una mujer y dos hombres hablándole atropelladamente, no comprendía lo que le decían. Se sentía demasiado cansada y le dolía mucho la cabeza, solo quería que todo acabase cuanto antes. Dejó caer sus párpados, alejándose de las imágenes y de los ruidos desagradables, abandonándose a los nefastos recuerdos.

Hacía varios días que no veía a Dante. Sus conversaciones se habían vuelto escuetas y vacías. Marie había intentado alejar los malos pensamientos, que eran como un virus, de sí. Sabía que Dante tenía un puesto importante en su empresa y posiblemente el trabajo lo tuviese agobiado. Ella no quería ser un motivo más, así que, en contra de lo que en verdad quería, le dio espacio.

Estaba inmersa en la decoración de su nuevo hogar. Lo siguiente que pondría serían unas cortinas en las ventanas del salón. Siempre había apreciado las vistas que se le ofrecían hacia el parque de enfrente y a un gran afluyente marítimo; sin embargo, necesitaba conferir a su hogar de algo de privacidad con el exterior. Sus mejores momentos con Dante habían sido en esa habitación: las confidencias, los bailes, las cenas, los preludios del amor... Lo echaba de menos, demasiado, mas siguió con sus quehaceres, ignorando la tristeza que pretendía instalarse en su interior.

Puso una banqueta algo coja junto a la ventana y se subió a ella para instalar las cortinas en la barra incrustada, en lo alto de la pared. Su soporte se tambaleaba cada vez que se movía de puntillas sobre él, intentando alcanzar mejor el cilindro. Ya había acabado de colocar el cortinaje cuando su apoyo le falló, haciendo que se cayera de espaldas. Cerró los ojos, esperando el encontronazo contra el suelo y el daño al caer; no obstante, lo que sintió fue a alguien sosteniéndola, protegiéndola de la caída.

Guiñó un ojo insegura, descubriendo esa mirada vivaracha que la observaba feliz mientras sus brazos la cargaban. Marie le sonrió y se abrazó a él con mimo.

—Dante, ¡estás aquí!

—Justo a tiempo para rescatar a mi damisela en apuros. —Cambió su expresión guasona por una severa—. ¡Casi te partes la crisma! ¿Cómo se te ha ocurrido subir a ese trasto inestable sin supervisión?

Marie puso cara inocente, asomando una sonrisa tímida.

—Es que tú no estabas —dijo a modo de disculpa.

Dante suspiró, posándola con cuidado en el suelo y separándose unos pasos de ella.

—¡Que sea la última vez!

Ella asintió, dichosa de verlo allí. Todos los temores se disiparon al sentir su

actitud cariñosa de siempre; nada más que había sido una mala época.

Dante sacó de detrás de la espalda de ella un ramo de rosas rojas que le entregó con una sonrisa radiante. Marie las contempló embelesada. No había advertido el ramo oculto en todo ese tiempo. Seguían provocándole la misma sensación de alegría que la primera vez que las recibió; aquel aroma siempre sería sinónimo de felicidad.

El ramo era más voluminoso, o eso le parecía a ella, que los otros que había recibido. Hasta juraría que las rosas eran más hermosas que nunca. Tan absorta estaba en el análisis de las flores que no se percató de cuándo él hincó una rodilla en el suelo, con una caja de terciopelo azul oscura abierta, mostrando un anillo dorado que incluía un pequeño diamante en el centro.

—¡Mi querida Marí, *mon amour!* ¿Me harías el grandísimo honor de casarte conmigo?

Sus ojos se desorbitaron, consternada como se encontraba. Dejó caer el espléndido ramo al suelo, corriendo a abalanzarse sobre Dante. Este la recibió, tambaleándose precariamente por la incómoda postura.

—¡Claro que quiero! ¡Sí, sí, sí, sí y mil veces sí! —pronunció de manera atropellada, llenándolo de besos por todo el rostro.

Dante quitó el anillo de compromiso del estuche y se lo colocó a una temblorosa Marie en el dedo anular de la mano derecha.

Ella miraba la sortija sin acabar de creérselo. ¡Estaban prometidos!

Capítulo quince

Suspiro en la existencia

Marie soñaba en la cama del hospital. Soñaba con una vida remota en la que todavía no existían los traumas; donde la pesadilla era un mala utopía, no la vida misma. Estaba anclada en las fotografías de su memoria, evocaciones que en la consciencia la afligían, dejando sus emociones saqueadas.

No era consciente de la realidad; su vida pendía de una máquina, cuyo pitido regular indicaba su permanencia en esta. Los médicos no habían sido muy halagüeños en su recuperación, argumentando que las próximas horas serían claves. Todo dependía de un milagro, para arrancarla del profundo coma en el que estaba sumergida.

Dante y Senna estaban con ella en la habitación, atentos a cualquier cambio en su estado. Habían avisado a Senna del terrible accidente. Cuando llegó, se había encontrado con un equipo médico reanimándola, porque había entrado en parada cardíaca. Por fortuna, consiguieron estabilizarla y salvarle la vida, pero ahora la incertidumbre era una condena desconocida.

Avisar a Dante no fue mucho mejor que presenciar aquella escena. Había actuado movido por el más absoluto pánico de quien está a punto de perderlo todo. Las enfermeras le habían tenido que inyectar un tranquilizante, y no fue hasta horas después que pudo ir a verla.

Senna los contemplaba desde el otro extremo de la habitación. Dante estaba sentado en una silla junto a la cama de la mujer inconsciente. Aferraba la mano inerte de ella mientras derramaba todo su sufrimiento en lágrimas. Marie seguía inmóvil, como si simplemente durmiera y no estuviera luchando por su supervivencia.

Los conocía a ambos desde hacía años y se negaba a creer que aquella historia de lucha tuviera un destino trágico. Habían pasado por demasiado. Sencillamente no podía ser. Marie tenía que ponerse bien. Dante la había estado esperando durante muchos años, para perderla ahora de esa forma; y ella por fin parecía volver a existir.

No estaba permitido encariñarse con los pacientes porque suponía perder la perspectiva, y ellos necesitaban objetividad para su plena recuperación. Pero a Senna le había resultado imposible no implicarse con la historia de Marie y Dante. Puede que porque todavía acababa de salir de la facultad, o bien porque era su primer caso a tratar. Fuese por el motivo que fuese, Senna había sido más una amiga para Marie que la psiquiatra y profesional que debiera. Ahora se reprendía por ello; quizá si hubiese obedecido las normas, les hubiera evitado tanto padecimiento...

No. Marie tenía que sobrevivir; en especial, después de aquel infierno por el que tuvo que pasar, llevándola a destruir todo lo que había forjado. La vida debía ser justa con ella y darle otra oportunidad. Porque si alguien se lo merecía, era esa mujer.

Dante se incorporó sobre Marie, besándola en la frente y susurrándole al oído:

—Vamos, preciosa... ¡Quédate conmigo!

Llevaba días encontrándose mal. Un incesante mareo la acompañaba y, como consecuencia, ya le había provocado un leve desmayo en las horas de trabajo. No le había dicho nada a Dante, no queriendo preocuparlo hasta estar segura de qué mal la aquejaba; aunque lo cierto era que se hallaba intranquila.

Esa mañana se había levantado con la misma indisposición para ir a por los resultados de las pruebas médicas, que se había realizado la semana anterior. Estaba asustada.

En la clínica, el doctor la había recibido sonriente mientras miraba los papeles de su informe médico. Aquella pequeña espera le había puesto los nervios de punta. Tras estudiar con detenimiento lo que fuera que allí ponía, el hombre de mediana edad y pelo canoso levantó la mirada de los papeles, dedicándole una mueca que no supo identificar.

Su corazón le había martilleado en el pecho como un colibrí hiperactivo, esperando a que el doctor desembuchara. Este le había sonreído afable, relajando un poco su tensión hasta que se dignó en dar el veredicto.

—Señorita Fontaine, las pruebas no dejan lugar a dudas. Se encuentra en estado de buena esperanza. —La cara de Marie le obligó a ser más específico

—. Está usted embarazada.

¡Embarazada!

Sentía tantas cosas en su interior que no sabía cuál de todas ellas era la que resaltaba por encima de las demás.

No se lo había esperado. En verdad, su periodo nunca había sido muy regular y, por tanto, no le había dado mucha importancia al retraso de aquel mes.

En el camino de vuelta a casa, había estado con la mente en las nubes, imaginando cómo cambiaría su vida ahora que tenía otra gestándose dentro de ella. Se le hacía raro pensarlo, pero no podía ser más feliz. Ella, que siempre había querido formar una familia, estaba en camino de conseguirlo. ¡Sería madre!

Una vez regresó al piso, se afanó en preparar una deliciosa comida para cuando llegase Dante. Era un motivo de celebración, y además quería darle una sorpresa. Sabía que él la había notado rara en esos últimos días; sin embargo, no la había atosigado a preguntas, colmándola de atenciones a cambio. Aquella también era la manera de Marie de darle las gracias.

El ruido de la llave en la cerradura de la puerta la avisó de su llegada. Encendió con una cerilla las dos velas que había dispuesto en la mesa, extinguiendo la llama del fósforo de su mano, con una sacudida. Dante asomó la cabeza con el ceño fruncido, en una mueca de consternación.

—¿Acaso esperabas a alguien?

Marie rio; su voz cantarina llena de júbilo. Agarró el rostro de él con ambas manos y lo besó con dulzura.

—¡Qué bobo eres! —dijo cogiendo su mano y llevándolo hasta la mesa del comedor.

—¿Es que celebramos algo? —expresó su interrogante, sentándose a la mesa.

—¿Necesito un motivo para tenerte contento? —rebatía ella sin parar de reír.

Dante la atrapó por la cintura, acomodándola encima de él. La observó de manera fija y suspicaz, entrecerrando los ojos. La conocía demasiado bien para que aquello le sirviese de excusa.

—¡Dispara!

Marie desvió la mirada algo molesta, por no ser más hábil a la hora de prolongar el momento y darle así la gran noticia. Él le arañó el lóbulo de la oreja con los dientes, haciéndole cosquillas. Siguió besando su cuello hasta los hombros, descansando allí los labios y contemplándola, insistente.

Ella ensanchó la sonrisa, siendo incapaz de resistirse a aquellos ojos tan intensos. Rodeó el cuello de aquel indecoroso hombre y reveló el secreto.

—Me complace anunciarle, mi amado Dante Verne, que será padre en los próximos meses.

Dante se levantó de repente, arrastrándola con él en su repentina acción. Marie miraba preocupada el semblante pálido de su prometido, intentando adivinar qué pensaba. Sin previo aviso, la cogió en volandas y se puso a dar vueltas con ella por la estancia.

—¡Voy a ser padre! —exclamó lleno de júbilo—. ¡Vamos a ser padres!

La contempló como a un tesoro oculto a los ojos ciegos, que no veían las maravillas que estaban presentes.

La felicidad era omnipresente.

Aquel mismo día a la tarde fueron a la pequeña capilla, situada en el otro extremo del parque, que se veía desde el salón de la vivienda.

Marie lucía un vestido de confección sencilla, largo y suelto desde la cintura a los pies. Tenía pequeños detalles bordados en las mangas y en la espalda, consiguiendo del diseño sencillo una gracia singular. Lo había comprado en un mercadillo y, aunque nunca se lo había puesto, no esperaba que fuese con el que se casaría. Como peinado, su pelo caía suelto en ondas suaves, adornado con una corona de flores y cintas.

Dante llevaba una camisa negra, con una fina corbata, y unos pantalones a juego del mismo color. A Marie le parecía el novio más guapo que sus ojos hubieran visto jamás.

Se habían casado en la privacidad de aquella ermita, con un sacerdote demasiado mayor que no había tenido reparo alguno en bendecir su unión, a pesar de las prisas. ¡Y qué mejor día para ser declarados marido y mujer!

No habían llegado a fijar la fecha de su boda, así que, que la decisión fuese espontánea no había sido de extrañar. En toda su relación nada había sido planeado, ni siquiera su hijo. ¿Por qué debería serlo la boda?

Llegaron a su hogar embriagados de felicidad. La vida era perfecta, y ellos

lo tenían todo.

Esa noche se amaron igual que la segunda vez, estirando el tiempo en su beneficio y olvidando las impacencias. Pues ya eran Marie y Dante Verne.

Marie movió su boca, emitiendo un ligero susurro. Dante miró a Senna, y esta salió en busca de un médico. Parecía inquieta por algo, los ojos se movían intranquilos debajo de sus párpados. Él la observaba impotente, sin saber qué hacer por ayudarla. El sufrimiento de la mujer era palpable en el rictus de su cara; sin embargo, seguía sin despertar, atrapada en el subconsciente.

Senna apareció de nuevo con el médico. Este comprobó en un rápido vistazo las señales de la máquina, que sostenía a la paciente en el mundo terrenal mientras que, con la luz de una pequeña linterna, examinaba las pupilas de la mujer todavía inconsciente. Otra vez, Marie volvía a estar impertérrita en su inercia.

El doctor los miró a ambos, negando con la cabeza.

—A veces ocurre esto; el enfermo parece dar señales, pero vuelve a recaer en el aletargamiento. Han de tener paciencia.

El galeno abandonó la habitación entretanto el abatimiento los inundaba. Dante y Senna dejaron sus miradas perdidas en el suelo, sin atreverse a ver en los ojos del otro los posibles desenlaces. Si Marie no despertaba, Senna tendría que ser testigo de una muerte en vida aparte de la de su amiga.

Estaba sentada en el suelo. Todo a su alrededor era blanco: las paredes, el suelo, el techo, la puerta y esas odiosas luces fluorescentes. Las paredes estaban acolchadas para evitar que pudiera hacerse daño, al igual que el suelo. Era como andar en un plástico de burbujas, y aunque estaba encerrada sin poder salir, le gustaba la esponjosidad del lugar.

No llevaba camisa de fuerza, al parecer ya no se utilizaba tanto como la creencia popular pensaba. En cambio, le habían inyectado calmantes que la mantenían en un estado sedado. Sabía que estaba en una cama dentro de aquella habitación, pero le costaba enfocar su visión borrosa. La habían

despojado de las gafas que usaba para ver, y se sentía desvalida sin ellas.

Quería hablar, mas solo emitía murmullos incoherentes al tiempo que la baba caía de la comisura de sus labios, en una mueca psicótica. No tenía fuerzas para levantarse, tan drogada de narcóticos como se hallaba. La habían abandonado allí, hacía horas o días, o puede que incluso meses. Había perdido la noción del tiempo.

Sentía la cara húmeda, llena de los rastros de sus lágrimas, que no habían parado de escurrirse por sus ojos. Lloraba silenciosamente porque no tenía fuerzas para emitir un mísero llanto, no tenía fuerzas para levantarse, no tenía fuerzas ni siquiera para pensar. Nadie estaba allí para consolarla, para abrazarla y decirle que todo saldría bien; aunque sabía que ya era demasiado tarde para eso. Era demasiado tarde para todo.

La habían confinado ahí, después de que atacara a un hombre con unas tijeras de mano en una tienda. La policía la trató como a una demente cuando les había contado que la había estado persiguiendo por las tiendas de los grandes almacenes. El hombre había resultado ser el encargado de seguridad del centro comercial.

Marie lo había vislumbrado, observándola en el momento que ella ojeaba unas prendas de temporada. Había cambiado de tienda temerosa, con aquel hombre siguiendo sus pasos. Tras repetir la misma acción tres veces más, se escondió detrás de un maniquí, agarrando las tijeras de costura que llevaba en el bolso y clavándoselas en un hombro al individuo, cuando lo tuvo de espaldas a ella. Algunas personas que estaban en el establecimiento gritaron al ver a la mujer atacando al pobre señor, contemplándola horrorizados. Llamaron a la policía; no obstante, nadie se compadeció de ella. Todos la veían como a la culpable, y ella dejó de querer habitar en un mundo, en el que las apariencias imperaban ante las razones ocultas.

Le habían realizado un exhaustivo examen psicológico, dando este como consecuencia el diagnóstico resultante: brote psicótico. Después la encarcelaron entre esas cuatro paredes, en las que la nada era su única compañía. Porque estaba sola. Siempre sola.

Cuando la puerta dejó de ser una posibilidad hacia la libertad y se convirtió en una pared más, se abrió. Una mujer menuda y llena de color, en contraste con la tonalidad monocromática que había invadido su entorno, atravesó el cuarto hasta sentarse junto a ella en la cama. Marie estaba tumbada en forma de ovillo, con la mirada perdida; aun así captó la sonrisa amable de la fémina

que la acompañaba.

—¡Hola, Marie! Me llamo Senna y estoy aquí para ayudarte.

La había ojeado de refilón, sin entusiasmo en su gesto.

¿Ayudarla?

Esas palabras le habían parecido muy estudiadas y muy falsas, carentes de emoción. Aquella mujer, Senna, no podría «ayudarla», porque no le importaba. A nadie le importaba, y a ella los demás tampoco.

No había hablado con la pequeña terapeuta de ojos grandes, que se había esforzado por mantener una conversación que acabó siendo un monólogo.

Los días fueron avanzando, y Senna seguía acudiendo a la habitación mullida de Marie; esta sabía que acabaría cansándose, solo tenía que darle tiempo. Pero las cosas no sucedieron así. Marie fue trasladada de su comfortable estancia, a la que ya se había acostumbrado, a una más gris, con barrotes en las ventanas y una cama que chirriaba al tumbarse. Las paredes estaban desconchadas en las esquinas y la pintura que algún día, supuso, había sido blanca, ahora era gris. Todo tenía un aspecto gris. Desde el cielo plomizo de fuera hasta las sábanas que envolvían la cama, incluso el suelo era sombrío. La tristeza reinaba en cada rincón, sintiéndose despojada de aquel limbo en el que estaba, para acabar sumergida en las miserias.

Senna ya no la visitaba; ahora era ella la que acudía, acompañada de un celador, a citas programadas, en una sala igual de deprimente a todo lo demás, con la excepción de que poseía objetos personales de la psiquiatra, intentando infundir un toque de normalidad y escaso color. La mujer hablaba y hablaba, dando consejos que Marie no se esforzaba por escuchar. ¿En el fondo para qué quería salir de allí si no había nadie por quien hacerlo?

—¿Has amado alguna vez? —Esa había sido la pregunta que las uniría en múltiples charlas.

—Sí... —dijo con una voz extraña en ella, por la falta de uso, y anhelante.

—¿Cómo se llama? —preguntó Senna sonriendo.

—Se llama Dante —contestó con acritud.

—¡Ah, sí! —acordó la médica, con gesto de reconocimiento—. Es tu marido.

Marie desvió la mirada, harta de esa charla.

—¡Quiero divorciarme de él! —expuso de pronto, sorprendiendo a la psiquiatra—. ¿Es posible tramitar los papeles desde aquí o tampoco tengo

derecho a eso?

Senna afirmó con la cabeza, perpleja ante su demanda.

—Sí, claro que puedes, pero... ¿Estás segura?

Marie no contestó. Su mirada decidida, colmada por un brillo en los ojos que la psiquiatra no supo describir, hablaba por ella. Simplemente, la contempló con aquellos ojos tan otoñales fijos en la psiquiatra, mas estos no la veían en realidad; parecían estar viendo a otra persona muy diferente.

—Aún así, has de saber que suele haber un proceso para solicitar esta clase de trámites. —Meditaba las palabras a la par que tanteaba el terreno inestable por el que se movía—. Has de mostrar una mejoría que indique que estás en pleno derecho y uso de tus mínimas facultades mentales, Marie...

Dejó la frase en el aire, esperando una reacción por parte de la paciente; queriendo con ello que se retractara.

Semanas después llegó todo aquel papeleo para firmar. Senna se los tendió junto con una estilográfica.

—Quizá no deberías precipitarte, Marie. Hay muchas cosas que no sabes y tu estado anímico no es el mejor para tomar estas decisiones. Podrías arrepentirte y ya no habría vuelta a atrás.

—Si mi estado anímico no fuese considerablemente favorable, se me hubiese negado esta petición.

Senna suspiró resignada.

La tinta fue dejando su huella en el papel, plasmando el dibujo de su firma.

—Seguirás siendo Marie Verne aunque estéis divorciados —le recordó Senna.

Ella la miró fijamente a los ojos, pensando: «Eso será si yo quiero serlo.»

Capítulo dieciséis

Sueños sangrantes

El primer trimestre de embarazo estaba finalizando al tiempo que lo hacía la estación primaveral. Sus mejillas se veían más sonrosadas y sus curvas más llenas y lozanas. Apenas asomaba una leve comba en el vientre, indicando su estado. Todavía quedaban seis largos meses por delante para ver la carita de su primogénito, pero ya lo quería con todas las fuerzas de su corazón.

Dante había delegado la mayoría de sus tareas para estar más rato con ella. Se había mudado poco después de la íntima boda, aunque la única diferencia que había ahora eran las pertenencias de él mezclándose con las suyas; pues ya antes le hurtaban cada segundo que podían al total del día, para permanecer juntos en aquel inmueble.

Todo estaba tranquilo. Marie doblaba la ropa y la separaba por secciones; normalmente ese menester lo dejaba para el fin de semana, mas se había visto forzada a coger la baja por maternidad, debido a complicaciones en el embarazo que exigían reposo. Así que aburrída como estaba en casa, y entretanto esperaba a que Dante volviera del trabajo, cuyo asunto requería su presencia inmediata, se puso a hacer las labores de un ama de casa.

Tan abstraída estaba en la tarea que, cuando unos brazos la tomaron por detrás, abrazando su cintura, no se alteró. Había sonreído con dulzura, antes de darse la vuelta y toparse con él.

Su cara se congestionó en una mueca de espanto. Las extremidades que la envolvían la aprisionaban cada vez más fuerte, haciendo que se revolviera en aquel abrazo nada cariñoso, que la lastimaba.

No era Dante el hombre que la retenía.

No sabía cómo había entrado allí ese individuo; sin embargo, no albergaba duda de que sus intenciones no eran honestas. Su cuerpo era desgarrado y sus ojos parecían cerosos, al igual que su piel sudorosa. Llevaba el pelo y la barba de pocos días desaliñada, en combinación con la ropa sucia, llena de lamparones.

El extraño le sonreía con rudeza, mostrando sus dientes amarillentos. La acercó a su cuerpo y se restregó contra ella, impúdico. Marie lo empujaba sin éxito, intentando apartar aquella mole de sí. El hombre, lejos de soltarla, arrimó su rostro al de ella, con intención de besarla; esta apartó la cara asqueada ante el olor pútrido a alcohol y tabaco que salía de aquella alcantarilla llamada boca, provocándole náuseas. Mas el individuo la aprisionó por la nuca, clavándole los dedos y obligando a que sus labios se toparan. Marie golpeó, con las manos hechas puños, en el pecho de aquel ser sin obtener el resultado esperado, soportando cómo esa boca húmeda la tomaba sin permiso, exigiendo adentrarse; deslizando su repulsiva lengua y lamiéndola. Presa del pánico y la repugnancia, mordió la punta de esta, ocasionando que la sangre se derramara. El sujeto rugió con rabia, propinándole una bofetada con el dorso de la mano, que la desubicó momentáneamente.

—¿Qué pasa, zorrita? ¿No es esto lo que haces con tu esposo? —se burló la voz ronca, proveniente de aquel ser.

Marie lo miraba horrorizada con la mano en la mejilla que empezaba a hincharse, temblando de miedo.

—¿Qué quieres? —chilló desesperada y al borde del llanto; todavía atrapada por las garras del individuo.

Este la empujó, provocando que trastabillara y cayera de espaldas. Se golpeó la cabeza con fuerza en el suelo, lo que generó que un fuerte dolor la invadiera por todo el cráneo. Marie se llevó una mano hacia el nacimiento del pelo, viendo cómo sus dedos salían impregnados en sangre. Se sentía mareada y desorientada, pero sobre todo aterrada. Ese ser no parecía tener el más mínimo escrúpulo hacia ella, llegando a usar la violencia física a la mínima oportunidad.

—Quiero eso que dabas como una perra en celo en los baños del colegio. Seguro que eres así de salvaje con todos. —Rio con crueldad.

El pulso se heló en sus venas, convirtiéndose en escarcha. Así que ese era el hombre que los había espiado aquel día. Él se lo confirmó.

—Estabas tan entregada gimiendo que se me ocurrió que yo también podía joder a la maestrilla de esos párvulos. Verás —siguió, quitándose el cinturón del pantalón—, mi interés al principio era grabar a esos críos y vender los vídeos a gente que siente placer contemplándolos... Pero cuando te vi a ti

follando... Bueno, se me puso tan dura que te he vigilado desde entonces.

Las náuseas de Marie iban en aumento. Ese degenerado vendía material, seguramente pornográfico, a pederastas. Sus niños habían sido... Una arcada le sobrevino, doblándola en dos y haciendo que expulsara el contenido del desayuno. Regurgitó los trozos de fresa, manzana y plátano; entremezclados con los jugos gástricos de su estómago.

El hombre siguió hablando, encantado con su relato.

—Ha sido fácil seguirte. Estabas tan distraída comiéndosela a tu marido que ninguno de los dos os percatasteis de que os espiaba desde el otro lado de la calle, aunque eso acabó cuando pusiste las cortinas. —Fue desabrochando los pantalones y bajando la bragueta mientras se acercaba a ella y se ponía de rodillas—. ¿Por qué pusiste las cortinas? Me gustaba pajearme, viéndote. Te recordaba desnuda, como te había visto aquel día. Esos pezones rosados, la boca abierta, las piernas separadas...

El hombre deslizó una mano a su entrepierna, acariciándose y rozando con la otra uno de los muslos de Marie. Esta reaccionó con rapidez, doblando la rodilla y propinándole una fuerte patada en la cara con el pie. Notó cómo el hueso de la nariz de aquel tipo se hundía. El individuo aulló de dolor, cubriéndose la cara con las dos manos llenas de sangre. Marie, aprovechando la ventaja, gateó lejos de su atacante, muerta de miedo y sin parar de tiritar. Intentó llegar a la puerta; sin embargo, el hombre ya estaba de pie junto a ella cuando esta había alcanzado el umbral de la entrada.

—¡PUTA! —vociferó, dándole la vuelta y abalanzándose sobre ella. La contuvo contra el suelo, usando su peso—. Si lo quieres así —dijo, sacando la verga de los calzoncillos con dificultad—, te gustará igualmente —afirmó.

Marie pataleó desesperada, llorando y suplicando. El hombre le arrancaba la ropa, despojándola de toda dignidad y dejando al descubierto su anatomía. El propio peso del hombre sobre ella la oprimía, impidiéndole cualquier vía de escape.

—No lo haga, pare... —imploró sin ser escuchada.

Las lágrimas bañaban su cara mientras gemía presa del pánico, incapaz de evitar lo que sabía que vendría a continuación.

El tipo lamió y succionó sus pechos, provocándole pequeños rasguños por su ansia de poseerla a la vez que apretaba con fuerza y mordía como un animal. Ella clavaba las uñas por cualquier rincón que encontraba en el

cuerpo del hombre, afanándose por alejarlo; pero solo conseguía más golpes en la cara cuando el puño de él se estrellaba en su pellejo. Notaba como si su piel fuese apaleada con mazos de hierro, creyendo que la desharía en cualquier momento, debido al lacerante dolor que la arrasaba.

—¡Estate quieta, zorra! —voceaba.

Ya apenas sintió nada cuando él la penetró, reteniéndole las manos sobre la cabeza y separándole las piernas con una de sus rodillas de manera grotesca. Se introdujo en ella con una embestida profunda y dolorosa, empujando sin descansar, poseyéndola una y otra vez, y amaratando su cuerpo por la paliza que le propinaba cada vez que intentaba resistirse o no colaboraba en el propio acto.

Movió las caderas con reticencia, estremeciéndose cuando él la amenazó de nuevo, sintiendo asco de sí misma y odiándose por darle placer a ese engendro. Esa acción la vejaba de infinitas maneras, afianzando su deseo por que la matara ya. Él jadeaba sobre su oído, hundiéndose con deleite en su calidez. A ella le dolía ese roce, muy diferente del que experimentaba con su marido, que parecía querer rasgarla por dentro.

—Muy bien, muy bien. Así me gusta —musitaba, mirándola a los ojos y atormentándola más.

Marie cegó la visión con los párpados, girando la cabeza; pero a él no le había gustado ese gesto, así que cogió su cara y hundió los dedos en ella con brutalidad.

—¡Abre los ojos, maldita furcia, y mírame! —hablaba entrecortadamente entre el placer y el enojo.

Le hizo perder el conocimiento en un par de ocasiones cuando no acataba sus exigencias, regalándole la oportunidad de huir de allí; mas la realidad la arraigaba de nuevo y con premura a ese cruel momento, haciéndole contemplar la cara depravada de aquel monstruo, ese ser maníaco que no conseguía saciarse jamás y que no paraba de balancearse en ella con fruición.

Después de eyacular en su interior dos veces, con bramidos propios de una bestia, la agarró de los pelos, presionando el pene contra sus labios. Ella torció el gesto asqueada, llorando con renovadas fuerzas por lo denigrada que se sentía.

La punta le separaba los labios, impregnada en el líquido de sus anteriores derrames; encontrando como barrera los dientes apretados de Marie. Se vio

obligada a abrir la boca cuando le apretó el cuello, asfixiándola, y sumergiendo así su miembro. Se meneó con ferocidad en el interior de ella hasta casi ahogarla.

—¡Hazlo bien! —bramó.

Marie lloraba, paralizada por el miedo que le producía cualquier movimiento que desencadenara otra lluvia de golpes. Él tiró de su pelo cruelmente como si quisiera arrancarle el cuero cabelludo, instándola a que obedeciera. Con dudas lamio su envergadura, intentando mantener a raya las arcadas.

—¡Más! —demandaba con urgencia ese ser—. ¡Hazlo mejor!

Ella tocó con manos temblorosas su escroto, acariciándolo suavemente. Él gimió, meciéndose dentro de su boca.

—¡Sigue, sigue! Y ni se te ocurra jugármela —advirtió.

Ella evadió su mente lejos, muy lejos de allí, rezando porque aquello acabara pronto. Dejando que el tiempo modificase su velocidad para que esa tortura no fuera más que un soplo, un instante.

El cuerpo se sacudió dentro de ella, vaciando su contenido y llenando la boca con sus jugos. Marie se quedó estática mientras más lágrimas se escapaban de sus ojos silenciosamente. Esperó a que retirara su falo; no obstante, la miró con una risa maliciosa.

—¡Traga! —exhortó—. Y cuando lo hagas, asegurate de dejármela bien limpia con esa boquita a la que tanto le gustó chupármela.

Sollozó débilmente, ingiriendo aquella viscosidad y succionando los restos que aún quedaban guardados en su punta. Separó la boca cuando finalizó la tarea, liberándose por fin.

El hombre se subió los pantalones, sonriendo con suficiencia y desprecio.

—No eres tan buena como me esperaba, si lo sé no me hubiera tomado tantas molestias —se burló, dándole la espalda.

Aquel engendro se fue de allí, dejando a una desolada Marie en el suelo con la autoestima hecha añicos. El llanto se volvió intenso cuando se supo sola e intentó recobrar la compostura, tapándose con los retales de su ropa. El castañeteo de los dientes se volvió errático, ensalzando su pesar con los vestigios de lágrimas, mocos y sangre que recorrían su cara. Quiso ponerse en pie, pero el dolor agudo que agujoneó su vientre en ese instante, la hizo

encoger. Un fluido caliente empezó a manar por sus piernas, creando un charco de sangre a su alrededor.

—No, por favor... —susurraba llena de pánico—. No, no, no. ¡Mi hijo, no! ¡NO! ¡NO! —acabó gritando de puro sufrimiento.

De nuevo unos brazos la aferraron; Marie miró poco lúcida al hombre que tenía ante ella sin que le importara quién fuese.

Dante.

Él la contemplaba con una mezcla de estupor, rabia y dolor. La abrazaba, intentando contener su desconsuelo; sin embargo, Marie se revolvió con coraje.

—¿Y tú dónde estabas? —gritó con enojo—. ¿Por qué no estabas aquí para impedirlo? ¡Esto es culpa tuya! ¡TUYA! ¡NUESTRO HIJO HA MUERTO POR TU CULPA!

—Dante... —pronunció, su voz adormilada como si viniese de otro lugar lejano.

Sus ojos se abrieron con brevedad para cerrarlos otra vez. La luz era demasiado intensa. Una mano le acarició el pelo y sonrió. Esta vez sí logró desprender su mirada para encontrarse con la cara de él, la que tanto había amado y amaba. La contemplaba con alivio y sonreía al igual que ella. Algunas gotas escapaban del precipicio de sus párpados, cayendo sobre Marie. Estiró un brazo en su dirección, rozándole las mejillas y limpiando el camino que las lágrimas le habían dejado en el rostro.

—Marí... —alabó, permitiendo que sus labios se acariciaran.

Cerró los ojos, disfrutando del contacto de él. Al separarse vio dónde se encontraba y notó el collarín que le impedía mover el cuello. Temió preguntar al recordar lo soñado.

Senna, que había estado junto a la pared, se enderezó al escucharla hablar y se acercó a los pies de la cama.

—Marí, ¡por Dios! ¡Nos has dado un susto de muerte! —dijo con los ojos aguados—. ¡Dijeron que conducías en sentido contrario!

Las imágenes afloraron a su mente, evocando el accidente de coche. Ignoró la alarma en la voz de Senna y miró a Dante junto a ella. Llevaba un

cabestrillo que le recogía el brazo derecho. Al fijarse en él, su llanto se hizo presente.

—¿Te duele algo? Senna, avisa al médico y dile que ya despertó —mandó él. Marie negó con la cabeza.

—Senna —dijo, girándose a esta—, déjanos a solas. Tengo que hablar con Dante.

La menuda mujer la contempló largamente antes aceptar su petición, saliendo y dejándolos solos en la privacidad de aquella habitación de hospital.

—¿Ocurre algo Mar..., quiero decir, Victoire? —rectificó.

Marie sonrió con pena. La última vez que la había llamado por su nombre casi lo mata. Sujetó su mano con fuerza entre las de ella.

—No me llamo Victoire ni Pandora. Sé quien soy —confirmó, observándolo—. Lo he recordado todo. Dante, yo...

Él la interrumpió.

—Da igual, Marí, ya no importa.

—Sí, claro que importa. He intentado, he intentado... —Su voz se quebraba—. Y casi lo consigo. ¿Cómo he podido hacer algo así, Dante? ¡A ti!

Los sollozos agotaron su habla, manando toda la angustia interna de sí. Se sentía un ser vil y despreciable, tanto como aquel que la había violado. Había aborrecido a ese hombre con todas sus fuerzas y lo había maldecido más veces de las que recordaba, y ella se había convertido en uno igual o peor. Tomando las cosas a su antojo, aprovechándose sin que nada más le importara, solo ella.

Había culpado a su esposo del aborto que había sufrido, cuando el único culpable había sido aquel miserable sin entrañas. Se había divorciado de él, por causas ahora ya incomprensibles. Lo había machacado una y otra vez con su desprecio, con palabras hirientes y, por si eso no fuera suficiente, había atentado contra su vida.

Su ya ex marido, al que tanto había querido y aún quería, seguía allí después de todo. De tanto tiempo y vicisitudes de esa loca existencia, aún la amaba; podía verlo en sus ojos. Él la abrazó torpemente, con el cabestrillo impidiendo su movilidad. Marie le rodeó el cuello, enredando los dedos en su pelo y acercándose a él sin parar de llorar.

—Dante, te quiero.

La abrazó con más fuerza, dejando besos por todos sus rincones. Hubiera muerto por ella y con gusto, solo para poder evitarle todos los padecimientos que había tenido que soportar.

—Fue culpa mía, Marí. Tenía que haber estado allí, contigo —dijo con rabia.

—¡No! —lo atajó—. No fue culpa tuya, no fue culpa de nadie. Tú fuiste lo mejor que me ha pasado en la vida, quiero que lo sepas. Yo nunca debí decir lo que dije. ¡Lo siento mucho!

—Pensé que me odiabas, Marí —reveló—. El día que me llegó la demanda de divorcio, creí que te había perdido definitivamente. Pero no pude evitar seguir amándote y yo... Solo quería que estuvieras bien.

—¡Fui una estúpida! Odiaba al mundo, mas a ti te quise siempre. ¡Perdóname, por favor!

—No tengo nada que perdonarte. ¡Te quiero! Y aunque me apuntes con mil pistolas a quemarropa, no podrás impedirlo. Ni la muerte conseguirá que deje de amarte.

Marie sonrió entre lágrimas. Había echado mucho de menos a Dante, solo que no se acordaba de cuánto.

Capítulo diecisiete

Puzle del ocaso

Era la tercera vez que paseaba sus finos y delgados dedos por el intrincado trazo del dibujo. Dante la contemplaba, ciñéndola entre sus brazos. No paraba de sonreír, somnolienta, repasando la tinta de su pecho, hombro y brazo. Lo acariciaba con tanta delicadeza que pensó que la tomaría de nuevo, hasta conseguir que brotara de sus labios el gemido de su nombre. Seguían desnudos con las mantas enredadas a ellos, felices de reencontrarse y reconocerse el uno en el otro.

Ya había pasado una semana desde el accidente que a punto estuvo de dejar a Marie en un profundo y largo coma, del que podría no haber despertado jamás. Los recuerdos también habían regresado y con ellos la pena del tiempo desperdiciado, algo que se habían propuesto solventar de inmediato.

Todavía había algunas cosas que aclarar, pero ya tendrían todo el tiempo del mundo para hacerlo. O no. Las preguntas de Marie eran constantes, y Dante estaba encantado de rellenar todos los vacíos de su memoria.

Sin detener su tenue roce, le preguntó:

—¿Cuándo te hiciste este tatuaje? ¿Y por qué? —Frunció el ceño con la última cuestión—. Antes no lo tenías.

Él la estrechó más, besando su coronilla y sonriendo; a lo que ella protestó con gracia. ¡Dios, cuánto la había añorado!

Marie seguía con los ojos las líneas oscuras de aquel grabado en su piel. Era un dibujo en exceso complejo que se le antojaba armonioso. Nacía en su pecho, sobre su corazón, con unas finas deliniaciones iguales a raíces que se ramificaban y se contorsionaban por su pectoral izquierdo hasta el hombro, abarcando también la parte trasera de este. Según avanzaba en su itinerario, la pintura se transformaba, con meticulosa precisión, en una cadena que se enroscaba por todo su brazo hasta rematar en una brújula sobre la cara interna de su muñeca. Esta no era menos espectacular que el resto del tatuaje, pareciendo resaltar del propio cuerpo como si fuese de verdad.

Le había gustado desde el momento en que se lo vio. De hecho estaba segura que aquel detalle, que en principio podía parecer tan insignificante, había sido el detonante de su memoria. Cuando lo había visto en el *Selva* esa noche, aunque sin mujer alguna pues estaba solo, ahora lo recordaba con claridad, esa pequeña porción de tinta la había intrigado casi más que su persona.

Había querido averiguar todo de Dante porque aquel tatuaje no encajaba. Sonrió al recordarlo. No es que no encajara, es que él no había tenido tatuajes y eso desequilibró la parte de su memoria que todavía albergaba los recuerdos.

—Me lo hice después de que te dieran el alta en el sanatorio, y Senna me dijera que desconocía tu paradero —contestó, recordando aquel día—. Ella ya me había advertido de que no eras la misma. Pero, a pesar de ya estar divorciados, yo quería que supieras que contabas con todo mi apoyo para recuperarte. Sin embargo, en cuanto te fuiste de allí, dejaste de acudir a las citas semanales que tenías con Senna, y fue imposible localizarte.

»Estuvimos con la vana esperanza de que quizá acabaríamos por saber de ti; no obstante, desapareciste sin dejar rastro. —Su tono destilaba amargura—. Pusimos todo nuestro empeño y esfuerzo por buscarte, mas fue inútil. ¿Dónde estabas?

Marie volvió atrás en el tiempo.

Aquel día llovía. Las puertas, que no se abrían desde dentro, por fin se destapaban para liberarla. No llevaba paraguas, solo unas escasas pertenencias en una maleta marrón. El agua se escurría por sus cabellos, más oscuros después de todo ese año de encarcelamiento, en el que el sol apenas la había tocado.

Senna le había recalado las horas en que debía tomarse aquella medicación, así como los días en que se volverían a ver para hacerle un seguimiento psicológico.

Marie ya había planeado irse lejos, muy lejos de allí. Las pastillas mantenían anclados unos recuerdos que se había esforzado por olvidar, una vida entera que pretendía borrar.

Había cogido un bus que la había llevado a otra villa a tres horas de allí, no

demasiado lejos, aunque era un comienzo. Se había sentido libre, nadie la conocía y podía empezar de nuevo. Sin embargo, para empezar de cero, no necesitaba la constante evocación de su desgracia ni de todo lo que le acompañaba, así que decidió dejar de ingerir la medicación.

No tardó en ignorar el pasado. Y en aquel lugar pasó de llamarse Marie a Victoire, un nombre que ya había usado anteriormente con Senna.

Se había hospedado en un pequeño hostel, a las afueras de ese pueblo mientras buscaba trabajo sin demasiado ahínco. Había tenido una indemnización más que suculenta por su encontronazo con el vil ser; liberándola, si así lo deseaba, de volver a trabajar.

Una noche, volviendo al hostel, se había parado frente a una armería cercana. Se sintió atraída de inmediato por aquel sitio. Entró y se fascinó por el brillo de algunas de las armas que había expuestas en vitrinas; otras estaban fijadas a la pared.

Frente a ella había un hombre algo mayor, tras un mostrador, que la miraba curioso. Seguramente no muchas mujeres paraban por allí. Se había acercado hasta él, contemplado las pistolas bajo la mesa de cristal, entre ellas con la que después dispararía a Dante.

—Hola, hermosa —la había saludado el dueño, con algo de guasa.

Tenía unos ojos azules tan claros como un cielo despejado en un día de verano. Las arrugas ya empezaban a marcarse en su cara, al igual que el pelo blanco en su poblada cabeza. Conservaba un bronceado que acentuaba su edad, aunque también le favorecía. Se veía atractivo a pesar de los años; su cuerpo aún mantenía los trazos de los músculos poseídos en otra época mejor. Seguramente no le hubiera faltado hembra que llevarse a la cama.

Marie no le había contestado, distraída en su contemplación de aquella pistola.

—Te gusta, ¿eh? —anunció el hombre, siguiendo su mirada—. Un revólver MP412 REX. Ruso, del año 1990. Longitud de 232 milímetros; cañón de 102 milímetros. Peso de casi un kilo, con capacidad para seis disparos, sin estrías. Calibre: 357 Mágnum.

Alzó los ojos hacia el señor, que la contemplaba sonriente. Este sacó la pistola del escaparate y se la tendió. Ella la sostuvo en su mano, sintiéndose extraña y a la vez completa, segura.

—¿Cuánto cuesta? —había preguntado sin preámbulos.

El hombre la examinó con detenimiento.

—No tan rápido, hermosa. Antes he de verificar tus antecedentes, tanto penales como psíquicos, si los hubiera.

Marie se había tensado notoriamente con el revólver en las manos.

—Ya veo —dijo aquel hombre riendo, consciente de su rigidez—. ¿Cómo te llamas?

Ella le dedicó una mirada de soslayo, prevenida.

—Victoire.

Él rio más fuerte.

—Claro, Victoire —soltó con ironía—. ¿Y tu identificación?

Marie dejó la pistola sobre el mostrador, volviendo sobre sus pasos.

—Puedo hacerte una tan perfecta que nadie dudará que ese es tu verdadero nombre —le informó cuando ya estaba a punto de salir por la puerta.

—¿Por qué? —preguntó sin darse la vuelta.

—Me has recordado a alguien de mi pasado a quien no pude ayudar —expresó con melancolía—. Aunque te advierto que no te saldrá gratis.

—Por supuesto —respondió Marie, girándose a él. Tenía dinero de sobra.

El hombre le hizo una seña con la mano para que lo siguiera. Fueron tras el mostrador, atravesando una puerta que los llevó a una sala. Allí había un par de ordenadores y portátiles, entre otros artilugios que Marie no supo bien para qué servían. Pudo observar en las pantallas de los portátiles el interior de la tienda; probablemente debido a alguna cámara de seguridad instalada que ella no había visto.

—Ponte cómoda —la instó él, tomando asiento frente a una de las computadoras de mesa.

Marie observó su alrededor, sin saber cómo ponerse cómoda en un lugar tan abarrotado de cosas que no permitía más espacio que para un alfiler.

—¿Cuál será tu apellido? —interrogó el hombre, tecleando.

—Fontaine.

Meneó la cabeza, sin borrar su sonrisa socarrona.

—Coloca tu dedo índice en ese escáner —indicó, señalando un aparato junto a ella—. Primero el de la mano derecha y luego el de la izquierda.

Ella así lo hizo, viendo cómo sus huellas aparecían en la pantalla de inmediato.

Se acercó al hombre, mirando por detrás del respaldo de su silla giratoria. Este siguió absorto en su tarea durante unos minutos más.

—Colócate ahí —volvió a pedir, esta vez junto a una cámara que estaba sobre un trípode—. Será tu foto de carnet, te sugiero que tengas los ojos abiertos.

Marie los puso en blanco antes de mirar fijamente al objetivo; este se disparó, cegándola por un segundo.

La fotografía apareció junto a la demás información de su ficha. Salía muy diferente con las lentillas que había comprado en la óptica del pueblo. Se veía hermosa, tal y como había dicho el hombre que estaba junto a ella.

Le había gustado aquel retrato, que se convertiría en su seña de identidad después y que también la incitaría al aprendizaje de esa rama, abriéndole las puertas a un nuevo trabajo como diseñadora.

—Ahora, has de firmar. —Ella así lo hizo, dejando su rubrica plasmada con un bolígrafo que había junto al ordenador, en una pantalla táctil—. Recuerda usar tu nuevo nombre.

El hombre ultimó los detalles concluyentes, obteniendo la información requerida de Marie e imprimiendo el contenido.

—Esto llevará unos minutos —le notificó—. Pero puedes ir pagándome mientras tanto.

Marie asintió.

—Claro, ¿cuánto quieres?

El señor se había levantado de su asiento sin borrar la sonrisa taimada. Alzó una mano, acariciando la mejilla de Marie y bajando hasta rozarle un pecho. Esta se sobresaltó exageradamente, propiciando que algunos trastos a su alrededor cayeran.

Él le mostró una expresión prudente, alejándose de ella.

—Tranquila, hermosa —susurró, intuyendo la miseria de Marie en sus claros ojos y volviendo a sentarse—. Creí que podría pasar una noche entretenida con una mujer joven como tú; porque, aunque no lo creas, no hay muchas que quieran pasarse por mi cama —se burló de sí mismo—. No soy mal amante, pero la edad pasa factura por lo que se ve y no se conoce.

»Aceptaré tu dinero, pues —suspiró.

Marie se tranquilizó, no sin esfuerzo, al saber que las intenciones de ese individuo no irían más allá de lo que ella estuviese dispuesta a darle.

—La... La mujer a la que le recuerdo —dijo, alejando su miedo en una nueva conversación—, ¿era su pareja?

El hombre sonrió; esta vez con tristeza y cansancio, observando la brillante pantalla.

—Era una amiga muy especial a la que quise más de lo que debería estar permitido a un simple mortal.

Una de las máquinas escupió una tarjeta ya plastificada que el hombre recogió.

—Toma, Victoire. Es tuyo, te lo regalo —la obsequió, guiñándole un ojo.

Ella lo tomó agradecida.

—Puedes llamarme Tori.

Sus ojos azules sonrieron esta vez.

—Un placer, Tori. Tú puedes llamarme Ángel —dijo, tendiéndole la mano.

Ella se la estrechó, afable. Se quedaron con las manos entrelazadas un largo instante, forjando los cimientos de una buena amistad. Sin pensar demasiado en lo que hacía, Marie se agachó y lo besó en los labios como agradecimiento. El hombre se impresionó; sin embargo, no dejó escapar la oportunidad para saborearla internamente.

El beso no era invasivo, pero sí muy dulce. Marie se dejó llevar por aquella delicadeza y ternura, sentándose a horcajadas sobre él; continuando y profundizando el contacto.

Ángel se apartó de ella y la miró sin poder ocultar su deseo. A Marie le molestó la interrupción de tan agradable acto.

—No hace falta que hagas esto, puedes irte —le aclaró.

Ella negó con la cabeza.

—Quiero hacerlo. Necesito hacerlo; por favor, no me pares.

Volvió a invadir la boca de Ángel con ganas. Le había gustado aquel beso, después de tanto tiempo en que nada lo había hecho y quería más, su cuerpo reclamaba más.

Ángel la besaba con experiencia y deleite. Su miembro le apretaba en su

zona de deseo que, por primera vez en mucho tiempo, se mojaba.

Agradeció el llevar una falda larga y no un aparatoso pantalón. Se la subió con urgencia a la vez que le desabrochaba la bragueta al hombre, liberando su portentoso miembro. Ángel le retuvo las manos, separándose de la fogosa caricia de sus labios.

—¿Estás segura? —inquirió, frenando la silla que no había parado de moverse con una palanca.

Marie lo analizó extrañada por esa detención, hasta que vio que las manos le temblaban, mostrando la ansiedad que ella había pasado por alto.

—Sí. —Fue su respuesta.

Se apartó la braga hacia un lado, introduciendo la erección de él en sus profundidades. Este gimió casi como una ofrenda, mas no fue el único. Marie se sorprendió, disfrutando de la dureza de ese hombre. Empezó a moverse encima de él con algo de inseguridad; no obstante, el placer la instó a apurarse en su meneo.

Ángel apretaba su culo, intentando no aferrarse con demasiada fuerza para no asustarla. No paraba de jadear con fruición mientras que esa humedad tan caliente lo rodeaba y lo acariciaba con fuerza y suavidad.

—Hacía tiempo que una mujer no se entregaba a mí con tanta necesidad. Echaba de menos la fogosidad de la juventud —dijo resollando.

Marie dejó escapar una risa, siguiendo con su ritmo desenfrenado. Se arqueó hacia atrás para introducirse más en él y gimió con desesperación. Ángel derramó su fluido en ella sin conseguir contenerse, gritando de júbilo.

La mujer siguió moviéndose con celeridad, sudando y jadeando descontrolada.

—Hermosa, no aguanto más... —explicó Ángel.

Ella lo ignoró, notando su erección tan dura como al principio, casi llegando a su propio clímax.

—Espera, solo un poco más —replicó entre sofocos—. Estoy a punto.

Se abrazó a él, restregándose y clavándose en su virilidad. Sus gemidos se habían convertido en gritos sobre el oído de Ángel, que había salido a su encuentro, alzando las caderas al tiempo que ella se hundía. Marie se había desabrochado la blusa, arrancándose algunos botones por el afán de liberar sus pechos. Ángel la miraba embelesado, acariciando los bellos montículos.

Ella se los acercó más hasta introducir un pezón en su boca. La lengua de él la torturó, elevando a un timbre casi imposible sus voceos.

—¡Oh, Ángel! Sí...

Los movimientos de ambos se sincronizaron en una brusquedad placentera que los llevó a un orgasmo unánime.

Marie se dejó caer sobre él, abrazándolo de nuevo y riendo de felicidad. Lo besó en la boca, pero no fue correspondida. Cuando lo observó, vio su mirada perdida en algún punto del techo y una sonrisa en el rostro.

—¿Ángel? —Lo zarandeó.

Este no respondió, dejando caer el cuerpo hacia un lado. Marie se levantó asustada, tomándole el pulso que no habitaba ya en él.

Ángel había muerto entre sus brazos.

El pánico la inundó y, mientras guardaba su nueva identificación, tiró sin querer una cerveza que yacía junto al equipo de vigilancia, vertiendo el contenido y estropeando todo aquel material que tan caro parecía, dejándolo completamente inservible. No la podían encontrar allí o volvería derecha al manicomio, y se negaba a que la encerraran de nuevo.

—¡Perdóname, Ángel! —susurró llorando—. Y gracias por darme una nueva existencia.

Salió corriendo del lugar, abandonando la tienda de armas y llevando consigo el revólver del mostrador.

Capítulo dieciocho

Guiando hacia el norte

Un escalofrío recorrió su espalda al recordar a Ángel.

Su comienzo oficial como Pandora fue en esa villa, aunque por entonces no sabía de lo que podría ser capaz. Bien pensado, el nacimiento de esta fue en el instante en que aquel monstruo la había forzado, rebajándola de múltiples formas. Un nacimiento provocado por el orgullo y la sed de venganza.

Después de huir de ese pueblo, se informó a través de la prensa sobre el hombre al que, sin pretenderlo, había matado.

No había sido muy difícil encontrar la noticia. La policía había esclarecido que después de un encuentro sexual, seguramente con una prostituta, la cual habría escapado por miedo a las represalias, el hombre había sufrido un infarto por la fogosidad del encuentro. Al parecer, y como más tarde sabría, Ángel tenía problemas de corazón. El caso se cerró sin declarar mayor culpable que a la mala salud del anciano, y sin que nadie exigiera atrapar a la culpable, ya que no tenía familia.

Había lamentado su muerte como si de un pariente se tratara, a pesar de que apenas lo había conocido.

Después de eso, volvió a su antigua ciudad sin recordar ni reconocer ya nada de esta. Había decidido quedarse en ella por alguna extraña razón que iba desde el odio a una desconocida añoranza. Se apuntó a un gimnasio, donde quiso aprender defensa personal, y a partir de ahí, todo lo demás le vino solo. Encontrar la casa donde vivía ahora, su trabajo...

Dante la miraba con esos ojos oscuros llenos de cariño.

—Me fui lejos de la ciudad durante un tiempo —respondió escuetamente.

Él la observó, sabiendo que esa explicación no era ni con mucho toda la verdad, pero le daría tiempo para que no temiese sincerarse.

—Todavía no me has contestado, ¿por qué te lo hiciste? —lo increpó ella.

Se perdió en las múltiples tonalidades de esa mirada tan clara que lo

contemplaba con curiosidad.

—Me lo hice porque tú no estabas. Te había buscado por todas partes y no había conseguido encontrarte. —La apretujó de nuevo, temiendo que se volatilizara de repente—. Una noche bebí hasta que no pude más, o mejor dicho hasta que me echaron del bar en el que estaba. Fui caminando de regreso y vi que de un local, que aún permanecía abierto, salía varia gente. Entré pensando que sería otro bar, pero era un salón de tatuajes. El hombre que había allí me preguntó que qué dibujo quería hacerme.

»Debería haberme largado, puede que si estuviese más sobrio ni lo hubiese dudado; no obstante, estaba cómodo tumbado en aquel sillón. —Rio, encogiéndose de hombros.

—¡No me puedo creer que te hicieras un tatuaje solo por eso! —protestó.

—Eso no fue todo, Marí —contradijo él—. Me sentía perdido sin ti..., y entonces la vi. Una brújula. Le dije al hombre que quería aquel dibujo en mi antebrazo, con la condición de que saliera de mi corazón.

—¿Qué?

—Eso mismo dijo él. —Volvió a reír—. Esta brújula —Levantó el brazo para mostrársela— representa el amor que siento por ti, por eso nace en mi corazón. Su trabajo es guiarme hasta mi único y verdadero querer, y ese siempre has sido tú. Esta brújula me ha marcado el camino hacia ti.

Marie no daba crédito a lo que oía.

—¿Así es cómo me encontraste?

—Quiero creer que sí. Verás, nunca perdí la esperanza de volver a toparte y, aquel día, cuando te vi en el *Selva*, casi me muero. Estabas muy cambiada; sin embargo, te reconocería en cualquier parte y de cualquier manera. No obstante, tú..., me mirabas como a un extraño.

»Te seguí hasta tu nueva casa y después llamé a Senna. —Su semblante se oscureció—. Me aconsejó que no me acercara a ti, mas no le hice caso. Te volví a mandar rosas como un admirador secreto, esperando que quizá te acordases de algo, aunque no funcionó. Incluso estuve tentado de hacer lo mismo con unas siemprevivas, pero no era esa clase de recuerdos los que deseaba despertar en ti.

Las siemprevivas...

Las había recibido estando en el psiquiátrico, después de que la sacaran de aquel aislamiento. No se le permitían las visitas; sin embargo, le llegó ese ramo de flores. Eran de Dante.

Se llaman siemprevivas porque no se marchitan.

Estas flores me han recordado a ti, a nuestro amor.

Dante

Había aspirado la fragancia de todas ellas y se había sorprendido de que cada aroma correspondiera a un color diferente. Le había encantado recibirlas, eran maravillosas, aunque también la torturaban. La nota había sido una declaración de intenciones, de que él la esperaba pasara lo que pasase; y ella no podía permitirlo.

Había estado los últimos meses aguantando sus pesadillas y sus constantes cambios de humor, por no mencionar que ni siquiera podía acercarse demasiado a ella sin que esta pegase un bote o se pusiese a llorar.

Su felicidad se había convertido en un infierno, y Marie lo había observado como si hubiese sido el culpable de aquella situación.

Estando dentro de aquel manicomio había decidido divorciarse de él. Quería darle la oportunidad de rehacer su vida de nuevo. Él no merecía su desprecio, ni a una mujer que seguramente ya no podría volver a concebir ningún hijo más.

—Sé que ya no soportabas el olor a rosas, pero a lo mejor sí me recordabas a mí —explicó Dante.

Marie sonrió. Después de que la violaran, la fragancia de las rosas le provocaba náuseas, debido a que era el aroma que reinaba en su casa en aquel fatídico momento; por eso él había decidido cambiar sus ramos de flores. No obstante, al olvidar su vida anterior, también olvidó la connotación que hacía con el perfume de estas.

Dante siguió hablando.

—Y aquel día cuando te vi aparcada frente a tu antigua casa, yo... No pude evitarlo y me acerqué. Me moría de ganas de hablar contigo y estar a tu lado.

—¿Qué hacías allí?

—Estaba en el piso, recordando los buenos tiempos. Al verte por la ventana creí que habrías recuperado la memoria. —Se carcajeó de repente.

—¿Qué ocurre?

—Te habías puesto perdida de café. ¡Estabas adorable!

Marie optó por una pose enfurruñada.

—¡Ah, genial! ¡Muy divertido! Casi fastidio los asientos del coche, y tú te ríes a mi costa.

Dante aumentó las risas contagiando a Marie, quien hacía esfuerzos por no unirse a su chanza, fingiendo una pose regia que culminó en una pequeña risotada.

—Deberíamos volver a casarnos —aportó de improviso él, dejando la diversión de lado.

Lo miró perpleja.

—¿Casarnos?

—¿Es que no quieres? —la increpó.

—Pues claro que quiero.

—Entonces decidido. Volveremos a empezar.

Marie sonrió, abrazándose con mimo a Dante; mas una sombra pesaba aún sobre esa felicidad.

Después de que Dante la encontrara en aquel estado, magullada y con un montón de sangre a su alrededor, fue hospitalizada. Los médicos confirmaron el aborto, pero eso no sería todo.

Unas semanas después de ser atendida, la ginecóloga que había llevado el caso de Marie los hizo llamar.

—Me temo que tengo una mala noticia que darles —había comenzado a hablar—. Como bien sabrán, el resultado del abuso sufrido dio en consecuencia a un desgarro en el útero que requirió de cirugía. Por desgracia, las paredes no han curado como cabría esperar, generando cicatrices.

—¿Qué quiere decir con eso? —demandó Dante.

—Pues verá —departió, mirándolos a ambos con gravedad—, estas cicatrices hacen que las paredes anterior y posterior del útero se adhieran total o parcialmente. El problema reside en que cuanto más pegadas están, más difícil le resulta a la mujer concebir de nuevo.

—No podré quedar embarazada —afirmó, más que preguntó, una Marie desolada.

—Es muy difícil que eso suceda. Lo lamento, señora Verne.

Si algún día habían pensado rehacer su vida sobre las cenizas de esa tragedia, se habían ido con aquellas palabras que los anclarían a una pesadilla constante.

Dos días después de la funesta noticia, los llamaron de comisaria para que Marie reconociera a su presunto violador.

Había estado en una pequeña y estrecha sala, con un cristal que le permitía ver a los criminales del otro lado. No había dudado al verlo, era el número cuatro.

El corazón de Marie se fue llenando de odio tras todo el proceso judicial, que implicó su declaración en el estrado. No había derramado ni una lágrima al relatar todo el escabroso suceso, sin apartar la mirada de aquel ser despreciable que no paraba de sonreír.

El veredicto fue irrevocable: pena de muerte.

Asistió, en contra de lo que se cabría esperar y acompañada por Dante, para ser testigo de cómo le inyectaban el líquido que lo llevaría a la tumba. Disfrutó la totalidad del proceso, distinguiendo el miedo en los ojos de aquel ser sin alma, y sonrió.

El hombre se convulsionaba histérico, gritando y suplicando por la clemencia que él no había tenido en sus despreciables actos. Las venas se le marcaban en los brazos, los que llevaba al descubierto, por la fuerza que hacía contra las tiras que lo retenían a la camilla. Se desgañitó como el cobarde que era, pidiendo perdón a deshora, hasta que el fluido que recorría el tubo directo a su vena llegó a esta. Sus espasmos cesaron paulatinamente, quedando su cuerpo inerte y sin vida.

Se alegró de su muerte. ¿Quién hubiera sentido lástima?

Esa casa era muy diferente. Puede que Marie siempre hubiese albergado esos gustos en su interior, o puede que su nueva profesión le mostrara un abanico de descubrimientos. Aunque eso no era todo, Dante había comprobado que su actitud era más desenvuelta, más segura. No es que desconociera a la Marie que se manifestaba ante él; sin embargo, solo había hallado esa ligera versión en la intimidad del lecho.

—¿Crees que Pandora todavía convive con ella?

Senna negó, mostrando una sonrisa tranquilizadora. Se llevó la taza de café a los labios, bebiendo un sorbo antes de aplacar sus temores.

—Pandora solo fue el bautizo de Marie a su parte reprimida, una excusa para poder ser ella misma en su plenitud, sin la parte asesina claro. ¿Acaso has notado algo raro? —curioseó.

Dante frunció el ceño pensativo.

—No. Yo solo pensaba...

—Deja esas elucubraciones —interrumpió—. Te avisé de que sería diferente. Ha pasado por mucho y el desenlace ha sido mejor de lo que podríamos desear.

Él sonrió con melancolía, vagando la mirada en la mesita de café.

—Ha estado muy limitada, a veces las imposiciones sociales pueden llegar a ser bastante restrictivas. Si los acontecimientos hubieran surgido de otra manera, quizá su cambio habría sido más progresivo aunque con idéntico resultado. —Posó la taza con el pequeño plato sobre la mesa—. Incluso si ella nunca se hubiera dominado tanto, tú habrías conocido a otra Marie muy diferente. Pero la pregunta es: ¿te molesta?

—¡No! —dijo tajante—. La quiero igual o más que antes. Solo que, ¿y si la vuelvo a perder? Y si un día se levanta y decide que no soy bueno para ella, y...

—Dante —lo cortó la psiquiatra—, estás asustado porque por fin divisas la felicidad nuevamente. No te puedo culpar, después de todas las vicisitudes por las que pasasteis; sin embargo, el tiempo calmará tu desazón. ¡Mírala! —lo incitó, señalando con la cabeza hacia la cocina donde Marie se encontraba buscando unas pastas—. Te escogió como Marí, e incluso como Pandora. Me parece que sus diferentes personalidades siempre han estado de acuerdo en cuanto a ti.

Esta se giró, contemplándolos, y sonrió mientras colocaba las galletas en una minúscula bandeja con precisión. Dante le guiñó un ojo, respondiendo a su radiante sonrisa.

—Te aconsejo que dejéis el pasado atrás.

—Te refieres a no indagar en su vida personal de estos últimos años.

Senna apartó la mirada hacia su taza casi vacía.

—Ella fue una ninfómana, Dante. ¿Realmente quieres los detalles?

Este sonrió socarrón.

—Sé perfectamente que no fue una santa, pero no le guardo rencor por ello. Estábamos divorciados, tenía todo el derecho a disfrutar la vida que había elegido. Fue algo que asumí tras firmar los papeles.

—¿Me quieres decir que tú no aprovechaste tu situación sentimental? —habló sarcástica.

Dante la observó fijamente, serio.

—No hubo ninguna más.

Senna carraspeó, incómoda, por aquella revelación inesperada.

—Su necesidad en cuanto al sexo nunca fue por amor —justificó la mujer—. Ella precisaba reafirmarse sexualmente. A muchas mujeres les sucede después de un caso así. Pero en Marie había el añadido de que su percepción de la realidad se veía alterada en según qué casos, como muy bien pudiste comprobar.

—No me importa a cuántos hombres o mujeres se haya tirado, Senna. Solo me interesa saber que está bien. Cuidarla. Lo demás me parece demasiado banal.

—No muchos hombres pensarían como tú —objetó.

—No muchos hombres aman como yo.

Marie se unió a ellos, dejando el plato con el aperitivo sobre la mesa y sentándose sobre las rodillas de Dante.

Senna los admiró en silencio, durante su intercambio de besos cariñosos. Se reían y bromeaban entre susurros que no se esforzó por entender.

La vida podía ser muy desagradable a veces, pero en ocasiones se descubría un oasis en un terreno yermo, pensó.

—Bueno, chicos, ¿y qué planes tenéis ahora?

La pareja se contempló sonriendo.

—¿Ser felices? —consultó Dante, analizando a una risueña Marie.

—¡Ser felices! —afirmó ella.

Epílogo

Paseaban por las calles de la ciudad en un día soleado y caluroso. El mercadillo estaba rebotante de gente que se aglomeraba en los diferentes puestos, inspeccionando la distinta mercancía.

Dante y Marie, cogidos de la mano, miraban a su alrededor despreocupados y con la dicha dibujada en el rostro.

Marie había vendido en esa semana su anterior inmueble, por un módico precio. No había esperado sentir pena, pero se había descubierto, padeciendo un aguijonazo de nostalgia por todos los momentos felices vividos con Dante. Por mucho que quisieran empezar desde el principio, no era justo anular las buenas experiencias. Ella lo sabía, había aprendido bien la lección. Su mente había jugado una partida de ajedrez magistral con sus memorias, incrustándolas en una realidad diferente.

De vez en cuando, aún tenía pesadillas sobre ese hecho que tanto la mortificaba. Sin embargo, despertarse entre los brazos de Dante hacía que pronto olvidase sus miedos. Seguía amándolo con la misma intensidad que cuando lo conoció y todavía le costaba creer que la escogiera a ella entre todas las demás. Con él siempre se había sentido como Pandora.

Se habían vuelto a casar, aunque esta vez Senna había sido testigo de esa unión. El festejo se había celebrado junto al lago en el que Dante y ella compartieron aquel farolillo con las estrellas. En el mismo día en el que se entregaron a la pasión luego de tanto tiempo, el día en que ella se enamoró nuevamente.

Dante se había trasladado a la actual vivienda de ella, dejando su propia casa como estudio para el trabajo creativo de Marie.

Ella seguía trabajando como diseñadora, abandonando por completo la pasión por su anterior oficio. Su nuevo trabajo estaba mejor remunerado y le dejaba más tiempo libre, además de darle grandes oportunidades en cuanto a ascensos y una evolución constante del pensar. Era otra manera de instruir.

Sus hábitos, los que había adquirido en esos últimos cinco años, los había mantenido en su mayoría. Así pues, su asistencia al gimnasio no solo había

continuado, sino que ahora acudía junto a Dante, aumentando las horas que habría estado practicando en una sala de tiro.

El revólver seguía guardado en una gaveta, pero sin munición. Ambos habían acordado preservarlo, pues nunca se sabía si les podría hacer falta. Marie no había vuelto a coger la pistola desde el día en que disparó a Dante y tampoco había vuelto a entrenar con ella. No había sentido más deseos de utilizarla porque ya no la necesitaba; estaba a salvo.

Por otro lado, la trayectoria profesional de Dante se había mantenido en auge, a pesar de los contratiempos de los últimos meses. Había modificado la totalidad de sus horarios para que se acoplaran a los de su ya esposa de nuevo, y poder pasar así la mayor parte del tiempo juntos; cosa que habían logrado, sobre todo ahora que estaban en una larga luna de miel.

Sus detalles en cuanto a regalarle ramos de flores no habían cambiado, aunque sí estos. Los ramos pese a que seguían siendo de rosas, esta vez azules, ya no rojas, iban adornados con una sola flor de plumaria en el centro; consiguiendo, de este modo, una fragancia diferente para una distinta vida.

Siguieron caminando, entremezclándose con el barullo del gentío en ese día veraniego.

Marie chocó sin querer contra un hombre, girándose, aún agarrada a la mano de Dante, para excusarse. La sorpresa fue considerable al encontrarse de lleno con esos ojos oscuros. La expresión de incredulidad del individuo era equiparable a la suya. Ambos se reconocieron aunque fingieron no hacerlo, disculpándose cortésmente y siguiendo sus caminos.

Dante se detuvo un momento en uno de los tenderetes, ojeando algo que le había llamado la atención. Marie aprovechó para mirar con disimulo al tipo, unos metros más allá.

Ella lo contemplaba con la misma curiosidad que ella. Seguramente la vería muy distinta a cómo la recordaba, y no era para menos. No solo sus ojos habían cambiado, sino también su figura. Donde antes había reinado la esbeltez, ahora lo hacían las redondeces propias de la preñez. Estaba en su casi quinto mes de embarazo, y este marchaba a las mil maravillas.

Contra todo pronóstico médico, y para su eterna ventura, había conseguido concebir una criatura en su seno. La noticia los había pillado desprevenidos; sin embargo, no podían estar más felices.

Marie, en cambio, no lograba apartar la vista del que, con toda

probabilidad, era el padre de su hijo. Aquel desconocido que no había querido revelar su nombre, pero que la había amado durante veinticuatro horas, olvidando que ella no era su mujer.

Había repasado mentalmente los cálculos y no cabía posibilidad a error. Era casi seguro que el retoño que esperaban ella y Dante fuese el vástago de ese hombre.

Jamás llegó a contarle a su marido ninguno de sus escauceos, tanto por vergüenza como por no herirlo. Y el encontronazo con el revisor del gas, estando él hospitalizado, había sido su mayor remordimiento. Mas si no hubiese sido por las formas cariñosas de aquel hombre sin nombre, ella no hubiera recuperado la memoria. El mimo que le había transmitido la había transportado a otro querer similar, que su mente le escondía. La había tratado como Dante y, de manera indirecta, lo había devuelto a él.

Ese encuentro indecente aunque placentero, la había llevado a quedar encinta. Un acto de pasión desesperado le había traído como regalo inesperado el futuro de su felicidad. Sin embargo, Dante no lo sabría; no empañaría su emoción con una noticia que en el fondo no cambiaría nada. No sería su padre biológico, mas lo querría como tal. Habían ansiado demasiado tiempo el poder formar una familia y lo harían. Tal vez el día de mañana consiguieran engendrar más hijos, en esa ocasión de los dos.

El individuo seguía prolongando su inspección en ella. Puede que estuviese echando cuentas sobre las posibilidades de su desliz. Distinguió un atisbo de deseo en sus ojos, incluso en la distancia que los separaba, y también de desilusión. Ella jamás revelaría esa verdad, a ninguno de los dos hombres. Sería su secreto.

Sus miradas se encontraron, compartiendo la confianza que los había unido carnalmente. El calor la sofocó con levedad y tuvo que respirar hondo. Amaba a Dante, pero eso no significaba que repudiase las habilidades de ese hombre que tanto la había hecho disfrutar en la cama.

Su hijo nacería a consecuencia de un acto de amor, aunque uno diferente al correcto.

El revisor del gas le sonrió, dedicándole un escueto movimiento de cabeza a modo de saludo. Ella lo imitó, gesticulando con la boca un «gracias».

Quizá fue suficiente para que él lo interpretara, mas solo rio.

Una mujer apareció de pronto en su campo de visión, agarrando y

colgándose del brazo del hombre. Era rubia, con el cabello largo, de piel pálida, ojos claros y sonrisa radiante. Llevaba un vestido diáfano por encima de las rodillas que seguía la senda del viento, marcando su estilizada figura.

Marie elevó las comisuras de los labios al verla. Seguramente sería la esposa. Una mujer bella y que parecía desprender encanto por cada poro.

—¡Vamos, Luis! —dijo emocionada la mujer.

Bueno, el nombre ya no sería más un enigma.

Los observó alejarse y desaparecer entre el gentío. Ya no desconocía quién era la cónyuge; sin embargo, ese dato no la hizo sentirse mal. Había sido ella la incitadora, pero no podía arrepentirse menos.

La locura le había traído un maravilloso presente.

Su mente vagó en el nombre del susodicho Luis. No era un mal nombre para ponerle a su hijo, porque ya sabía que lo sería.

Se giró de nuevo hacia Dante, el cual traía consigo una pulsera entre las manos. Marie la observó mientras él se la colocaba en la muñeca.

—Son escarabajos egipcios —explicó—. Atraen la suerte.

Ella sonrió, admirando el color azul de los escarabajos.

—Dime, Dante, ¿qué te parece el nombre de Louis?

[I](#) ¡Buen provecho!

[II](#) ¡Qué delicioso!

[III](#) Por supuesto.

[IV](#) Mi bella Marie, eres el amparo de mi lunático corazón, el que te ha elegido a ti. Te amo...

Perversiones Eróticas
© Toriak Rolocz, 2018

Maquetado y editado por Ediciones Tinta Negra
Marzo 2018
edicionesintanegra@outlook.es
www.edicionesintanegra.com

Primera edición
España 2018

Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibida la reproducción total y/o parcial, adaptación y distribución, en cualquier medio impreso y/o digital de esta obra sin la autorización del titular del copyright.

Te prometo que cuando finalices de leer esta historia,
acabarás tan loco que el mundo empezará a tener sentido.
Toriak